



M

280



TERCERA PARTE

M. D. C. C. C.

Primeros días de la vida

Con la autotomía...
totalmente la alegría y la...
de purpura y oro los...
didos sobre el...
vida accidental...
mergidos y con...
asunto...
parte todos en el...
se eleva a un...
de la luz a las...
travillosa...
misión del Universo y el...
eterna leyes que...

TERCERA PARTE.

EL CASTIGO.

I.

Primeros dias de felicidad.

Con la aurora renacen diariamente en la naturaleza la alegría y la animacion. Al teñirse de púrpura y oro los vapores matutinos suspendidos sobre el horizonte, los séres dotados de vida sacuden el sueño en que han estado sumergidos, y con sus perfumes unos, y con su acento más ó ménos melodioso otros, toman parte todos en el himno de gracias que la tierra eleva á su Creador. Esa sucesion periódica de la luz á las tinieblas, recordándonos la maravillosa síntesis que tuvo por resultado la formacion del Universo y el establecimiento de las eternas leyes que lo rigen, nos recuerda tam-

bien el momento solemne en que cesando el caos y principiando el órden, la organizacion aparece, se complica, toma aspectos cada vez más diversos, y termina, finalmente, con la formacion del hombre. La vida comenzó, pues, con la luz, y por eso llenos de júbilo la saludan cuantos de ella gozan. Solo los que consideran la existencia como una carga insoportable, ó los que al despertar recuerdan la accion culpable bajo cuya impresion por cansancio ó temor se cerraron sus párpados, permanecen mudos ó indiferentes al volverlos á abrir. Nada más natural: cuando cesa el sueño, la primera voz que se oye es la de la conciencia, y cuando la conciencia reconviene, el júbilo desaparece.

Margarita y Ulrich no se hallaban en ninguno de los dos casos mencionados al comenzar para ellos una nueva existencia. Libres de todo pesar y acariciados por las más dulces esperanzas, se vieron uno al lado del otro y nada echaron de ménos. No queriendo perder un instante de dicha, para no privarse de la que les hubieran robado algunas horas más de sueño, se levantaron muy temprano. El primer cuida-

do de Margarita fué abrir la ventana de su aposento, i fin de que por ella penetrasen los rayos del sol. Quería que la naturaleza entera participase de su júbilo. Pero no bien lo hubo hecho, prorumpió en una exclamacion de sorpresa. Ulrich corrió á su lado para averiguar la causa que la motivaba, y vió que la ventana habia sido engalanada exteriormente con guirnaldas de flores silvestres, cuyos perfumes no tardaron en invadir la habitacion.

Quando se disponian á preguntarse mutuamente quién podia ser el autor de aquel obsequio, oyeron en la sala comun de la granja un ruido muy diferente del silencio que habitualmente reinaba en ella. Salieron precipitadamente y encontraron hablando con Walter y Gertrudis á varias amigas y compañeras de Margarita, que la aguardaban llenas de impaciente alegría.

Al entrar en la sala los dos esposos, las aldeanas, adornadas con sus mejores galas, les fueron presentando una por una un ramillete de margaritas acabadas de coger en el prado y humedecidas aún por el rocío de la noche. Esta

sencilla salutación, recibida con una modestia encantadora por la jóven esposa y por Ulrich con franca complacencia, fué el preludio de la fiesta que se preparaba.

No hubo medio de impedirlo. Improvisóse un rústico, pero abundante almuerzo, que los concurrentes honraron con su contento á la vez que con su apetito, y una hora despues, acompañados éstos y de algunos mozos de Audermatt y de los *chalets* más inmediatos, se entregaron al placer del baile en el prado situado frente á la granja, al son de la melancólica trompa de los Alpes. Como la alegría y animacion no se interrumpieron un solo instante, al anohecer no habia nadie que no estuviese rendido de cansancio. Margarita bailó con los que habían sido ántes sus adoradores bastante razonables, aunque campesinos, para someterse con resignacion á la dura ley dictada por los hechos consumados, y Ulrich hizo otro tanto con todas las aldeanas que, prorumpiendo en benévolas y francas carcajadas, se burlaban de su poca habilidad coreográfica. Este nunca habia sido aficionado al baile, placer que consideraba impro-

pio de la gravedad del hombre; pero aquella vez tuvo que sacrificarse. Un disimulado apretón de mano que le dió Margarita, acompañado de una dulce mirada, fué el premio de su condescendencia. Esto le bastó para quedar satisfecho.

Desde entonces no volvió á alterarse la plácida quietud en que todos vivían. Sin embargo, el tiempo avanzaba con rapidez. Solo es lento en su marcha para los que esperan ó padecen. En cuanto á Margarita y Ulrich, de tal modo los absorbía su presente dicha, que ni aun siquiera se les ocurría pensar en el porvenir. En los prados, debajo de los abetos, á orillas del río, en todas partes se habían dicho que se amaban, y en todas partes les parecía oír repetir á los ecos sus anteriores juramentos.

De esta manera trascurrió el verano. Los dos esposos no lo advirtieron sino cuando vieron sembrada la tierra de hojas amarillentas y el cielo de pardas y densas nubes, precursoras de las lluvias y nieves. Al indicarles la naturaleza que el otoño había sucedido al estío, les recordó que con la nueva estación había llega-

do el momento de realizar su proyectado viaje á Italia. La idea de que iba á sufrir un cambio en su existencia les causó verdadero disgusto. ¡Eran tan felices viviendo únicamente el uno para el otro!

Walter fué el primero en manifestarles que debían salir de aquella apatía y comenzar, por tanto, los preparativos de marcha. El y Gertrudis sentían separarse de ellos; pero acostumbrados á luchar con las contrariedades, se resignaron á sufrir una más. Al revés de lo que sus hijos creían en la embriaguez de la dicha, sabían por experiencia que ésta, además de no existir siempre, es muy rara vez completa. En cuanto á Margarita, la necesidad de alejarse de sus padres fué el primer dolor que turbó la suya.

Al fin llegó el momento que temían todos. Antes de partir tuvo Margarita que renunciar á su traje de aldeana. Con el auxilio de Gertrudis acostumbrada á manejar sus nuevas galas, sufrió una transformación completa. La buena anciana no podía volver en sí de su asombro.

—¡Mira, Walter! exclamó saliendo con ella del aposento. ¿Quién será capaz de reconocer en dama de tan distinguido porte á la humilde y rústica montañesa?

Walter, invitado por su mujer, alzó la vista que tenia fija en una ligera obra de manos en que á la sazón se ocupaba para dirigirla á Margarita; pero al hacerlo así, palideció, y dejando caer la cuerda que se disponia á atar, se frotó los ojos como si temiese no ver bien:

—¿Es Margarita realmente la que tengo delante, exclamó, ó es la sombra de la señorita Berta que vuelve á la tierra con el aspecto de su primera juventud?

—Soy yo, padre mio, contestó Margarita tomando una de las manos de Walter, soy su hija de Vd., á quien no le agrada que la confundan con ninguna otra, porque ninguna ha habido ni habrá que le quiera á Vd. tanto como ella.

—¡Extraña semejanza! dijo Walter, que no habia vuelto aún de su sorpresa. La hija verdadera de Berta no podria parecerse más á su madre. Bien sabes, Margarita, que esto me ha lla-

mado otra vez la atención; pero nunca tanto como ahora que has mudado de traje.

—¡Es realmente extraordinario! agregó Gertrudis.

—Tanto, que las ideas que anteriormente se me han ocurrido...

—¿Qué ideas, padre? preguntó Margarita.

—Nada, no he dicho nada, respondió Walter, cuyas miradas vagaban por el vacío como si buscara la solución de un difícil problema. No debemos insistir sobre este particular. Sería una locura. Nuestros deseos nos hacen á veces considerar como probables y hasta como ciertas, sospechas que ni aún siquiera son verosímiles. Y, sin embargo, ¡cuán feliz fuera si mis ilusiones se realizaran!...

Y dando un suspiro, bajó la cabeza como si le agobiara el peso de su impotencia. La llegada de Ulrich dió otra dirección á la conversación.

—¿Qué tal te parezco? le preguntó Margarita con una alegría infantil en que no dejaba de tener parte un poco de femenil coquetería.

—¡Estás adorable! contestó Ulrich tan sorprendido como satisfecho.

—¿Crees que puedo representar dignamente á la esposa del doctor Travers?

—Creo que vas á hacerme objeto de la envidia general.

—Siento que no sea eso verdad; pues si todos te envidiasen, serias para ellos el primero de todos como lo eres para mí.

—¡Lisonjera! exclamó interrumpiendo con un beso sus palabras.

De muy distinto carácter fué la escena que se representó dos dias despues en aquel mismo sitio. En ella corrieron abundantemente las lágrimas, porque era el acto de despedida de personas que en alto grado se querian. Despues de infinitos abrazos y de repetidas promesas de volverse á ver en el siguiente verano, Ulrich y Margarita partieron en el coche que al pie de la escalera los aguardaba.

Padres é hijos se separaron, pero no por eso dejaron de verse. Las impresiones que los ojos reciben en las circunstancias comunes se borran

pronto; no así las que el verdadero cariño graba en la memoria y en el corazón.

Ya hemos dicho que Ulrich y Margarita habían resuelto pasar el invierno y parte de la primavera en Italia. Tendríamos que alargar demasiado nuestra relación si fuésemos á indicar una por una las distintas sensaciones que experimentaron al atravesar la pintoresca comarca de la Confederación Helvética, en que las tibias brisas del mar comienzan á repeler con sus últimos suspiros el frío soplo de los ventisqueros de los altos Alpes.

Encantados con un paisaje variado en que á las rocas graníticas desnudas ó cubiertas de criptógamas suceden los bosques, los jardines y los fértiles collados, llegaron á Belinzona que, envanecida con sus antiguas fortalezas, así como Lugano con el lago á cuyas orillas se recrea, sirven con Locarno alternativamente de asiento al gobierno del cantón.

Por el Lago Mayor, de claro cielo y de transparentes aguas, sobre cuya superficie parecen flotar cual si fuesen tres canastillos de flores las islas Borromeas, entraron en la península, tan

célebre primero por sus glorias y su fuerza dominadora, por su decadencia despues, y por su moderna regeneracion debida últimamente al talento, al patriotismo y á la cordura de sus hijos.

Bajo el amparo de la bien entendida libertad que reina en aquellas montañas y llanuras donde es casi imposible dar un paso sin pisar los restos de algun hombre ilustre, y en que florecen hoy la agricultura, la industria y las bellas artes, bendecidas hijas de la paz, visitaron sus principales ciudades, comenzando por Milan, la bien llamada moderna capital moral de la nacion, y Venecia, la antigua reina del Adriático, siempre orgullosa con sus recuerdos, para detenerse en seguida en Florencia, ciudad de las verdes colinas, de los suntuosos palacios y de los artísticos museos; en Roma, donde hace pocos años se vivia con los muertos entre ruinas y monumentos, tristes reflejos de un tiempo que pasó, y donde los vivos se imponen actualmente á la Europa con su perseverante trabajo y sus nobles aspiraciones, y terminaron su escursion en Nápoles, acari-

ciada por las olas del mar que lamen blandamente sus playas, muelles y paseos, embalsamada por las flores, y decidida, al estudiar los tesoros que diariamente saca de las entrañas de la tierra en Herculano y Pompeya, á mejorar los que su superficie produce, fundiéndolos en molde más ámplio y noble al generoso calor de la moderna civilizacion.

Todo contribuyó á hacerlos gozar en la antigua Partenope. ¡Es tan hermoso su cielo, tan tibio y embriagador el aire que en ella se respira, que hasta el hombre más estóico, más preparado contra toda clase de seducciones sucumbe inevitablemente á la voluptuosa é irresistible influencia de tantas bellezas naturales reunidas. La célebre Cápua con sus enervantes deleites no estaba lejos de Nápoles donde el interés del viajero no decae nunca. Se vive con las generaciones pasadas, recorriendo las desenterradas ruinas, que constituyen uno de sus principales atractivos; participase de los terrores de la presente al contemplar el Vesubio, gigante amenazador adormecido, pero no muerto en el lecho de lavas y escorias en que impa-

ciente se agita, y finalmente, no se cansan los ojos de admirar el espléndido panorama en que descuellan Sorrento y Castellamare, rodeadas de arbustos y flores, enseñoreándose graciosas y risueñas sobre las azuladas ondas convertidas en blanquísima espuma al bañar la isla de Caprea silenciosa y melancólica desde que cesaron los rugidos de las orgías de Tiberio, y sus compañeras Ischia y Prócida, no ménos pintorescas que ella, contempladas al través de la semi-transparente y lejana niebla formada por los vapores del mar al condensarse en la atmósfera.

Quando comenzó á anunciarse la primavera, parecióles á los dos esposos que acababa de principiar el invierno. ¡Es tan agradable viajar cuando son dos los que lo efectúan dispuestos á comunicarse sus impresiones con la seguridad de que han de encontrar siempre en el que escuchaba una deferente indulgencia ya que no una completa aprobacion! Margarita estaba encantada ante las magnificencias de un mundo que solo conocia por las apreciaciones de los autores que habia leído.

Pero esas magnificencias no la deslumbra-
ban hasta el punto de hacerle recordar con dis-
gusto la monótona calma y apacible uniformi-
dad de las montañas que le habian servido de
cuna. Antes, por el contrario, creia que se pue-
de ser tan feliz, si no más, en el retiro ameno
que la naturaleza se ha encargado de embelle-
cer con sus portentosas creaciones, que en medio
de esos ruidosos placeres que obligan al alma
con su petulante seducción á buscar goces ficti-
cios, desviándola del camino que conduce á los
verdaderos.

Así es que no experimentó sentimiento al-
guno cuando el alegre Abril con su dulce am-
biente, sus pájaros y flores le recordó que esta-
ba próximo el momento de regresar al tranqui-
lo valle en que sus padres con ánsia la aguar-
ban. Ella fué quien llamó sobre el particular
la atención de Ulrich. Como éste no tenia más
voluntad que la suya, porque la complacencia
es compañera inseparable del verdadero amor,
admirado que hubieran las pintorescas inme-
diaciones de Nápoles adornada de la nueva ves-
tidura de verdor con que la habia engalanado

la más poética de las estaciones, se pusieron otra vez en marcha.

No se alejaron, sin embargo, de aquellas meridionales regiones sin haberse detenido con los demás viajeros en el palacio de Caserta para contemplar sus artísticos tesoros. De regreso en Roma, tomaron distinto camino que anteriormente, deseosos de visitar otras ciudades que no conocían. Examinaron particularmente la docta Bolonia y Génova la mercantil para recorrer, después de haber atravesado las fértiles llanuras de la Lombardía en que tan impreso han dejado el sello del carácter alemán los sesudos y laboriosos austriacos, sus últimos dominadores, el poético lago de Como rodeado de altas colinas y de suntuosas *villas*.

De allí al valle de Urserem no era la distancia muy considerable. Tardaron, por tanto, poco tiempo en salvarla para encontrarse nuevamente en los brazos de Walter y de Gertrudis.

—Y bien, hijos míos: preguntó el primero, cuyo alegre semblante indicaba que adivinaba la respuesta, ¿sois felices?

—Hable Ulrich por mí, respondió Margarita sonriéndose.

—No; á ella le corresponde contestar, dijo Ulrich.

—Pero eso no satisface mi curiosidad, prosiguió Walter.—Responda cualquiera de los dos.

—¿No será mejor que lo hagamos ámbos á la vez? exclamó Margarita.

Y obedeciendo los esposos al mismo impulso, se precipitaron en los brazos uno de otro.

—Me basta, hijos míos, dijo Walter conmovido.

Dos meses pasaron Margarita y Ulrich en compañía de los ancianos, que no cabían en sí de gozo. ¡Causa un placer tan dulce la dicha de aquéllos á quienes se ama!

El mes de Julio se acercaba, y era preciso disponerse á partir por segunda vez. Ulrich deseaba que Margarita conociese su país. De buena gana hubiera ésta trocado la agitacion que un nuevo viaje le prometia, por la tranquilidad de que gozaba á la sazón, pero se trataba de complacer á su esposo, y esta consideracion

desvaneció su disgusto. Llegado que hubo el momento de ponerse en camino, no se hizo esperar: como las aves que emigraban al mismo tiempo que ella, se hallaba pronta á emprender el vuelo.

II.

La cascada.

Ya hemos dicho que nuestros viajeros no tenían prisa: su único objeto era ver y estudiar. Por tanto, al dirigirse á Basilea, capital del canton del mismo nombre, donde tan arraigadas se encuentran aún las costumbres, el carácter y el idioma alemanes, lo efectuaron lentamente, deteniéndose en los sitios más pintorescos para examinar las ruinas de los castillos feudales situados en las alturas, cual nidos de buitres, de donde los nobles de la edad media descendían para imponer un forzoso tributo á sus desgraciados súbditos ó á los caminantes que por casualidad atravesaban sus dominios;

en las alquerías para gustar la espesa leche acabada de ordeñar de las vacas, ó la rica miel de las colmenas, y en las orillas del Rhin que divide la ciudad en dos partes, y cuyas truchas y salmones saborea con deleite todo gastrónomo fiel á los preceptos de Brillat-Savarin.

Hasta de las cosas más insignificantes sacaban partido para gozar, porque gozar es fácil cuando el corazón está contento y se ha realizado el ideal entrevisto en anteriores ensueños de ventura. Nada les importaba estar solos. Antes por el contrario, se alegraban de ello. ¿No estaban el uno con el otro? Un vaso de crema con pan sobre la yerba, ó un pedazo de queso humedecido con agua de la fuente ó del arroyo inmediato, eran para ellos más agradables que un opíparo banquete.

Y esto se explica fácilmente; porque si no hubiesen estado solos no habrían podido decirse que se amaban mientras comían, y probarse solo prodigándose las más tiernas caricias.

¿Por qué entónces en casos análogos se oscurecía con frecuencia la frente de Ulrich, como si le ocurriese un importuno pensamiento?

Porque en más de una ocasión, las amorosas palabras de su dulce compañera, que parecían trasportarle de gozo, casi llegaban á importunarle. Consistía en que el hombre, hasta en los momentos de suprema dicha, no logra siempre hacerse superior á los recuerdos. Los dolores morales nunca cesan por completo. Cuando ménos se espera, suben del fondo del corazón en que parecen sumergidos para flotar sobre los goces, como flotan sobre la límpida superficie del agua pura con que se ha reemplazado en un vaso el amargo líquido que ántes contenía, las partículas imperceptibles que la nauseabunda solución despues de arrojada ha dejado pegadas á sus paredes. Hay momentos en que el recuerdo es más poderoso que la realidad.

Afortunadamente, estos momentos no eran frecuentes para Ulrich. Su repentina melancolía desaparecía con una tierna mirada de Margarita, como desaparecen la oscuridad y la tristeza en un bosque sombrío al penetrar al través del follaje un rayo de sol.

—¡Oh! soy tan dichosa, que mi misma felicidad me asusta, solia decir entonces la confia-

da é indulgente esposa que nada habia notado, colocando en el ojal del gaban de Ulrich las florecillas silvestres que corriendo y saltando como una niña, acababa de coger en el prado durante alguna de sus solitarias y no obstante deliciosas escursiones.

—¡Asustarte! ¿Y por qué? preguntaba éste repuesto ya de su tristeza. La dicha no puede ocasionar nunca miedo.

—Sí tal, porque enjendra el temor de que llegue á terminar.

—Eso depende de la causa que la motiva.

—A tu amor debo la mia, replicaba Margarita fijando en él sus lucientes ojos azules, en que brillaba el fuego del afecto más puro.

—¿A mi amor solamente?

—¿Lo dudas acaso?

—Entonces tranquilízate, porque tu dicha durará tanto como mi vida.

Y Ulrich no decia más que lo que le dictaba su corazon.

De esta manera terminaban casi siempre los paseos en que tanto gozaban. Cuando por el contrario se hallaban lanzados en la corriente

del movimiento general, se parecían á todos los viajeros, pero dispuestos á evitar las faltas que en ellos advertían.

En efecto, pocas naciones son tan frecuentadas por los extranjeros como Suiza, y en ninguna parte llevan éstos tan lejos como en ella su *sans fasons*. Los ingleses particularmente, se distinguen por su traje y por el poco caso que hacen de los demás. Si las romanas no temían dejar caer el velo que ocultaba sus gracias ante sus esclavos por no considerarlos como hombres, los ingleses, á quienes ni aún cuando viajan abandona su orgullo nacional, apenas se ocupan de sus adornos. Pues qué. ¿no están solos en medio de la muchedumbre? ¿Esas personas que los rodean, no son otros tantos esclavos de Inglaterra?

Pero su desmedido orgullo y el desden con que miran la opinion de los demás, no impedían que Margarita se divirtiese, y no poco, á costa suya. La llenaba sobre todo de admiración la variedad de sombreros de las *ladyes*, antítesis por lo general, en cuanto á la forma, del buen gusto; y el equipo de los *gentlemen*,

muchos de los cuales para subir simplemente al Rigi-Kulm ó á otras alturas análogas, lo que se hace cómodamente en el *wagon* de un ferrocarril ó en un coche tirado por dos vigorosos caballos, sin temor al ridículo, no vacilan en proveerse del extravagante sombrero en forma de casco, de la levitilla ajustada con cinturón, y de las polainas y botas de gruesas suelas, guarnecidas de clavos, así como del bastón con regatón de hierro terminado en punta, y á lo largo del cual los nombres de las neveras y montes explorados impresos con el fuego en la madera forman una espiral tanto más prolongada, cuanto más numerosas han sido las proezas de su envanecido poseedor.

En Basilea solo se detuvieron el tiempo necesario para recorrer la ciudad, cuyos antiguos edificios le dan un aspecto casi feudal, dirigiéndose en seguida á Schaffhouse, deseosos de ver la célebre cascada formada por el Rhin cuyas verdosas aguas, al precipitarse cubiertas de blanca espuma desde las rocas que lenta, pero continuamente han ido corroyendo con su acción química á la par que mecánica, hacen tem-

blar la tierra así como á los que desde el antiguo y arruinado castillo de Laufen, que lateralmente las domina, fijan la vista en su vertiginosa corriente.

La catarata del Niágara, por su caudal inmenso y por la altura de que se desprende, es sin duda más grandiosa y magnífica que la cascada del Rhin, pero no tan graciosa y variada, destituida como se halla de los numerosos accidentes de ésta que cautiva de un modo agradable la atención, al revés de la primera, que por su aterradora magnitud admira y espanta.

Como el objeto principal de los dos esposos al trasladarse á aquel punto era ver la violencia con que el agua allí se precipita, en vez de alojarse en la pequeña población de Schffhouse, cuya antigüedad y germánico origen revelan sus oscuros edificios y torreones, y donde, exceptuando la estatua del celebre historiador, Juan de Muller, hay pocos objetos que llamen la atención, se dirigieron al vasto hotel conocido con el nombre de *Schweizerhof* que, situado en una altura frente á la misma cascada,

permite admirar desde cualquiera de sus habitaciones sus encantadoras bellezas.

Concedido que hubieron algunos minutos al descanso, animados de la alegría que es imposible dejar de experimentar en aquel ameno sitio cubierto de árboles y alfombrado de verde césped esmaltado de flores, descendieron por el tortuoso sendero que en rápido declive conduce desde el hotel al pequeño muelle situado al pie de la cuesta. Después de haber hecho el obligado acopio de vistas fotográficas y curiosidades locales, cómodamente sentados en una barquilla se dirigieron, conducidos por un diestro remero, á la roca desde la cual, furiosa el agua por el obstáculo que opone á su corriente, se derrama por sus dos lados con un fragor parecido al del trueno.

Siguiendo una diagonal, atravesaron primeramente la superficie del rio, tranquila como la de un lago, pero que se va agitando gradualmente hasta convertirse al pie de la catarata en un inmenso torbellino, que lanzando al aire nubes de vapor parece rebelarse contra la indomable fuerza que le obliga á efectuar movi-

mientos contrarios en un todo á las eternas leyes del equilibrio.

Aunque ámbos estaban acostumbrados á desafiar el peligro en los sitios montañosos sembrados de precipicios que tantas veces habian recorrido, se sobresaltaron al encontrarse de improviso rodeados de blanca y agitada espuma. Motivo habia para ello, porque negándose á obedecer al impulso de los remos la barca indecisa, parecia ceder á la violencia de distintas corrientes que, cual si se la disputasen, acabaron por comunicarle un rápido movimiento giratorio atrayendo verticalmente su proa, que durante un momento desapareció casi debajo del agua.

Margarita palideció, pero en silencio, mientras que Ulrich, sereno en el instante en que mayor parecia el riesgo, prorrumpió al fin en una exclamacion que la asustó más aún que el que ella misma corria. ¿Qué podia haberlo trastornado de aquella manera? ¿Por qué cuando ya nada habia que temer continuaba trémulo, con los ojos extraordinariamente abiertos y fijos en el rio que al pie de la roca donde habian

llegado mediante la habilidad del remero sonriente, aparecía terso y transparente cual si hubiese sido de líquido cristal?

Es que en la superficie de aquella agua que al abrigo de la alta roca que divide la cascada permanece inmóvil, distinguía como reflejada en un espejo la imágen de una mujer ó de una ondina que, deseosa al parecer de atraerlo, lo fascinaba con el brillo de sus ojos. Aquel rostro, cuyo aspecto tan viva impresion le habia causado, era el de Berta.

Ulrich, que al principio no habia sido dueño de sí, recobró pronto una parte de su perdida serenidad, pero su rostro estaba todavía descompuesto y de su frente corrian gotas de frio sudor cuando contestando á las repetidas preguntas de Margarita, solo tuvo aliento para exclamar:

—¡No es nada, repito que no es nada; pero vámonos de aquí!

Esta respuesta, lejos de tranquilizar á la jóven, aumentó, por el contrario, su inquietud. Así es que, insistiendo, agregó:

—¿Y qué motivo hay para que nos alejemos?

Lo que te sucede no es natural. El peligro imaginario que acabamos de correr, porque si fuera verdadero nadie vendría á este sitio de todos frecuentado, no puede producir efecto tan extraordinario en un hombre como tú. No dices lo que sientes.

—Un vértigo sin duda... el movimiento...

—No lo creo probable, dijo Margarita llena de solicitud.

Y señalando con la mano al barquero, que seguía contemplando sorprendido á Ulrich, prosiguió:

—Serénate, por Dios. Hasta ese hombre parece observar con asombro tu extraña agitación.

—Pues bien, dijo Ulrich en un tono que indicaba mal humor, he creído ver... Ha sido una ilusión, pero aunque rápida, ha bastado para despertar en mi memoria recuerdos desagradables. ¡Sin embargo, es muy singular!...

—Sí: recuerdos que probablemente se refieren á tu vida de soltero, y que nunca has querido confiarme, exclamó Margarita con dulzura, fijando sus ojos en los suyos que parecían

buscar en todas direcciones algo que no podía encontrar.

Ulrich se disponía á responder, cuando el barquero, cansado de permanecer inmóvil oyendo una conversacion que por verificarse en francés no entendia, dijo en aleman con una sonrisa cuya ironía no se ocultó á aquél:

—¿Debo regresar á la orilla, ó desean ustedes subir á la roca?

Esta pregunta le hizo tomar una determinacion.

—Dirijase Vd. al último punto, contestó en tono seco á la par que decidido.

Algunos minutos despues la barca llegaba al sitio designado.

Los dos esposos bajaron ligeramente, y aunque la cascada hacia temblar la piedra bajo sus pies cual si estuviese sometida á la accion de un continuo terremoto, no vacilaron en subir la estrecha y rústica escalera que describiendo dos ángulos agudos conduce á la especie de meseta en que la roca termina.

Las voces que procedentes de lo alto llegaron de improviso á sus oidos, les indicaron que

otras personas habian tomado ántes que ellos el mismo camino.

—Parece que no estamos solos, dijo Margarita.

—No importa, sigamos adelante, exclamó Ulrich cuyas mejillas se habian vuelto á cubrir de palidez.

—Pero si estás indispuesto, vale más que retrocedamos, observó la jóven seriamente.

—He dicho que debemos subir, replicó con sequedad Ulrich agarrando bruscamente á Margarita por el brazo y haciéndola subir delante, pues la escalera era demasiado estrecha para que pudiesen efectuarlo ámbos á un tiempo.

Aquella era la primera vez que Ulrich se mostraba áspero con su esposa. Esta debia extrañarlo por fuerza. Así, ántes de obedecer, no pudo ménos de contemplarle con nueva inquietud.

Su mirada, en que se leia la tristeza, hubiera avergonzado en cualquiera otra ocasion á Ulrich: era la mirada de un ángel llena de indulgencia é incapaz de rencor. Pero él nada notó, tan completamente distraido estaba.

En silencio llegaron á la parte superior de la roca, cuyas oscilaciones se hacian allí más sensibles aún que en la base.

Entonces fué cuando se cercioraron de que no estaban solos, pues se encontraron frente á frente con dos personas que, al verlos pronunciaron á la vez con el acento de la sorpresa el nombre del doctor.

Este se limitó á hacer un silencioso saludo. En cuanto á Margarita, se hallaba en presencia de personas á quienes no conocia.

Ulrich, turbado al principio, procuró con un esfuerzo recobrar su serenidad. Cuando lo hubo logrado, despues de haberles presentado á su esposa, se dirigió á ésta diciendo:

—El Sr. de Muralt; la señorita, su hija.

—¿Berta, mi hermana de leche? exclamó Margarita acercándose á la última y echándole los brazos al cuello con una precipitacion que indicaba su alegría.

—Cómo, ¿esta señora es la hija de Pedro el cazador de gamuzas, de quien mi padre varias veces me ha hablado?

Berta, despues de haber recibido con tibie-

za la demostracion de Margarita, dijo las palabras que acababa de pronunciar de una manera que causó á la última la sensacion dolorosa que se sufre al recibir una injuria.

—Sí, exclamó la esposa de Ulrich dando un paso atrás, pero sin manifestar el disgusto que experimentaba. Segun veo, Vd., señorita, ha sido bastante feliz para encontrar á su padre; pero yo no he podido averiguar el paradero del mio, á quien perdí cuando me hallaba en la infancia.

—Creo haber oido hablar de ese acontecimiento, respecto del cual no faltará quien dé á Vd. pormenores que he olvidado.

Al decir esto, Berta dirigió la vista á Guillermo, como si aguardase de él la confirmacion de lo que acababa de indicar; pero fué vana su esperanza.

Guillermo, entregado á una agitacion que le impedia hacerse cargo de lo que en rededor suyo pasaba, nada contestó.

Su atencion la absorbía por completo Margarita. Mientras sus ojos no se saciaban de contemplarla con una tenacidad que la cortesía,

á haber sido intencional, hubiera condenado, en los músculos de su rostro, generalmente tan franco y espresivo, se advertia la inmovilidad del éxtasis.

Despues de haber permanecido en esta situacion algunos minutos, exclamó como si saliese de una prolongada pesadilla:

—O yo deliro, ó la naturaleza nunca ha producido dos cosas tan semejantes.

—¿Pero á quién te refieres? preguntó Berta, que no sabia cómo explicar la alteracion que en su padre advertia.

—Esta señora acaba de convenir en que es hija de Pedro el montañés.

—Sí, dijo Berta.

—Segun eso, es tu hermana de leche.

—¿Y bien? preguntó Berta, á quien el estado en que veia á su padre comenzaba á inquietar.

—Se hallaba contigo en la misma cabaña, donde fué conducida mi hija.

—¿Qué significa esto? exclamó Berta, cada vez más sobresaltada.

—Esto significa, dijo Guillermo como si hablase consigo mismo y sin reparar que los ojos

de todos estaban fijos en él, que mis sospechas van á realizarse, disipándose el misterio que me hace pensar de dia y soñar durante la noche. Sí, no me equivoco... esa semejanza... ¡Ah, debe ser ella!...

Y se acercó á Margarita con tal rapidez, que ésta retrocedió. Aquel movimiento hizo volver en sí á Guillermo. Entónces fué cuando comprendió lo inconveniente y hasta lo ridículo de su conducta.

—Disimule Vd., señora, lo que haya habido de extraordinario en mis actos y palabras, exclamó inclinándose respetuosamente ante la jóven; Vd. habrá creído que soy un extravagante, un visionario. Tal vez tenga Vd. razon, por ahora al ménos. Pero la extraña semejanza que entre Vd. y otra persona á quien he... conocido, existe...

—Sí, con Berta Waldmann, dijo Margarita sonriéndose.

—¿Con mi madre? exclamó Berta en tono que indicaba sorpresa á la par que disgusto.

—No es esta la primera vez que oigo hablar

de esa semejanza. Otras personas la han notado antes que Vd.

—¿Quiénes?

—Los que no se separaron de Berta sino en el momento de morir ésta é impidieron que me cupiese igual suerte, sirviéndome de padres después de haberme salvado la vida: dos virtuosos ancianos que han sido para mí la Providencia en la tierra y á quienes debo lo que soy.

—¡Hable Vd. por Dios!... ¿El nombre de esas personas? preguntó Guillermo ansiosamente.

—Walter Steiner y su esposa Gertrudis.

—¡Ah! los mismos, los mismos son.

Guillermo, al prorumpir en esta exclamación, dejó caer la cabeza entre sus manos como si le agoviasse el peso de los pensamientos que en ella bullian.

Todos estaban pendientes de este diálogo sin poder adivinar la causa de la emoción del padre de Berta. Comprendian que la semejanza de Margarita con otra mujer habia renovado en su memoria tristes recuerdos, pero nada más. Habia, pues, en lo que estaba sucediendo un misterio impenetrable, particularmente para

Ulrich, á quien nadie habia instruido de los antecedentes que á lo ménos en parte conocian los demás.

En efecto, Margarita lo sabia todo, siendo como era dueña de la confianza de Walter y Gertrudis, y Berta se hallaba en igual caso, porque su padre nada le habia ocultado de cuanto tenia relacion con su infancia, aunque sin instruirla, sin embargo, de las circunstancias que precedieron á su nacimiento. Guillermo queria que la hija ignorase la falta de la madre para que respetase siempre su memoria, como la respetaba él, que la habia convertido en una segunda religion.

En otra ocasion cualquiera Ulrich hubiera extrañado la reserva que con él habia tenido Margarita. Poseedora de un secreto, habia guardado el más completo silencio. Como el amor es exigente y egoista, lo que probaba en ella tanta fortaleza como discrecion no hubiera dejado de parecerle una muestra de indiferencia y hasta quizá una ofensa hecha á su cariño; pero en la situacion de espíritu en que se encontraba no dió importancia alguna á lo que

sucedía. Otras consideraciones embargaban por completo sus facultades. Sentimientos que creía muertos habían renacido en su alma con tanta violencia, que llegó á temer le faltase á su voluntad fuerza suficiente para combatirlos, y á su conciencia energía bastante para condenarlos. ¿Estaba destinado á ser el juguete impotente de sus pasiones?

Al dirigirse á sí mismo esta pregunta conoció la inmensidad del peligro á que la casualidad lo habia expuesto, y espantado resolvió huir de él. Mas para esto necesitaba valor y serenidad. En muy raros casos el deseo de salvarse deja de despertar el primero hasta en el ánimo de los más cobardes, siendo la segunda la consecuencia necesaria de la eminencia del riesgo.

Volvió, pues, en sí y no fué pequeña satisfacción la suya al encontrar á cuantos allí estaban ocupados en asuntos de muy distinta especie.

Oierto ya de no haber sido objeto del examen que tanto temia, respiró con mayor libertad y trató de arreglar su semblante de manera

que nadie pudiese adivinar en él la tempestad que en su corazón rugía.

Por lo mismo que la situación de todos era violenta, no podía durar mucho tiempo: á la borrasca más deshecha sucede la calma. Pero aquella calma era aparente como la del mar cuando tranquilo en su superficie imprime, no obstante, fuertes vaivenes á la nave que lo surca, atormentando su casco y haciendo crugir sus palos.

Guillermo pasaba alternativamente sus ojos del rostro de Margarita, en que se detenían con visible placer, á la tierra, en que se fijaban con la tenacidad de la meditación; Ulrich aparentaba no ocuparse sino en admirar las incomparables bellezas de la cascada, ménos violenta al saltar furiosa de roca en roca que las pasiones en el corazón de la mayor parte de los que la contemplaban; y Margarita presentaba el aspecto inquieto de una persona que presiente la proximidad de un peligro vago, incalificable, pero alarmante, como el que paraliza los movimientos de la tímida gacela cuando sin verlo adivina la presencia, no lejana, de su

inexorable enemigo, el leon del desierto. La única que parecia impasible era Berta. El observador más hábil nada hubiera podido adivinar en su semblante indiferente y frio.

Como habia trascurrido algun tiempo, se habló de regresar al hotel. Cuando se disponian á efectuarlo, el resto de Berta, inespresivo hasta entonces, se animó repentinamente, y de sus azules ojos brotó una mirada de fuego que deslumbró los de Ulrich, abrasando su corazon.

—Es necesario que no quede sin resultados este casual encuentro, dijo con el acento insinuante cuyo poder conocia, mirando á Margarita, pero dirigiéndose en realidad á Ulrich. Las antiguas relaciones de amistad que la indiferencia ó la inconstancia interrumpieron, debe reanudarlas el sentimiento que una feliz casualidad ha renovado aquí.

Y mientras hablaba de esta manera, estendió su mano á Margarita que, al oprimirla entre las suyas sintió en ella una frialdad desagradable semejante á la que causa el contacto de la piel de un reptil.

—Mi hija tiene razón, agregó Guillermo completamente sereno ya. Puesto que todos viajamos, ¿por qué no lo hemos de hacer juntos? Sería más agradable.

—No lo dudo, respondió Ulrich inclinándose; pero tal vez no llevemos la misma dirección.

—Nosotros, por nuestra parte, adoptamos desde luego la de Vds., replicó Guillermo mientras acariciaba con sus miradas á Margarita que se sonrió al sentir el dulce influjo de la benevolencia que en ellas se advertía.

—Y yo me comprometo á seguirla sin murmurar, dijo Berta en tono festivo, pero tan exigente á la vez, que ahogó en la garganta de Ulrich las nuevas observaciones que iba á oponer.

—Además, continuó Guillermo, no es de ahora que esta señora y yo nos conocemos.

—Pues qué, ¿nos hemos visto alguna vez? preguntó Margarita.

—¡Oh! sí, hace muchos años, cuando...

Pero al llegar aquí Guillermo se detuvo. Causábale repugnancia convenir en que Mar-

garita, cuya pureza de sentimientos se reflejaba en su rostro bello y expresivo, podía ser hija de un hombre pervertido como Pedro, á quien habia tenido que arrojar de su casa por su inexplicable conducta. Además, haciendo tal concesion, se consideraba obligado á renunciar á la esperanza que la semejanza de la jóven con la mujer á quien habia mirado como esposa le habia hecho concebir. Si esta no era más que una ilusion, queria á toda costa conservarla. Resolvió, pues, ocultarle que el cazador existia y que le habia hablado, lo que podía hacer sin temor de perjudicarla. Un padre como el montañés, además de ser un desdoro para ella, debia por necesidad ocasionarle sinsabores sin cuento. Así, para explicar su repentino silencio, dijo:

—Los recuerdos que la presencia de Vd. ha renovado en mi memoria me hacen todavía delirar. Reclamo, por tanto, su indulgencia. Lo que ahora importa es saber el hotel en que ustedes paran.

—En el de la opuesta orilla, contestó Margarita, que se sentia atraida hácia Guillermo por

una fuerza oculta que no sabia á qué atribuir.

Esta respuesta llenó de alegría á Berta, cuya frente se coloreó ligeramente.

—La casualidad es á veces previsora, exclamó Guillermo satisfecho, pues ántes de reunirnos aquí, tuvo el cuidado de abrigarnos bajo el mismo techo.

Una completa trasformacion se verificó en Berta al concluir su padre de hablar. De solícita é insistente como acababa de mostrarse, se volvió al parecer indiferente y distraida. Cualquiera hubiera dicho que la conversacion ningun interés ofrecia para ella.

Y, sin embargo, no era así. Sus ideas en vez de vagar errantes como sus ojos que iban de un objeto á otro sin fijarse en ninguno, convergian á un fin único. Bajo aquella frente blanca y tersa, sobre la cual jugueteaban los rizos sueltos de su rubia cabellera movidos por el húmedo soplo de la cascada, reinaba una agitacion parecida á la que hizo escribir á Víctor Hugo su admirable capítulo titulado: *Una tempestad bajo un cráneo*. Pero las últimas pa-

labras de Guillermo habian comenzado á restablecer en su interior una calma relativa.

—Está alojado en el mismo hotel que nosotros, pensó. Cuando quiera alejarse, ya no podrá efectuarlo. Mi voluntad, más fuerte que la suya, pronto le cortará las alas.

Y con la mayor naturalidad apoyó su mano en la que Ulrich cortésmente le estendia para bajar la escalera en que Margarita y Guillermo los habian precedido. Berta sintió que aquella mano temblaba, y un movimiento casi imperceptible de su boca, que no llegó á convertirse en una sonrisa, fué la única muestra de satisfaccion que dió al notarlo.

Pocos minutos despues se hallaban en la otra orilla del rio, sin que Ulrich se hubiese sobresaltado al atravesar nuevamente el torbellino causado por la cascada. En vez de la imagen que habia visto ántes reflejada por el agua, ¿no podia contemplar ahora libremente el original?

III.

El tormento de los celos.

Margarita y Ulrich pasaron la velada en compañía de Berta y de Guillermo. La conversacion no se apartó ni un momento de las generalidades. Observaciones hechas por unos y otros en los viajes anteriores, y proyectos de excursiones por las pintorescas márgenes del Rhin, en que tan bella se muestra la naturaleza, los ocuparon únicamente. Al separarse convinieron en reunirse á las nueve de la mañana del dia siguiente en el salon para almorzar juntos. Entre Berta y Ulrich solo mediaron las frases corteses que las personas más indiferentes se hubieran en igual caso dirigido.

No obstante, hubo un momento en que una mirada de la primera se cruzó con otra de aquél. Por rápida que fuese bastó para deslumbrarle.

—¡Ah! cierta estoy de que esta noche no dormiré pensando en mí, dijo Berta en su interior; pero yo también permaneceré despierta. La lucha que entre los dos va á comenzar, decidirá cuál debe ser nuestro destino. Sea cual fuere, resuelta estoy á no detenerme hasta conocer el que me está reservado.

Margarita y Ulrich entraron en su habitación; pero al contrario de lo que siempre les habia sucedido, lo verificaron en silencio. La primera estaba triste, y pensativo el segundo. Parecia que ámbos no se atrevian á hablar temerosos de manifestar lo que en su interior pasaba. ¡Qué diferencia! Tanta reserva ahora, cuando algunas horas ántes ninguno de los dos concebía una idea sin experimentar el deseo de comunicarla al otro. ¡Parece imposible que puedan verificarse cambios tan repentinos en el corazón humano. Y sin embargo, así sucede, por desgracia.

Al fin, Margarita fué la primera en romper

aquel silencio embarazoso para entrambos, diciendo:

—No sé si debo alegrarme del encuentro que hoy hemos tenido.

—¿Y por qué no? preguntó Ulrich, más bien que por curiosidad, por no permanecer callado.

—Yo no sabré cómo explicar lo que siento. Paréceme que estábamos mejor solos. Ya no podremos detenernos como ántes en los sitios que nos agraden. Ahora.....

—Ahora, siendo más, nos fastidiaremos ménos, exclamó Ulrich, sin saber casi lo que decía.

Y preciso era que no lo supiese, porque de lo contrario no se hubiera expuesto á ofender á Margarita que, predispuesta como estaba á la tristeza, sintió que se humedecían sus ojos. Eran las primeras lágrimas que vertía despues de su union con Ulrich, así como tambien era la primera vez que éste pronunciaba palabras capaces de hacérselas derramar.

Ulrich conoció que habia hecho mal, y trató de corregir su aturdimiento recurriendo á las caricias, que casi nunca dejan de producir

su efecto en la mujer amante; pero el daño causado por él no era ya fácil de remediar. A Margarita no se le ocultó que así en el humor como en los sentimientos de su esposo se había verificado un repentino trastorno. ¿A qué debía atribuirlo? Si hubiese sido ménos leal, si hubiese sabido que en el corazón humano caben perfidias que la buena fé no concibe y que la moral rechaza, hubiera quizá, por lo que acababa de ver y oír, conocido cuán profundo dolor causa la acerada garra de los celos; pero al querer juzgar á Ulrich, examinó lo que en su propia alma pasaba, y encontrando en ella un afecto inmenso, una abnegacion sin límites, no tuvo motivo para sospechar nada en contra suya. Por lo mismo que era honrada, no dudaba de la honradez de los demás, y mucho ménos de la de su esposo de quien había formado el concepto más elevado.

Sin embargo, como las heridas son tanto más sensibles cuanto más querida es la mano que las infiere, no pudo contener la queja que se agolpó á sus labios. El que padece, ó guarda silencio ó exhala un gemido. Ella habló y fué

para decir con su dulzura acostumbrada aunque en tono de reconvencion:

—Antes de ayer nos hallábamos los dos solos sentados sobre la yerba en un pequeño y pintoresco valle. ¿Te acuerdas, Ulrich? Tú te recostaste á mi lado y apoyaste tu cabeza en mis rodillas. El dia era espléndido, la naturaleza parecia sonreir, y nuestros corazones alegres como ella palpitaban de amor. Era imposible sustraerse al encanto de aquel conjunto armónico creado por Dios para dicha de cuantos lo contemplaban. De repente, rodeando mi talle con un brazo y estrechando con la otra mano una de las mias, exclamaste: «¡Con cuánto placer pasaria así mi vida, admirando ese cielo que nos cubre con su trasparente bóveda y tus ojos que tanto se parecen á él por su color y pureza!» ¿Serias capaz de repetir estas palabras que tanto me hicieron gozar?

—Admiro tu memoria, dijo Ulrich.

—Pues qué, ¿hay acaso mujer alguna capaz de olvidar las caricias que ha recibido del hombre á quien ha hecho dueño de su corazon?

—Piensa que las circunstancias en que ahora

nos hallamos no son las mismas que entonces, murmuró Ulrich turbado.

—¡Te engañas! Ni en ningun tiempo ni en lugar ninguno varían nunca para el verdadero amor. En cuanto á mí, el que siento en mi alma me ocupa solamente. Lo demás, si no me encuentra insensible, no me inspira más que un interés secundario. Demasiado acostumbrado estás á leer en mi interior para saber que digo la verdad.

Esta espontánea manifestacion de un corazon sincero y apasionado que algunas horas antes le hubiera trasportado de júbilo, casi lo irritó. Por lo mismo que se sentia culpable, hubiera querido á Margarita ménos perfecta ó más indiferente. Si hubiese podido echarle en cara una falta, por leve que hubiese sido, hubiera tenido más ánimo para transigir con su conciencia. A todos los hombres, siempre que no tienen de su parte la razon, les sucede lo mismo: solo con dificultad consienten en dársela al que con ella los agobia.

Al fin, cansado de buscar pretextos que alegar en favor suyo, iba á tomar el partido de

retirarse cuando se le ocurrió uno de improviso. Satisfecho como el que tiene la seguridad de salir de cualquiera situacion embarazosa, preguntó:

—¿Puedes asegurar, por ventura, que en todos tiempos me has abierto tu corazon para que pudiese leer libremente en él?

—No debes dudarlo, y si lo dudas me injurias.

—Pues voy á probarte que si lo has abierto, has tenido muy buen cuidado de volver rápidamente algunas de sus páginas para que no fijase en ella mis ojos.

—¿Y has podido figurártelo?

—¿Cómo es que no me has hablado nunca de Berta Muralt y de los lazos que en tu infancia con ella te ligaron? Ya ves que no has sido tan franca conmigo como pretendes.

—¿Pero qué hay de comun entre Berta y yo? preguntó Margarita disgustada, sin saber por qué, al oir el nombre de su hermana de leche. Estoy obligada á darte minuciosa cuenta de lo que hago, de lo que siento y hasta de lo que pienso; pero no de lo que se refiere á los demás,

Si sé algo respecto de ella, como lo sé, en efecto, pues detesto demasiado la mentira para negarlo, es porque me lo han confiado. No perteneciéndome, por tanto, ese secreto, no solo debo guardarlo, sino que no te corresponde á tí pedirme cuenta de él.

Margarita se habia ido animando á medida que hablaba. Ulrich acababa de hacerle un cargo inmerecido, y trató de justificarse. En tan buen terreno se consideró, que se atrevió á agregar, aunque no sin haber vacilado ántes:

—Tú que me acusas de tener secretos para tí cuando sabes que por no ser míos los callo, ¿me has confiado los tuyos por ventura?

—¿Has tratado acaso de saberlos?

—No, porque los he respetado, sin embargo de estar cierta de que te pertenecen.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú mismo.

Ulrich conoció que iba perdiendo la ventaja que creia haber ganado, y procuró defenderse del mejor modo posible.

—Pues bien, dijo, los tengo, es cierto; pero se refieren á mi vida anterior.

—Los deberes de los esposos son mútuos y obligatorios.

—Sin duda; pero nuestra existencia comun no comienza sino desde el momento en que unimos nuestros destinos. En cuanto á mi pasado, me pertenece exclusivamente.

—¿Y no tiene relacion ese pasado con lo que actualmente sucede? preguntó Margarita tristemente.

—¿Cómo? exclamó sobresaltado Ulrich, que vió en las palabras de Margarita una alusion á lo que en su interior sentia.

—Me lo hace creer así tu lenguaje durante el trastorno que sufriste al pie de la cascada, trastorno qué es aún un misterio para mí.

Esta contestacion le tranquilizó en parte, pues le hizo comprender que Margarita nada sospechaba. Era imposible, sin embargo, dejar de conocer que se hallaba atormentada por una vaga inquietud, cuya causa procuraba averiguar. Le convenia, pues, tranquilizarla á toda costa. ¿Y qué medio mejor que sus halagos para lograrlo? Recurrió á ellos de nuevo, y, como lo esperaba, Margarita cedió. Tanto amor habia

en su corazón, que bastaba agregar una gota para que rebosase.

La crédula esposa se consideró otra vez feliz. En uno de sus raptos de ventura exclamó:

—¿Dudarás ahora? Únicamente cuando estamos solos, cuando vivimos el uno para el otro, es cuando podemos decir que gozamos de completa dicha. ¿Para qué unirnos entónces á dos personas extrañas, cuya compañía sólo podrá servirnos de estorbo?

La insistencia de Margarita hizo renacer el mal humor de Ulrich. Separándose de sus brazos, que tiernamente lo enlazaban, exclamó con sequedad:

—¿Otra vez? ¿Para vivir contentos es necesario vivir siempre aislados?

—¡Perdona! dijo Margarita con sencillez. Hasta aquí me habia figurado que bastaba yo para llenar tu existencia. Si me equivoqué, tú ya es la culpa que me lo hiciste creer.

—¡Oh! Constantemente me estás recordando mis palabras, exclamó Ulrich. Lo pasado no debe servir siempre de norma respecto de lo presente y ménos aún de lo futuro.

—Calla, por Dios, y no hables de esa manera, dijo Margarita alarmada. ¿Serías capaz de dejar de ser conmigo lo que hasta ahora has sido?

—Lo que no quiero es ser juguete de tus extravagancias.

—¡Extravagancias!...

—¿No lo es acaso, y en sumo grado ridícula, quererme privar sin motivo de la agradable compañía de dos personas tan distinguidas como las que hemos tenido hoy la dicha de encontrar?

—Eso significa que las prefieres á mí.

—Dices solamente lo que supones. Por otra parte, fuera insigne grosería volvernó atrás despues del compromiso que con esos señores hemos contraído.

—Tales compromisos valen poco para una rústica montañesa como yo, observó Margarita con marcada ironía. Berta, particularmente, no extrañará que falte á ellos la hija de Pedro, el cazador de gamuzas.

—Pero yo no soy montañés, exclamó Ulrich, á quien el tiro dirigido contra Berta habia encolerizado. Como miembro de la buena socie-

dad no puedo ni debo valerme de medios que constituyen una verdadera ofensa. Recurran á ellos los que no se hallen en el mismo caso que yo.

Margarita no contestó. Para que Ulrich le dirigiese aquellas frases en cierto modo despreciativas, preciso era que no fuese dueño de sí mismo. Comprendiéndolo así, prorumpió afligida en silencioso llanto, llanto que causó viva impresion en Ulrich y que hizo nacer en su corazon el primer remordimiento.

Libre de las ideas que le dominaban, conoció que corria imprudente hácia el precipicio, y que el único modo de salvar su dicha y la de Margarita, á quien tan inconsideradamente acababa de humillar, era adoptar el partido que ésta le habia aconsejado. Pero si es cierto que el abismo espanta, no lo es ménos que tambien atrae, y Ulrich no tuvo resolucion bastante para retroceder, como otra vez lo habia hecho. La fuga le pareció en aquel momento un acto de cobardía y su amor propio se avergonzó al pensamiento de recurrir á ella. Considerándose fuerte, resolvió luchar para vengar si-

quiera antiguos agravios, desaires que no había olvidado. Semejante resolución era una locura. ¿Pero qué hombre, por juicioso y precavido que sea, se halla libre de un momento de extravío? ¿Quién puede vanagloriarse de ser inespugnable á las sugerencias de la vanidad, particularmente cuando éstas renuevan deseos no satisfechos capaces de halagar los sentidos dispuestos las más de las veces á rebelarse contra la conciencia y hasta contra el corazón? En semejante caso se hallaba justamente Ulrich. Así, en vez de enjugar las lágrimas de su esposa, lágrimas que caían en el alma de la que las vertía cual si fuesen gotas de fundido metal, ensoberbecido por la ciega y engañosa confianza que le dominaba, se alejó de ella. Es verdad que tampoco se le ocurría razón alguna capaz de justificar su negativa.

Margarita, cada vez más asombrada de su conducta, trató de averiguar la causa. Para lograrlo, recordó los acontecimientos del día. ¿Por qué entónces surgió en su pensamiento como un fantasma la memoria de Berta?

—¡Oh, es imposible! se dijo á sí misma re-

chazando aquella sospecha que la hacia padecer cruelmente. Ella, mi hermana de leche, repito que es imposible. ¿Entonces... por qué me trató con tanta frialdad al encontrarnos esta mañana?

Como se ve, aunque procuraba alejar de sí aquella idea, no podia lograrlo. El fantasma estaba siempre delante de sus ojos, terrible, amenazador. Al fin, despues de varias horas de lucha se quedó dormida. Bien lo necesitaba. Acababa de sufrir un tormento que no conocia: era el tormento de los celos.

IV.

Lucha entre el amor y el deber.

Berta no pasó mejor noche que Margarita. Y, sin embargo, á la mañana siguiente, al salir de su habitacion para dirigirse á la sala del hotel, campeaba en sus mejillas el carmin de la salud y de la alegría. La astuta jóven habia comprendido su situacion. Antes, apenas sentia un deseo lo realizaba. ¿Por qué? Porque nada se oponia á su despótica voluntad. Pero ahora no se hallaba en igual caso. Tenia intenciones, fraguaba proyectos que no dependian de ella solamente; tropezaba con obstáculos que le era preciso allanar. ¿Cómo? Ignorándolo aún,

forzoso le era recurrir á la doblez y al disimulo.

¿Y qué obstáculos eran esos? En primer lugar tenia que luchar con una rival quizá más poderosa que ella, y sobre todo, debia hacer de modo que Ulrich, esclavo siempre de sus deberes, los olvidase hasta el extremo de pisotear un amor legítimo para dar cabida en su alma á otro contra el cual se sublevan la moral y la razon.

Momento hubo en que avergonzada y sobrecogida de temor ante tan inicuo proyecto estuvo á punto de renunciar á él; pero Berta pertenecia al número de las mujeres en quienes las pasiones hablan más alto que el deber, que no reconocen otra ley que la de sus apetitos, y que nacen para ser cortesanas en vez de castas esposas y celosas madres de familia. Por otra parte, ¿no sabia que era jóven, y no le habian hecho creer los que deseaban prolongar su dominio sobre ella para explotarlo mejor, que con el arrepentimiento convencional de la última hora de su vida le serian perdonadas todas sus faltas, poniéndola en el mismo caso en que se halla el bandolero napolitano cuando invoca la protec-

eion de la *Madonna* al ir á robar y quizá á asesinar al indefenso transeunte, ó el indio del Himalaya, el cual para aprovechar la ganancia que le brinda el viajero deseoso de explorar aquellas elevadísimas regiones en que su religion le prohíbe penetrar, se resuelve á servirle de guia, prometiéndose aplacar despues las iras de la divinidad á quien ha ofendido con sacrificios y oraciones? Ese arrepentimiento calculado, tardío que se indica como capaz de borrar al fin los pecados, es el que estimula los extravíos de los pecadores de todos sexos, clases y religiones. No sucederia lo mismo si se hiciese comprender á éstos que no siendo posible engañar á Dios por medio de la hipocresía como se engaña á los hombres, no deben esperar perdon, sino cuando su arrepentimiento es verdadero.

Por eso, desde que Berta volvió á ver á Ulrich, el amor que este le inspiraba, vivo siempre, pero contenido por la separacion como el fuego por la ceniza que lo cubre sin estinguirlo, se convirtió en un incendio capaz de devorarlo todo. Sus escrúpulos cesaron pronto y con ellos se desvaneció la desconfianza, único freno

capaz de detenerla en la pendiente por donde fatalmente se precipitaba.

Animada de tales intenciones, se anticipó á la hora convenida para dirigirse al salon. Al abrir la puerta el primer objeto en que se fijaron sus miradas fué Ulrich que, sentado junto á la prolongada mesa que ocupaba el centro, leia uno de los muchos periódicos sobre ella esparcidos.

Entonces, apoyando su mano contra su corazón, exclamó en voz baja y con mal contenida alegría:

—No me engañé: estaba cierta de que vendria ántes que yo.

Y deteniéndose como si tratase de recobrar su perdida serenidad, se dirigió á una de las otomanas que guarnecian la sala.

—No me figuré encontrar aquí á nadie tan temprano, dijo sentándose despues de haber saludado.

—¿Qué quiere Vd.? contestó Ulrich acercándose á la jóven y permaneciendo en pie delante de ella. La cama, en vez de ser siempre un lugar de reposo, suele trasformarse con frecuen-

cia en un verdadero lecho de Procusto. Entonces conviene abandonarla lo más pronto posible.

—Tales palabras estarían bien en boca de otro, pero no en la del doctor Travers, á quien consideran todos como el hombre más feliz de la tierra.

—¿Y en qué se fundan para atribuirme un privilegio que en este bien llamado valle de lágrimas convierte al que lo posee en una excepción?

—Motivos y no pocos hay para creerlo así, dijo Berta con una sonrisa, bajo cuya aparente dulzura no era fácil descubrir la hiel que envenenaba sus palabras. ¿No acaba de Vd. de contraer un enlace *de inclinación*? Semejantes uniones son obra del amor, y el que ama es feliz cuando tiene la certeza de ser amado.

—¿Quién puede estar seguro de haber sido guiado por el amor al elegir esposa?

—¿Quién? contestó Berta en tono ligeramente burlon. El que, como Vd., considera indignas de su mano á las brillantes bellezas de una populosa ciudad para ir á ofrecerla á la primera

de las rústicas montañesas que la casualidad le pone delante. El amor solamente inspira tales caprichos.

—En cuanto á mí, aseguro...

—En cuanto á Vd., dijo Berta interrumpiéndole, la duda no es posible. Si se tratase de la favorecida, el caso seria diferente.

—¿Cómo? preguntó Ulrich alarmado, adivinando que iba á recibir un fuerte golpe.

—Nada más fácil de explicar, respondió Berta, procurando disfrazar con aparente sencillez la perfidia de la insinuacion. El que desciende, ama realmente, porque no está en la conveniencia de nadie el bajar; pero ¿quién será capaz de sostener que no es la ambicion y sí el amor el que impele al que sube?

El ataque no era contra él, sino contra Margarita. Por una de esas contradicciones cuya explicacion no se debe ir á buscar ni al corazon ni á los sentidos sino á la conciencia, consideró Ulrich las insidiosas palabras de Berta como una ofensa inmotivada hecha á su esposa. Una ráfaga de indignacion iluminó su oscurecido pensamiento, pero como ráfaga que era, no tar-

dó en disiparse. La lucidez de los locos se asemeja al relámpago por su brevedad, y Ulrich habia perdido completamente la razon desde que respiraba la atmósfera de seduccion en que Berta le habia envuelto. No obstante, revelándose contra la malevolencia con que Margarita era tratada, dijo:

—Tal suposicion solo puede aplicarse á las mujeres que animadas de bastardas intenciones, no temen pronunciar con los lábios un juramento que no sanciona su corazon. La montañesa á quien Vd. maltrata con ella, no se halla en el caso de merecerla; su amor es puro, verdadero, desinteresado, y mi mayor desgracia consiste en no haber sabido apreciarlo.

—Semejante lenguaje le honraria á Vd. si fuese más esplicito; pero desgraciadamente pueden atribuírsele dos móviles completamente opuestos, exclamó Berta, á quien el elogio hecho por Ulrich de su esposa llenó de despecho. Así como pueden inspirarlo el amor á la verdad y el sentimiento de la justicia, puede proceder tambien de la vanidad. Nadie quiere confesar que ha sido engañado.

—¿Y dónde está el engaño? Si alguien ha mentido fui yo que en el delirio de la desesperacion le pedí su amor, creyendo curar con él el mal que emponzoñaba mi vida. No, jamás pensó engañarme. La falta ha sido mia, ó más bien de... los que me la hicieron cometer.

—Ha logrado Vd. escitar mi curiosidad. Si no temiese parecer indiscreta, rogaria á usted designase los culpables sin tardanza.

—Lo son los que burlando mi credulidad y haciendo escarnio de mi buena fé, causaron mi infelicidad cuando tan fácil les era labrar mi ventura, dijo Ulrich tristemente.

—¿Y le hubiera sucedido á Vd. eso si hubiese sido más perseverante? preguntó Berta dulcificando la voz, así como la expresion de su semblante. Si Vd. hubiese tenido ménos presuncion, se hubiera hecho cargo de que no es el medio mejor de llegar hasta el corazon de una mujer que cree valer algo, tratar de imitar á César para complacerse despues en repetir sus tres famosas palabras. Se necesita algo más, y eso fué lo que Vd. no supo... ó no quiso comprender.

—La paciencia y la perseverancia cesan donde comienza la humillacion.

—¿Y quién intentó humillar á Vd.? preguntó Berta saliendo de la placidez en que hasta entonces se habia mantenido para mostrarse ardiente, impetuosa, como era realmente. A ser Vd. ménos ligero...

—Hubiera ido al fondo de las aguas del lago de Ginebra, exclamó Ulrich interrumpiéndola con amarga ironía.

—Si hubiese sido Vd. más justo, quise decir, no hubiera Vd. exigido de la niña irreflexiva la seriedad que no podia tener, observó Berta ruborizándose, no obstante el dominio que sobre sí tenia. Vd. vió desdeñ é indiferencia donde solo habia aturdimiento é imprevision. Esa creencia infundada, ese funesto error han causado nuestra... han causado lo que llama Vd. su desventura.

—¡Cómo! ¿Pues no es Vd. hoy la misma que era ayer? preguntó Ulrich, cuyo corazon palpité aceleradamente de esperanza.

—Lo que no consiguen la experiencia ni la edad, lo logran amenudo los pesares. Un in-

tante de sufrimiento doblega el carácter que no pudieron domar ni el ejemplo ni el temor.

Berta hablaba entónces sinceramente, y de tal manera reveló con la expresion de su fisonomía lo que en su interior pasaba, que nada hubo ya oculto para Ulrich. Transportado de alegría, olvidando que podía entrar cualquiera en el salon y verle, se sentó á su lado y se apoderó de una de sus manos que estrechó apasionadamente. La jóven trató de retirarla, pero la emocion que ella misma experimentaba le quitó las fuerzas y la voluntad. No hay incendio que se propague con tanta rapidez como el que ocasiona el fuego del amor.

—¿Y por qué desesperar? exclamó con el acento persuasivo que procede del entusiasmo. De nosotros dependen nuestra dicha ó nuestra desgracia. La última huye tan pronto como el alma se resuelve á dar libre entrada á la primera.

—No, dijo Berta bajando tristemente la cabeza. ¡Es tarde!

—No lo será si como yo se halla Vd. dispuesta á vencer todos los obstáculos.

—¡Nunca! exclamó la jóven con resolucion.
¿Olvida Vd. que no es libre?

—¡Ah! me habia figurado...

—Mientras que Margarita tenga sobre Vd. los derechos que como esposa le corresponden, suponiendo aún que nuestros corazones estuviesen unidos por el mismo sentimiento, nos hallaremos separados por un abismo.

Al hablar de este modo, Berta humilló su frente, ántes tan altiva, y retiró su mano que Ulrich no trató de retener. Su desaliento verdadero ó fingido se comunicó á éste que no encontró nada que replicar. La mujer que tenia delante, que le dominaba con el prestigio de su belleza, cuya sangre fria le permitia calcular de antemano el efecto que se proponia causar con cada una de sus palabras, le inspiraba, despues de todo, á la vez que amor, respeto y consideracion. Por tanto, temeroso de ofenderla, no se atrevia á decir lo que su pasion le inspiraba. Demasiado grande habia sido, á su parecer, su indulgencia permitiéndole llegar tan adelante como habia ido.

—Segun Vd., dijo al cabo de algun tiempo,

cruzando sus manos y dirigiéndole una mirada de angustia, los hombres que se hallan en mi situacion están obligados á amar en silencio y á morir.

—O á consolarse con otro amor, contestó Berta, á quien alarmó el desaliento de Ulrich. Teniendo Vd. á su disposicion el remedio, nada le impide hacer otra vez uso de él si su mal se ha recrudecido.

Berta calculó bien. La ironía á que oportunamente recurrió afectó dolorosamente á Ulrich. ¿Intentaba burlarse de él? Despues de haberse hecho á sí mismo esta pregunta, no es de extrañar que exclamase en tono que revelaba el más profundo abatimiento:

—Veo que me he engañado otra vez. ¡Ni áun siquiera me considera Vd. digno de lástima!

—Lo que yo me figuro es que no se halla usted á la altura de la situacion en que pretende colocarse. ¿Se puede esperar algo de un hombre que al comenzar la lucha se declara impotente ante el primer obstáculo con que tropieza?

—Pero Vd. olvida que ese obstáculo es insuperable.

—He oído decir que no hay ninguno que lo sea para el que ama de veras, observó Berta con afectada indiferencia.

—Los que así hablan no se han encontrado nunca en el caso en que me hallo yo.

—Creo más bien que en el corazón de usted no existen el valor y la resolución que dictaran tales palabras, observó la joven acentuando más la ironía que no había abandonado. Cuando nos impide el paso una barrera, se destruye ó se salta por encima de ella.

Ulrich comprendió y exclamó desesperado:

—Berta, lo que Vd. indica es imposible.

—Se engaña Vd.: yo no indico nada, replicó la joven con una frialdad que heló la sangre en las venas de Ulrich. Los hombres como Vd. no necesitan consejos de nadie: deben guiarse por sus propias inspiraciones.

No considerándose Berta observada en aquel momento por tener Ulrich los ojos bajos, no trató de ocultar la sonrisa de triunfo que iluminó su semblante. El estado en que veía á su

víctima le demostraba que el tiro lanzado por ella habia dado en el blanco. Pero el placer de la victoria la perjudicó. El infeliz doctor, que seguia disimuladamente todos sus movimientos, advirtió aquella sonrisa, y sin saber por qué, experimentó una sensacion desagradable que le obligó á dirigir la vista á otra parte.

Los males del alma son como los del cuerpo: hacen nacer en el ánimo del que los sufre repentinos y singulares caprichos. Ulrich nos ofrece una prueba de ello.

Al penetrar la intencion de Berta, lejos de sucumbir, salió de su abatimiento, y obedeciendo á la idea de rebelion que brotó en su cerebro, dijo interiormente levantándose del sofá con un movimiento nervioso:

—¡No, mil veces no!

La llegada de Margarita contribuyó á afirmarle en tan generosa resolucion. Como si quisiese huir de un peligro que le horrorizaba y contra el cual necesitaba proteccion, se acercó á ella; pero por pronto que anduvo, Berta se le habia anticipado. Las manos de ésta estrecharon cariñosamente la de la jóven, que no supo

cómo explicar aquella repentina efusion. En efecto: su semblante ofrecia á la sazón la limpidez del agua en cuya superficie se reproduce la azulada bóveda del cielo, y al través de cuya pérvida transparencia no es posible adivinar la terrible vorágine, nunca dispuesta á devolver su presa. ¡Tanta frialdad el día anterior y tan caluroso recibimiento ahora! No sabia que la implacable enemiga de su reposo abrigaba en su interior un sentimiento que deseaba ocultar, y que las mujeres como ella son verdaderos Proteos dispuestos á mudar de aspecto, segun las necesidades del momento.

Al observar Berta con su penetrante mirada las huellas del disgusto y de la fatiga en el rostro de su rival, sintió una vivísima satisfaccion, aunque mezclada de temor. Se alegraba del mal de la mujer á quien aborrecia, pero se asustó á la idea de que pudiese ser ocasionado por los celos que á ella misma la atormentaban. Sin embargo, se tranquilizó al notar que, sensible á sus efectuosas demostraciones, correspondió á ellas con otras iguales.

—Llegas oportunamente, le dijo tuteándola,

cosa que hasta entonces no habia hecho. Tu marido y yo no estamos de acuerdo respecto de la direccion que hemos de seguir en nuestro viaje. ¿Cuál es tu opinion?

—Antes de manifestarla necesito saber la de ustedes. Despues diré francamente lo que pienso. Sin embargo, hallándose ya algo avanzada la estacion, paréceme que el camino está trazado. De todos modos, apruebo desde luego el partido que Vds. tomen. Solo pido se me concedan dos ó tres dias para pasarlos en compañía de mis padres así que lleguemos á Lucerna. Mientras recorren Vds. el lago de los Cuatro Cantones y admiran la salida del sol desde la altura del Rigi-Kulm, yo me dirigiré inmediatamente al valle de Urseren si Ulrich á bien aprobar mi pensamiento y acompañarme.

Ulrich hizo un movimiento de disgusto, y hubiera prorumpido en una formal negativa, si una rápida mirada de Berta no le hubiese obligado, contra su deseo, á aprobar los proyectos de su esposa. Era una contrariedad para él presentarse á los padres de ésta. Temia, y no sin

motivo, que Walter con la penetracion que le era propia, comprendiese lo que pasaba y le pidiese cuenta de la felicidad de su hija. Una conciencia culpable de todo se alarma.

Guillermo, que entró precisamente en aquel instante, enterado del punto que se discutia, aprobó la determinacion de Margarita. Ulrich se vió en el caso de hacer otro tanto, aunque muy contra su voluntad. Quedó, pues, determinado que á la siguiente mañana se pondrian todos en camino hácia Zurich.

Desde aquel dia comenzó para Ulrich un verdadero martirio. Berta, firme en su propósito, y poniendo en juego todos sus medios de seduccion, apenas le dió tiempo para consultarse á sí mismo. El desdichado vivia como un siervo atado á la cadena, privado de fuerzas y de voluntad para romperla. Los esclavos todos se parecen. Con la continuacion de una obediencia incondicional llegan á figurarse que el libre albedrío es cualidad únicamente reservada para sus dominadores. Por eso la esclavitud degrada y embrutece.

Berta, á cuya sagacidad nada se ocultaba,

habia conocido la verdadera situacion de Ulrich. Para combatir sus vacilaciones y acallar sus escrúpulos se valia de las deslumbrantes imágenes que le inspiraba su pasion, negándose á toda concesion para irritar más sus deseos. Su recato no era más que aparente, su virtud un medio de accion. De esta manera mantenía constantemente al jóven doctor en un estado próximo á la demencia de cuyos arrebatos era con frecuencia víctima Margarita, que solo oponia á sus injusticias una paciente dulzura que si al principio le encolerizaba, acababa siempre por desarmarle.

Pero esta situacion se convertia para ella en un continuado disgusto. Su corazon amante no podia acomodarse á la frialdad ó despego del hombre á quien adoraba. Las cariñosas muestras de deferencia que de Guillermo recibia eran su único consuelo. Los que sufren dan más valor que nadie á las demostraciones de simpatía de que son objeto. ¿Y por qué no era sensible entonces al afecto que Berta le manifestaba? ¿Por qué sus palabras no la conmovian nunca?

Margarita nada habia visto ni oido, pues la circunstancia de ser cuatro nuestros viajeros daba lugar á que Guillermo la acompañase siempre en cuantas escursiones emprendian, lo que permitia á los otros dos apartarse de ellos cuando les convenia que nadie escuchase su conversacion; mas recordaba que el cambio sobrevenido en Ulrich habia principiado en el momento mismo en que habia encontrado á su hermana de leche, y esto bastaba para que la mirase, no con ódio, que tal sentimiento no cabia en su alma indulgente y noble, pero sí con cierta desconfianza que no en todas ocasiones conseguia disimular. Además, por mucho que se recatasen de ella los que de una manera tan inícuca conspiraban contra su dicha, daban algunas veces lugar con sus palabras á que la inquietud instintiva que la atormentaba se convirtiese en sospecha; que los granos de arena se vuelven montañas á los ojos de una mujer celosa y prevenida; pero como de aquí no pasaba, acababa al fin por persuadirse de que se habia engañado y de que el trastorno de Ulrich provenia más bien de un mal físico que de la

perversion del sentido moral y del olvido del deber. Era demasiado justa para acusar sin pruebas, y hasta entónces ningun tenia.

Los personajes de quienes nos ocupamos, despues de haberse detenido algunos dias en Zurich entretenidos en visitar sus instituciones y admirar las bellezas de su risueño lago, llegaron á Lucerna.

Aunque triste como de costumbre, Margarita se reanimó al respirar el aire de las montañas en que tan feliz habia sido. Walter y Gertrudis se hallaban á poca distancia, y gozaba de antemano al pensar en la sorpresa y placer que su presencia iba á causarles. La pobre se hallaba ya en la triste situacion de tener que retroceder á lo pasado para olvidar las amarguras presentes.

—Ellos sí que serán siempre los mismos para mí, dijo al colocar en una pequeña maleta los pocos efectos que consideraba necesarios para su corta excursion. Segura estoy de encontrar en su corazon al estrecharlos en mis brazos el inagotable tesoro de ternura que nunca han dejado de prodigarme.

—¿Pretendes acaso reconvenirme con esas palabras? preguntó secamente Ulrich que sentado junto á una mesa hojeaba distraído un libro que habia comprado aquella misma mañana.

—¡Cuán injusto eres! contestó Margarita suspendiendo su tarea y fijando en él una de aquellas dulces miradas que poco antes le transportaban de gozo. ¿Has oído nunca de mi boca algo que haya podido ofenderte?

—No lo sé; pero de algun tiempo á esta parte paréceme advertir en cuanto respecto de mí dices una mal encubierta ironía.

—¡Yo desaprobó tus actos ó palabras cuando olvidando que tengo voluntad me someto en todo á la tuya!

—Espero que me hagas el favor de convenir en que nada he exigido hasta ahora de tí que no sea razonable.

—¿Y te figuras que me basta eso para ser feliz? exclamó en tono suplicante acercándose á él. Dispon, manda, pídemme los mayores sacrificios: pronta estoy á complacerte.

—Lo agradezco, dijo Ulrich sin apartar

vista del libro que leía ó que fingía leer. Sé cuán sinceras son tus protestas de sumisión, de las que no pretendo abusar. ¿Quiéres más?

—¡Ah! ¡Quiero que me ames como me amabas ántes! exclamó quitándole el libro de las manos y estrechándolas entre las suyas. ¿No adviertes que tu indiferencia me mata? Ulrich, esposo mio, mírame siquiera una vez. Mi semblante pálido y enflaquecido te dirá que no puedo conformarme con mi actual situación.

Obedeciéndola maquinalmente, contempló su rostro dotado de una belleza ideal y en el que se veían impresas las huellas del pesar. Al fijar la atención en la corrección de líneas que con tanto entusiasmo había admirado, no pudo ménos de estremecerse: era demasiado visible la alteración que ofrecían. Su conciencia habló, y sin poderlo evitar oyó el grito reprobador que acababa de lanzar. El remordimiento y la compasión se abrieron paso hasta su alma.

Margarita aprovechó aquel momento para mostrarle el estado de la suya.

—¿Por qué no hemos de ser felices? pregun-

tó echándole los brazos al cuello. ¡Lo éramos tanto ántes! ¿no es verdad?

—¡Sí, lo éramos sin duda! dijo Ulrich dando un suspiro y moviendo tristemente la cabeza.

—¿Y qué motivo hay para que no lo seamos también ahora? Si te aflige algún disgusto, aquí estoy yo para ayudarte á sufrirlo. Ulrich mio, agregó con el acento apasionado que no se puede fingir porque es la voz del sentimiento, hace poco te pedía tu amor; en este instante te ruego no me niegues tu confianza. ¿Qué quieres que haga para tranquilizarte, para devolverte la alegría?

—¿Mi alegría?... repitió Ulrich. Mi alegría no depende de tí.

Y el recuerdo de Berta, que brotó en su memoria sofocando los nobles instintos que las súplicas de su esposa habian comenzado á despertar en su interior, volvió á sumergirle en el entorpecimiento moral en que constantemente le tenia.

—¡Basta! dijo, procurando apartar de sí á Margarita. Poseo bastante fortaleza para sobrellevar mis pesares sin ayuda de nadie.

—¡Qué escucho! exclamó la jóven, tan sorprendida como desolada con el nuevo cambio que acababa Ulrich de experimentar. ¿Por qué ofendes mi cariño rehusando mis consuelos?

—Repito que no los necesito, dijo Ulrich con sequedad.

—¡Esposo mio!...

—¿No he dicho que basta?... exclamó alzando la voz.

—¡Más bajo, por piedad! murmuró la infeliz en tono suplicante. No quisiera que te oyesen.

—Nada me importa. La aprobacion ó la crítica de los demás me son indiferentes. Y ya que viene al caso, escucha: Si al ir á ver á tus padres te propones buscar auxiliares que me fastidien con sus amonestaciones, debo advertirte que no estoy dispuesto á tolerarlas.

—¡Ulrich! exclamó Margarita palideciendo. ¿Serias capaz de creer....

—Todo es creible en las mujeres exigentes y descontentadizas como tú.

—Dios mio, ¿qué significa esto?...

Y la desgraciada no pudo proseguir, pues los sollozos la sofocaban. Al fin, haciéndose su-

perior á su amargura, alzó la cabeza que tenia inclinada sobre su pecho, y con una dignidad que impuso á Ulrich, dijo:

—Ya que me acusas de exigente y descontentadiza, voy á probarte que no soy ni una cosa ni otra. Hasta ahora solo te he pedido que me acompañes á la morada de mis padres; pero he notado que esta determinacion te desagrada, y renuncio á ella. No puedo hacer más.

Ulrich, ciego como estaba, no vió en este rasgo de humildad y sumision sino un acto de soberbia, lo que aumentó su enojo en vez de calmarlo.

—Ese viaje está resuelto y se verificará, exclamó en tono imperioso. No quiero que tengas motivo para acusarme de que me complazco en contrariar tus deseos. Mañana temprano nos pondremos en camino para el valle de Urseren.

—Como tengo empeño en agradarte, renuncio á ver á mis padres. Un nuevo sacrificio no es nada para mí.

—¡Un nuevo sacrificio!..... ¿Y cuáles son los que te he impuesto?

—¡Ah! ¡Perdona! Haces bien en preguntarlo. Me he expresado mal, dijo Margarita con angustiosa precipitación. Ninguno, en efecto, me has exigido; pero yo insisto en aplazar la visita que pensaba hacer á mis padres.

—¡Y yo en que la efectuemos mañana sin tardanza! gritó irritado el insensato.

Y dando un fuerte golpe con la mano sobre la mesa en que estaba apoyado, hizo caer de ella un pequeño paquete que, abriéndose al llegar al suelo, lo cubrió de pequeñas flores secas.

Margarita, asustada, inclinó el cuerpo hacia atrás, llevando la mano á su corazón como si aquel golpe hubiese suspendido sus latidos.

En cuanto á Ulrich, inconsciente de lo que habia hecho, permaneció algunos segundos silencioso.

—¿Qué flores son esas? preguntó así que se hubo calmado algun tanto aquel acceso de mal humor. ¿Las usas como remedio contra alguna dolencia que me has ocultado por despecho ó por capricho?

—Sí, las flores que con tanto desprecio acabas de tratar, son para mí un lenitivo y un consuelo, contestó la jóven contemplándolas tristemente con los ojos fijos y húmedos. Más de una vez me han dado valor para sobrellevar con resignacion la desgracia, trayendo á mi memoria recuerdos de más felices dias.

—Esa respuesta ha despertado mi curiosidad, dijo Ulrich irónicamente.

—Búrlate de mí, pues lo merezco, exclamó Margarita recogiendo cuidadosamente las flores del suelo hasta que no faltó ni una sola. Esas margaritas que no se apartan nunca de mí, pues las llevo conmigo á todas partes, se hallan en el mismo caso que yo. Hoy secas y sin fragancia, ostentaron no hace mucho tiempo en el prado su frescura y lozanía.

—Pero mi pregunta no ha sido aún satisfecha.

—Si tuvieses más memoria, si las dulces emociones de lo pasado no hubiesen perdido para tí su prestigio, las hubieras al instante reconocido al esparcir las por el suelo como acabas de hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que una tarde, en el valle de Urseren, cuando yo no era más que una pobre montañesa llena de esperanzas é ilusiones, las consulté poco antes de llegar tú á mi casa, á cuya entrada te aguardaba inquieta é impaciente.

—¡Margarita! exclamó Ulrich recordando y enjugando con su pañuelo el sudor frio de que se cubrió su frente.

—Les pregunté si debia ser feliz aceptando tu amor y dándote en cambio el mio, y me respondieron afirmativamente. ¡Ellas y yo nos engañamos!...

Las palabras de la afligida esposa y el desaliento con que ésta las pronunció conmovieron á Ulrich. Al fin vió brillar un rayo de luz allí donde para él no habia más que tinieblas, y su resplandor le permitió contemplar la reprensible fealdad de su conducta.

—¡Soy un miserable! murmuró con voz sorda, ocultando su rostro avergonzado entre sus manos. ¡Margarita, perdona! Reconozco cuán injusto he sido contigo.

—¿De veras?... ¿Hablas de veras? exclamó

anhelante la joven cuyo corazon hizo palpar la esperanza.

—Sí, tengo muchas faltas que reparar.

—¡Ah, gracias, Dios mio! dijo Margarita, cayendo de rodillas y alzando sus brazos al cielo; al fin me devuelves mi esposo.

Y levantándose loca de alegría, se arrojó al cuello de Ulrich, inundado de dulces lágrimas el rostro.

El pecho de éste osciló tambien de gozo al corresponder sinceramente á las caricias de su amante compañera. Mucho tiempo hacia que no experimentaba un placer tan intenso y puro. Fué nuevamente lo que habia sido antes.

Entregábanse ambos á la dicha que los embargaba, cuando resonaron dos discretos golpes en la puerta de la habitacion.

—¿Han concluido Vds. sus preparativos? preguntó la voz de Berta.

El encanto se deshizo. Aquella voz que resonó burlona al otro lado de la puerta, convirtió en hielo el generoso calor que reanimaba las abatidas almas de los dos esposos. Estos se se-

pararon: yerta la una de angustia y animado el otro de impotente rábía.

Algunos momentos despues la ráfaga impetuosa de un amor culpable extinguia en el alma del último la chispa de generosidad que en ella brillara. La locura habia vuelto á triunfar sobre la razon. Atraído por una fuerza irresistible que desde fuera obraba sobre él, en silencio, con los ojos fijos y los brazos estendidos hácia adelante como si tratasen de alcanzar más pronto un objeto que solo él veia, se dirigió á la puerta, la abrió y salió del aposento.

Mientras se alejaba. Margarita, que casi sin aliento habia caido en un sillón, deploraba su triste suerte... ¡Ay! el delicioso ensueño que tan dulcemente acababa de mecerla se habia disipado por completo. Lo sucedido habia hecho caer la venda de sus ojos. Ya no le era posible dudar. Le habian arrebatado el corazón de su esposo.

V.

El depósito.

Berta, al encontrarse sola al día siguiente, llamó á su padre. Separada de Ulrich, que habia partido con Margarita muy temprano, queria distraerse. Guillermo, dispuesto siempre á complacerla, le propuso hacer una excursion al Rigi Kulm. Berta aceptó, y despues de haber dado un paseo por el lago en uno de los vapores que constantemente surcan sus aguas, se trasladaron ámbos por el *ferro-carril dentado* á aquella escarpada elevacion desde donde tan vasto y espléndido panorama se descubre, y en el que sintió renacer el entusiasmo que los

grandes espectáculos de la naturaleza le habían inspirado siempre. Pero la admiración que la puesta y la salida del sol, vistas desde allí, le causaron fué incompleta: faltábale Ulrich á quien seguía con la imaginación al alejarse de ella.

Cerca del anochecer, cuando todos los viajeros procuraban no perder ninguna de las bellezas que tenían delante, se apartó del hotel para ir á sentarse al borde del precipicio al pie del cual se extiende la vastísima llanura cuyos límites impiden distinguir los vapores en que insensiblemente se pierde. A aquella avanzada hora de la tarde, el lago de los Cuatro Cantones que acompañado de otros más pequeños, como los mares en un mapa geográfico, se dibuja en la alfombra de verdor formada por la yerba y los árboles no más altos que ella, visto desde tan considerable altura parecía al reflejar los últimos rayos del sol un depósito de líquida plata.

Cuando contemplaba absorta el cuadro que tenía delante, un pensamiento triste, desconsolador, se le ocurrió de improvviso. Figuróse que

Ulrich era incapaz de abrigar en su corazón un amor como el que ella sentía, amor ardiente, impetuoso, superior á todos los obstáculos, inquebrantable ante los escrúpulos más santos y naturales. Siempre temeroso y vacilante, si bien se hallaba dominado por la pasión que su belleza había encendido en su pecho, ó no tenía suficiente valor para poner en práctica los medios de satisfacerla, ó cedía al influjo de una pasajera alucinación que un momento de reflexión ó cualquier imprevisto acontecimiento podía desvanecer, para caer en seguida bajo el dominio de un amor más legítimo y quizá por lo mismo el único verdadero. Esta idea, que inútilmente trató de rechazar, hizo estremecer todas las fibras de su cuerpo.

Entonces se preguntó á sí misma cuál era el partido que debía tomar. La contestación que pedía tardó, pero su desesperación se la dió al fin terrible, inexorable. Su único recurso era en tal caso la muerte que pone término á todas las dudas, á todos los dolores.

Al encontrar esta solución para el problema de que dependía su vida, sus ojos se fijaron en

la sima que tenia á sus pies y su cuerpo se inclinó á fin de descubrir con más facilidad su fondo. La atraccion á que obedecia era irresistible. Los objetos todos comenzaron á oscurecerse á su vista y á girar como si tratasen de formar confundidos un nuevo caos. Presa de un vértigo horrible, sin embargo de comprender el peligro, no sentia la voluntad de sustraerse á él. El deseo de la muerte imperaba sobre el amor instintivo de la vida. Su situacion se asemejaba á la de un cuerpo bruto que cede fatalmente á la accion de la gravedad, cuando le pareció que la piedra en que estaba sentada se movia bajo su cuerpo como si fuese á desprenderse.

Aquel movimiento era indicio cierto de que se hallaba á punto de rodar con ella al abismo y sin embargo, no se atemorizó: léjos de eso, se inclinó todavía más hacia adelante. Otro esfuerzo en el mismo sentido y su salvacion era imposible.

En aquel momento supremo en que sus ojos fijos parecian medir el espacio que al precipitarse iba á recorrer, sintió que se apoyaba fuer-

temente una mano sobre su hombro. El peso de aquella mano la hizo volver en sí. Mil ideas cruzaron entonces por su mente hasta entonces aletargada, dominando entre ellas la de que todavía no tenía motivo para renunciar por completo á la esperanza. Colocada en el terreno de su verdadera situacion, viendo el peligro que corria, se recogió sobre sí misma como la oruga ante el enemigo que la amenaza, y recobrando su primitiva posicion, se puso rápidamente en pié.

La piedra que le habia servido de asiento, privada de sujecion, osciló durante breves instantes, hasta que, perdiendo el equilibrio, cayó en la sima, donde se dividió en numerosos fragmentos. A pesar de su fortaleza, Berta tuvo miedo, y tal vez no hubiera podido sostenerse si su padre, que se hallaba detrás de ella y que la vió vacilar, no la hubiese agarrado por un brazo.

—¿Es posible que no haya medio de curarte de tus extravagancias? le dijo éste con severidad. Cansado de buscarte por todas partes, me dirijo casualmente hácia este sitio, donde al fin

te encuentro. Bien podias haber elegido otro más á propósito para entregarte á tus contemplaciones.

—Ninguno podia haber mejor para ello, respondió Berta, más bien que asustada por el riesgo que acababa de correr, en el tono propio del que sufre una contrariedad.

—¿No reflexionas que al desprenderse esa piedra que te servia de apoyo, pudiste caer con ella en el precipicio?

—Está visto: es natural en tí vivir siempre alarmado, exclamó la jóven, recobrando la imperiosa jactancia que accidentalmente habia perdido. Yo no me asusto por tan poca cosa. Morir así ó de otro modo, ¿no viene todo á ser lo mismo?

—¡Berta!... exclamó Guillermo, á quien el lenguaje de su hija habia afectado desagradablemente.

—Padre mio, es inútil discutir sobre el particular. Vamos donde tú quieras.

Y echando á andar seguida de Guillermo, no tardó en mezclarse con los demás viajeros. Los dias restantes los emplearon ámbos en

subir al monte Pilatos. Berta, dominada por una inquietud febril que no le permitia disfrutar de un momento de calma, estaba en continuo movimiento, prefiriendo en sus escursiones los puntos más peligrosos. Guillermo, á pesar de su autoridad, no lograba contenerla. La voluntad de hierro de la hija triunfaba siempre sobre la del padre. Hallándose ausente Ulrich, ya no necesitaba disimular. Guillermo la veia, y suspiraba, recordando involuntariamente la dulzura y modesta dignidad de Margarita.

Contribuia y no poco á aumentar la especie de embriaguez en que Berta vivia la admiracion que su resistencia é infatigable intrepidez causaban á todos. Los viajeros que durante el dia la habian encontrado á caballo subiendo un empinado monte sembrado de rocas y de escavaciones profundas, ó bajando á pie una áspera cuesta por la cual más bien volaba que corria seguida de los guijarros y cantos rodados de la formacion geológica dominante en aquel accidentado terreno, desprendidos por sus pies en su vertiginoso descenso, la rodeaban por la noche en el hotel y tributaban entusiastas alaban-

zas á su belleza y atrevimiento. Estas lisonjas aumentaban su demencia. Idólatra de lo extraordinario, el papel de heroína se acomodaba admirablemente á su carácter.

Ambicionando, pues, de continuo triunfos capaces de halagar su vanidad, ¿cómo había de conformarse con el amor oculto que Ulrich le profesaba? Mientras ese amor no fuese público, mientras no pudiese jactarse de haber vencido á su rival, se consideraba humillada, escarneada. ¿Cómo no había de odiar entonces á Margarita?

No se hallaba ésta dominada del mismo sentimiento hácia Berta, no obstante alimentar ya la certeza de que ella era la que le había robado el cariño de su esposo. Ya hemos dicho que el odio no cabía en su corazón. Al emprender el corto viaje que debía proporcionarle el placer de abrazar á sus padres, iba triste y silenciosa. La naturaleza en vano ostentaba á su vista sus innumerables bellezas: un pesar profundo la agoviaba. No era Ulrich ménos desgraciado que ella.

Al llegar al Puente del Diablo los dos ba-

jaron los ojos. Allí se habían encontrado por la primera vez, é imposible era que no lo recordasen. Pero su emoción fué tan breve como su paso por aquella atrevida mole de piedra suspendida por el hombre sobre el abismo.

El coche que los conducía se detuvo algunos minutos después á la entrada del *chalet*. Sus corazones palpitaron aceleradamente: el de Margarita, á la idea de que iba á ver á sus bienhechores: el de Ulrich, de temor y tal vez de... vergüenza.

En efecto, mientras la primera estrechaba en sus brazos á los dos ancianos que no contaban con la grata sorpresa que su presencia les ocasionaba, el segundo, pálido y turbado, permanecía inmóvil en la puerta. Adivinaba que en aquella morada donde hasta entonces habían reinado la paz y la felicidad, debían entrar con él el disgusto y el sobresalto.

—¿Cómo es eso? exclamó Walter corriendo hácia él. ¿Se figura Vd. que no hay cariño también en nuestros corazones para el esposo de nuestra hija?

Y el bondadoso anciano abrazó á Ulrich, haciendo en seguida Gertrudis otro tanto.

—¡Bien venidos! agregó. Despues de los largos meses de ausencia que han trascurrido, bien necesitaban estos ¡pobres solitarios el placer que ahora reciben.

—¡Pero qué veo! exclamó Gertrudis de repente, fijando su atencion en el rostro de Margarita. ¿Has estado enferma, hija mia? Te encuentro desmejorada.

—¡Es verdad! dijo Walter. Estás pálida y tu semblante ha perdido su anterior frescura.

Margarita en vez de contestar procuró sofocar un sollozo.

Extrañado Walter su silencio, dirigió una mirada interrogadora á Ulrich; pero éste se hallaba de espaldas contemplando la campiña por una ventana.

—Habla por Dios, hija mia, prosiguió cada vez más inquieto. O has perdido la salud ó te aflige algun pesar.

—Ni lo uno ni lo otro, contestó Margarita que á costa de un grande esfuerzo habia logrado algun tanto serenarse. Acostumbrada á vi-

vir en estas montañas, me ha hecho falta su aire puro y vivificante. No estoy enferma, sin embargo, y lejos de tener pesares, soy completamente dichosa, pues no considero como una desgracia los ligeros sinsabores de que nunca se halla completamente libre nuestra mísera existencia.

—Comprendo, dijo Walter sonriéndose. El cielo más sereno se cubre de nubes por algunos instantes. Del mismo modo hay nubes para la felicidad que el tiempo y la razón no tardan en disipar. Cuando dos esposos se aman de veras las desazones duran poco. ¿No es así, hijos míos?

—Dice Vd. bien, observó Margarita.

Y merced á su prudencia y al dominio que sobre sí misma tenía, la conversacion giró sobre distinto asunto.

A pesar de esto, Walter estaba muy lejos de haber quedado tranquilo. Con su penetrante mirada descubrió bien pronto que los dos esposos no se hallaban de acuerdo. ¿Qué podía haber separado dos almas en un principio

tan unidas? Esto fué lo que se propuso averiguar y lo que consiguió muy pronto.

A la mañana siguiente, Ulrich y Margarita se levantaron muy temprano. El primero, que temia la presencia de Walter como teme el reo la del juez que debe juzgarle, salió inmediatamente con el pretesto de recorrer los alrededores. Deseosa la última de disfrutar durante el mayor tiempo posible de la compañía de sus padres, prefirió quedarse con ellos.

Reunidos se hallaban los tres en la pieza principal de la granja, cuando en la conversacion que tenian pronunció casualmente Gertrudis el nombre de Berta. El semblante de Margarita se alteró al oírle. Walter, que observó aquel cambio, poco satisfecho de la contestacion que á sus preguntas habia dado la jóven el dia anterior, dijo moviendo la cabeza con aire de incredulidad:

—En vano te empeñas, Margarita. No es fácil engañar á un padre inquieto que interroga á su hija más bien que con los ojos del rostro con los del corazón. Mucho temo que no seas tan feliz como pretendes hacernos creer. Tu

semblante ingénuo no ha sabido nunca cubrirse con la máscara de la mentira. ¿Por qué has variado de color al oír el nombre de Berta?

—No lo extrañe Vd. El me ha hecho recordar que he padecido un olvido involuntario ocultando á Vds. que esa jóven por quien tanto se interesan, se halla cerca de aquí. Ayer me he separado de ella.

Esta vez fueron Walter y Gertrudis los que palidieron.

—¿Habré oído bien, hija mia, ó he escuchado tan solo la voz de mi deseo? preguntó el primero lleno de ansiedad. ¿Berta vive?

—¡Vive! En su compañía y en la de su padre viajamos de algun tiempo á esta parte.

—Loado sea Dios, que me ha permitido ver realizados mis más ardientes votos.

—¡Oh! Debe ser una jóven muy hermosa, exclamó Gertrudis.

—¡Sí, muy hermosa! repitió Margarita tristemente.

—Cierta estaba yo de ello, agregó aquélla con orgullosa satisfaccion. Cuando la semilla

es buena, el árbol que de ella procede no puede ménos de ser robusto y gallardo.

—¿Y á qué milagro debió su salvacion en aquella terrible catástrofe? preguntó Walter.

—Lo ignoro. Ni ella ni su padre han hablado de eso en mi presencia, ni yo he creído prudente averiguarlo.

Margarita respondia á las preguntas que se le dirigian de una manera tan forzada y seca á la vez, que Walter fijó al fin en ello la atencion.

—Esa falta de confianza es bien extraña en verdad entre dos amigas, más aún, entre dos hermanas que se han alimentado con la misma leche.

Margarita guardó silencio. Le repugnaba la mentira y no quiso recurrir á ella.

—¿Callas? prosiguió el anciano. Tú me ocultas algo sin duda... En cuanto dices se advierte una amargura que me sobresalta más y más. Margarita, ¿hemos perdido acaso tu cariño? Si tienes pesares, ¿quién mejor que nosotros puede ayudarte á sobrellevarlos?

—Habla, hija mia, agregó Gertrudis. Si los

demás te abandonan, aquí están tus padres dispuestos á recibirte en sus brazos.

Tan afectuoso lenguaje enterneció á la joven que no supo que decir. Incapaz de resistir más tiempo á la emoción que la sofocaba se arrojó al cuello de su bienhechora, exclamando inundada en lágrimas:

—¡Ah! ¡cuán desgraciada soy!

La exclamacion de Margarita dejó atónitos á los dos ancianos. Temeroso Walter de comenzar un interrogatorio ya inevitable, pronunció el nombre de Ulrich. Margarita al oírle alzó la cabeza para decir en tono suplicante:

—Ulrich ha sido más imprudente y débil que culpable. Injusticia fuera, pues, condenarle.

—¡Ulrich culpable! repitió Walter cada vez más asombrado.

—No lo es, padre mio. Mi mala suerte puso una mujer en mi camino. A ella debe pedirse cuenta del desvío de mi esposo.

—Sea como fuere, dijo Gertrudis con la viveza de carácter que le era propia, yo le probaré que no se porta de esa manera un hombre honrado.

—Espero que no harás tal cosa, observó Walter en tono grave. Entre dos esposos desavenidos nadie debe intervenir. Ese es un terreno vedado para todos ménos para los interesados.

—¡Me parece estar soñando!..... Apartarse de su esposa para dar la preferencia á..... Porque al fin ¿quién es ella?... Tal vez alguna aventurera..., dijo Gertrudis roja de indignacion.

—¡Calma, calma por Dios! exclamó Walter con dulzura. Tengo tanta confianza en la prudencia y discrecion de Margarita y en la rectitud de su marido, que pronto espero verlo todo satisfactoriamente arreglado. No hay falta que no sea susceptible de enmienda, ni ofensa que el arrepentimiento no haga digna de perdon. Una y otra pueden en muchos casos provenir de una pasajera alucinacion de los sentidos. ¿No lo crees tú así, hija mia?

—Sí, padre; contestó Margarita dirigiendo al cielo una mirada de resignacion. Esa esperanza es la que me sostiene. Sin ella, quizá dejaría en breve de existir.

—¿Y tú qué has hecho y qué has dicho? pre-

guntó Gertrudis, que con sumo trabajo contenía su enojo.

—¿Yo? respondió la jóven con melancólica dulzura, sufrir y aguardar.

—Eso es, dijo Gertrudis, nosotras las mujeres no sabemos hacer otra cosa.

—No hay medio mejor, ténlo por cierto, observó Walter. Pero todavía no nos has indicado quién es la que ha tratado de robarte el amor de tu esposo.

—Creí que lo habian Vds. adivinado ya.

—¡Gran Dios! me haces temblar, exclamó el anciano lleno de angustia ¿Te contraes a Berta, por ventura?... ¿Guardas silencio?... ¡Oh! este golpe es superior á mis fuerzas.

Y el anciano agitado, apenas podia tenerse en pie.

Cediendo á las repetidas instancias de sus bienhechores, les refirió cuanto le habia sucedido desde que se separara de ellos la última vez. Aquella relacion los horrorizó. ¡Y ellos que creian que la hija de la difunta Berta no podia ser sino un dechado de virtud! Este horrible desengaño que lastimaba sus senti-

mientos y sus recuerdos más queridos, los sumergió en un profundo dolor.

—Trabajo me cuesta dar crédito á tanta perversidad, exclamó Walter. Es preciso que yo vea sin tardanza á esa mujer.

—¿Y para qué, padre mio? preguntó Margarita.

—Para echarle en cara su infame conducta, para cubrirla de oprobio y de vergüenza.

—¡Oh! no haga Vd. tal, yo se lo ruego, dijo Margarita con voz suplicante. Usted no la conoce. Las reconvenciones de Vd. serian recibidas con completa indiferencia. Tanto valdria querer persuadir á una estatua.

—Lo veremos. La que olvida así las leyes del pudor sin el cual la mujer deja de ser lo que es, para convertirse en un mónstruo, no podrá ménos de temblar al oír el acento del honor y del deber.

—Estoy segura de que no logrará Vd. nada.

—Por otra parte, ¿olvidas que tengo en mi poder el depósito que para ella me confió su madre? No, yo no puedo, no quiero conservar ese dinero. Al tocarle me quemaria los dedos

como si fuese hierro candente. Estoy obligado á entregárselo y se lo entregaré sin tardanza. De esa manera quedará roto todo vínculo entre ella y yo. La mujer que tan indignamente infama su nombre alimentando un amor culpable, degradante, no merece el afecto y mucho ménos la consideracion de personas como nosotros, humildes, pero honradas.

Y en el tono resuelto que tanta autoridad daba á sus palabras, prosiguió:

—Gertrudis, dispon lo necesario. Dentro de una hora me pondré en camino para Lucerna, ya que dices que se halla allí esa..... desgraciada.

—Tal vez no la encuentre Vd. en el hotel.

—Si no está, la esperaré. No le falta nunca la paciencia á quien ha resuelto llenar una obligacion sagrada. Todavía tengo fuerzas. Un montañés como yo no se asusta á la idea de andar algunas leguas. No temas: mis viejas piernas, estimuladas por el deseo, recobrarán todo el vigor de la juventud.

Walter, al hablar así, se movia con una agi-

lidad automática, producida por la escitacion febril que experimentaba.

—No es necesario que vaya Vd. á pie, dijo Margarita, convencida de que nada podria hacerle variar de propósito. El coche que nos ha traído le llevará á Vd. y le servirá para regresar.

Así se hizo. Una hora despues, el carruaje rodaba en direccion al lago, y por la noche llegaba Walter á la puerta del suntuoso hotel conocido con el nombre de Luzernerhoff, donde Guillermo y su hija estaban alojados.

Cuando el anciano trató de ver á Berta, acababa de llegar ésta de una larga excursion en compañía de su padre que se habia retirado á su habitacion para mudar de traje. Disponíase ella á hacer otro tanto, cuando le participó un criado que un hombre deseaba hablarle. Su primer pensamiento fué negarse á recibirle; pero al oír que se trataba de un asunto importante, accedió aunque de mala gana.

Algunos segundos despues, Walter con su tosco vestido de aldeano cubierto de polvo, entraba en el aposento rápida y resueltamente.

—Me acaban de decir que tiene Vd. un asunto importante que comunicarme, dijo Berta examinando de pies á cabeza al anciano, con la mirada altiva y desdeñosa que intimidaba á sus inferiores, pero que ningun efecto produjo en éste. Espero sea Vd. breve, pues no puedo perder tiempo.

—¡Ah! su madre nunca se expresó de ese modo, pensó Walter tan disgustado como sorprendido de que la jóven no le inspirase ninguna simpatía.

—¿Y bien? agregó Berta impaciente al ver que el anciano en vez de hablar, la contemplaba fijamente como si tratase de estudiar una por una las facciones de su rostro.

—Perdone Vd., dijo Walter. Son tantos y tan tristes los recuerdos que al ver á Vd. han asaltado mi memoria, que casi habia olvidado el objeto que aquí me trae.

—¿De qué se trata, pues? Repito que no tengo tiempo que perder.

—Es verdad, Vd. ignora quien soy.

—Por lo mismo que no sé quien es Vd., es.

pero me lo diga sin tardanza, observó la jóven cada vez más impaciente.

—Me llamo Walter Steiner.

—¡Walter Steiner!... no es la primera vez que me parece oír ese nombre, murmuró Berta tratando de recordar. Creo que mi padre...

—Su padre de Vd. no debe haberlo ovidado. Tan enlazado se halla con ciertos sucesos, que no puede ménos de tenerlo muy presente.

—Comienzo á comprender. Usted será algun antiguo..... sirviente de nuestra familia.....

—De la de su padre de Vd., no. Lo he sido de su desventurada madre, dijo Walter tristemente interrumpiéndola.

—¿De mi madre?... En el presente caso eso equivale á lo mismo.

—Tal vez no, exclamó Walter alzando la frente con dignidad. El que tiene el honor de dirigir la palabra á la hija recibió el último suspiro de la que le dió el ser.

—Sí, dijo Berta en tono ligero. Ya sé que mi madre falleció poco despues de haber venido yo al mundo. Supongo que no habrá Vd. solicita-

do verme para participarme lo que há mucho tiempo ha dejado de ser nuevo para mí.

Estas palabras hicieron palidecer de indignacion al honrado montañés.

Parecíale imposible que una hija pudiese hablar con tanta indiferencia de su difunta madre. Así, replicó con mal segura voz:

—Figúrome que no lo sabe Vd. todo. ¿Le han dicho á Vd., acaso, que el nacimiento de Vd. fué una de las causas principales de su muerte?

La voz y el aspecto del anciano manifestaban tan claramente la desaprobacion, que Berta se consideró ofendida. Dejándose, pues, llevar de su carácter altanero é irascible, exclamó:

—Lo que ha sucedido debe importarle á usted poco. Concluyamos de una vez: Vd. ha evocado sin duda todos esos recuerdos con el objeto de pedir...

—Se engaña Vd., señorita, dijo Walter con tanta dignidad, que Berta se sintió dominada. En vez de pedir, vengo por el contrario, á entregar un depósito que se me ha confiado.

—¿Un depósito? preguntó Berta sorprendida.

—Sí, señorita. Poco ántes de terminar sus padecimientos puso su madre de Vd. en mis manos una caja que me encargó entregase á su hija. Héla aquí.

Y sacando el mencionado objeto del gabán bajo el cual lo habia tenido oculto, se lo presentó.

Berta lo recibió maquinalmente.

—¿Y qué contiene esta caja? preguntó llena de curiosidad.

—Tome Vd. la llave y dentro encontrará usted la suma de 60.000 francos.

—¿Qué significa esto? exclamó Berta no sabiendo cómo explicar lo que sucedia. ¿Dice usted que mi madre me dejó al morir esa cantidad... y con qué objeto?

—Para que le sirviese á Vd. de dote si no tenia Vd. la dicha de encontrar á su padre.

—La broma no deja de tener chiste, exclamó riéndose, pero sobrecogida de un temor vago.

—¿Se figura Vd. que puede hacerme falta ese dinero? Berta de Muralt se halla en situacion

de darlo de limosna al primer pordiosero que invoque su caridad.

—Ahora sí, pero ántes no sucedia lo mismo. La señorita de Muralt era entónces una pobre huérfana sin madre, y cuyo nacimiento debia ignorar su padre.

—¿Qué se atreve Vd. á decir? preguntó Berta cuyo semblante permaneció impasible, pero cuya voz temblaba de cólera.

—Lo que Vd. probablemente no ignora. El que recibió el encargo de protegerla á Vd. y de educarla, se halla delante de Vd. Tal confianza hizo de mí la infeliz madre á quien la muerte iba á separar para siempre de su hija.

—Un hombre como Vd., un criado servirme de padre... eso es falso, exclamó Berta con ademan despreciativo. Yo tenia el mio, que nunca me separó de sí siendo niña, y que ha continuado dispensándome hasta ahora su cariño y proteccion. Si estuviese presente, al desmentir tal calumnia sabria castigar al que con ella pretende mancillar indirectamente mi nacimiento, á la par que la memoria de mi madre.

La vehemencia con que acababa de expresarse Berta, indicó á Walter que la jóven ignoraba cuanto habia sucedido ántes de venir ella al mundo. Al momento adivinó que Guillermo, por respeto hácia la que consideraba como su esposa, habia guardado silencio tocante á aquel doloroso episodio de su existencia. Entónces se arrepintió de no haber mostrado igual reserva. Pero el mal estaba ya hecho. ¿Cómo remediarlo?

Afortunadamente, atraído Guillermo por la voz de Berta, entró en el aposento, deteniéndose sorprendido al ver á Walter.

—¿Qué tienes, Berta?... ¿Quién es ese hombre? preguntó acercándose al anciano.

—Ese hombre ha llevado su atrevimiento hasta el extremo de insultarme, contestó la jóven que, herida en su orgullo, solo deseaba desahogar su cólera.

—Señor, míreme Vd. con atencion, pues habiendo trascurrido muchos años, no es fácil que Vd. me reconozca.

Guillermo, enojado con lo que habia dicho su hija, fijó los ojos en el montañés, que no

bajó los suyos, y despues de un exámen de varios minutos, dijo:

— ¡Walter!...

— Ese es mi nombre, observó el anciano. Ahora bien: ¿puede el que lo lleva insultar á la hija de Berta Waldmann?

— En efecto..... no es creible. Demasiado sé cuánto respetaba Vd. á los que durante su vida le distinguieron con su confianza.

— Pero tal respeto terminó con ellos, dijo Berta cuyo descontento no se habia calmado aún. Ese respetuoso, ya que no respetable servidor, ha tenido la osadía de llamarme bastarda.

— ¿Cómo? preguntó Guillermo, cuya frente se anubló de nuevo.

— Ante una acusacion formulada de ese manera, solo me corresponde manifestar que esta señorita me ha entendido mal, ó que yo no he sabido explicarme bien.

— Hé aquí una prueba de que falta á la verdad.

Y Berta mostró á Guillermo la caja que Walter acababa de entregarle.

—¿Qué contiene esa caja?

—Dinero, respondió Berta con despreciativa ironía. Es una limosna que mi madre confió al morir á ese fiel servidor para que me socorriese con ella cuando lo necesitase.

—Insisto en lo que dije hace poco, replicó Walter lanzando á Guillermo una mirada significativa. Esta señorita ha interpretado mal mis palabras.

—¡Basta! dijo Guillermo; queden las cosas como estaban. Desde el momento en que Walter asegura que no ha habido más que una mala inteligencia, es inútil seguir ocupándonos de este asunto. Acuérdate, Berta, de que se acerca la hora de comer. Te lo advierto para que te adornes cual corresponde. Entretanto, Walter pasará á mi habitación donde él y yo acabaremos de explicarnos.

Dicho esto, se retiraron ámbos dejando á Berta disgustada y pensativa. Una duda cruel la atormentaba. ¿Tuvo ó no razón Walter al expresarse en los términos en que lo hizo? Si no la hubiese tenido, Guillermo hubiera sido el primero en castigar al calumniador en

vez de tratarle con tanta deferencia. La orgullosa Berta, la heredera del apellido y bienes del opulento Guillermo Muralt, ¿sería una hija bastarda?

Esta pregunta se hizo á sí misma, mientras que el temor vago que habia al principio sentido fué aumentándose hasta convertirse en despecho y rábía. ¡Qué placer inmenso iban á experimentar aquellos á quienes se habia complacido tantas veces en humillar con su opulencia!

—Afortunadamente, añadió cuando daba la última mano á su tocado, nadie comprenderá en mi semblante el tormento que esta nueva duda me hace sufrir. Mucho tiempo há que mi rostro no indica lo que pasa en mi alma. ¡Hija natural, tal vez desdeñada por Ulrich que tan desordenada pasión me ha inspirado, y hasta por mi aborrecible rival!... ¡Ah! si llegase á realizarse este doble infortunio, sucumbiría. Es necesario que averigüe la verdad.

Y procurando hacerse superior á la inquietud que experimentaba, se dispuso á salir. Cualquiera que en aquel momento la hubiese visto

la hubiera considerado como la mujer más feliz. El fuego que ardía en su corazón no iluminaba su rostro ni con el más débil de sus reflejos. Y los que la contemplaban tan joven, tan bella, tan rica y tan dichosa, la envidiaban. El mundo no juzga más que por las apariencias. ¡Por eso con tanta frecuencia se engaña!

—Las órdenes de mi amo fueron escrupulo-

Llegada oportuna de un aliado.

No lejos del lugar en que Berta devoraba el insulto hecho á su orgullo, que era en ella la cualidad dominante y el origen de su fuerza, el que le habia impedido sucumbir á la ardiente pasion que la dominaba, Guillermo y Walter tenian una conversacion que habia despertado en ámbos dolorosísimos recuerdos. El primero refirió cuanto habia sucedido desde que le entregara su hija Pedro, el cazador de gamuzas, y el segundo todas las circunstancias que acompañaran al nacimiento de ésta.

—Las órdenes de mi amo fueron escrupulo-

samente obedecidas, dijo Walter. Solo me aparté de ellas al bautizar á la niña como hija legítima de Guillermo Muralt. Esta mentira que espero me perdone Dios al tener en cuenta el motivo que me la inspiró, me hubiera sido perdonada tambien por el que me hizo recurrir á ella cuando el tiempo hubiese calmado su enojo. Pero su muerte destruyó todos mis planes.

—Agradezco cuanto Vd. ha hecho, Walter, replicó Guillermo. Si falta algo aún por arreglar, yo me encargo de todo. La obra que la honradez de Vd. comenzó, no debe quedar incompleta. Mi hija le quedaria igualmente reconocida si lo supiese, pero debe ignorarlo siempre.

—¿Reconocida ella? repitió Walter vacilando.

—¿Lo duda Vd., acaso? preguntó Guillermo, extrañando la respuesta del anciano.

—Perdone Vd., señor, mi franqueza; pero despues de lo que he observado, no me parece que esa señorita abra frecuentemente su corazon al agradecimiento ni á ningun otro sentimiento que con él tenga relacion.

—La injuria Vd., Walter...

—Señor, le hago justicia, exclamó el anciano con firmeza interrumpiéndole.

—¿En qué se funda Vd. para aventurar tal juicio?

—En la indiferencia con que habló de su difunta madre.

—Como no la ha conocido..., observó Guillermo tristemente.

—Pues qué, señor, ¿no le ha enseñado Vd. á amar y venerar su memoria?

Esta pregunta turbó á Guillermo que guardó silencio. Mas al ver que Walter parecía interrogarle con sus miradas, no atreviéndose al parecer á hacerlo de palabra, exclamó con profundo desaliento:

—No quiero disimular con Vd. Le conozco y sé que no burlará mi confianza. Mi hija, Walter, está dotada de un carácter de hierro que á nada se doblega. Para que no peligrase mi autoridad de padre, mil véces he tenido que ceder á sus caprichos, no siempre por desgracia razonables, procurando disfrazar mi impotencia con una indulgencia forzada unas veces, nacida otras de un cariño exagerado, pero casi nunca

racional y con frecuencia excesiva. Sí, mi viejo amigo; mi hija dista mucho de realizar el ideal que me había formado.

—Entonces en nada se parece á su madre.

—En nada, Walter, en nada, dijo Guillermo cada vez más abatido. Se diferencia de ella así en lo físico como en lo moral. La semejanza que en mi hija echo de ménos la he encontrado extraordinaria, increíble, en la de Vd., ó á lo ménos en la que Vd. considera como tal.

—¿En Margarita? preguntó Walter con una sonrisa de satisfacción. En efecto, yo la he notado también.

—Margarita posee su misma belleza simpática y distinguida, su bondad y su dulzura. ¿No le parece á Vd. esto muy extraño?

Y la ansiedad que se leía en su semblante manifestaba el interés con que aguardaba la respuesta del anciano.

—Muy singular es, sin duda, sobre todo si se tiene presente quién era el padre de Margarita, contestó Walter pensativo.

—Bien lo veo, gritó Guillermo, incapaz de

contenerse por más tiempo. Usted ha tenido el mismo pensamiento que yo.

—Tal vez..., dijo Walter vacilando.

—Renuncie Vd. á esa reserva, amigo mio. Se lo ruego encarecidamente, exclamó Guillermo agitado. El interés de Vd. debe ser casi tan grande como el mio. ¿Cree Vd. que Pedro, cediendo á la avaricia, única pasión que reina en su alma venal y corrompida, haya podido sustituir una niña por otra, entregándome su hija en vez de la mía?

—Estoy por creerlo, señor, dijo Walter con entereza. Me atreveria á ser aún más explícito: he dejado de dudarlo.

—En igual caso me hallo yo. Y me fundo para pensar de esa manera en ciertos antecedentes que acuden de tropel ahora á mi memoria. Sí, la angustia de Pedro cuando Berta estuvo próxima á caer en el lago desde la barca que él dirigia y el nombre de «hija» que pronunció con voz penetrante al verla en peligro, me indican que no son infundadas nuestras sospechas. El amor paternal no ha muerto por

completo en su corazón. ¿Si recurriésemos á él para descubrir la verdad? ...

—Seria inútilmente.

—Ofreciéndole dinero lograríamos quizá...

—No lograríamos nada. Pedro no se resolverá nunca á confesar que es culpable de una sustitucion infame, de un delito que descargaría sobre él el fallo inexorable de la ley. En cuanto al dinero, demasiado sabe él que nunca encontrará cerrada la caja del hombre á quien ha engañado. En Berta tendrá un instrumento precioso de que valerse cada vez que la necesidad le apure.

—Entonces ¿á qué medio recurrir? preguntó Guillermo abatido.

A ninguno. La Providencia es la única que puede descorrer el velo tras el cual se oculta la verdad. Además, las pasiones que animan á los malvados tarde ó temprano delatan los crímenes que cometen. Entre tanto, hará Vd. bien en procurar dominar á... Berta, vigilándola de cerca y evitando que arrastrada por la violencia de su carácter cometá algun desacierto. El descuido de Vd. seria imperdonable. El ar-

repentimiento suele suceder á la falta. Cuando es verdadero, la borra sin duda; pero los dolores que la falta ocasiona subsisten siempre. Así, mejor es prevenirla que tener despues que lamentarla.

—Tiene Vd. razon, Walter; pero ya no es tiempo. Me siento incapaz de luchar con ella. Le he dejado adquirir tal dominio sobre mí, que en vano recurriria á mi autoridad. Nada más cierto: los padres sabemos amar y proteger á nuestras hijas, pero solo las madres saben formar su corazon. ¡Desgraciada la mujer que en el momento de nacer pierde la suya!

—Por eso lo es Berta, á quien debe Vd. vigilar desde muy cerca y con más cuidado que hasta aquí. Las mujeres de pasiones violentas como ella están espuestas á mil peligros.

—¿Dónde quiere Vd. ir á parar, Walter? preguntó Guillermo mirándole con atencion.

—Donde no debe ir á parar ella nunca, respondió el anciano despues de haber vacilado. Procure Vd. apartarla del peligro que corre. Acostumbrada á hacer su voluntad, el dia que

se lance por el camino de su perdicion nada habrá que la detenga.

—¿Sabe Vd. algo, por ventura? inquirió Guillermo sobresaltado.

—No puedo decir más. Observe Vd. con atencion y lo que vea le dictará á Vd. la conducta que debe seguir. No debo explicarme con más claridad.

La conversacion de Guillermo y Walter terminó aquí. El último se retiró satisfecho de haber cumplido con el deber que su conciencia y su palabra empeñada le imponian, no solo entregando el depósito que le fuera confiado, sino tambien recomendando al primero que vigilase á su hija. Con esta advertencia le parecia haber conjurado, si no enteramente, en parte al ménos, el peligro que corrian la tranquilidad y la dicha de Margarita.

Poco despues de haber salido Walter entró Berta adornada con la elegancia que los viajeros ricos y de buena sociedad acostumbran desplegar al tomar asiento en la mesa redonda de los hoteles de primer órden.

—¿Se ha marchado ya ese hombre? preguntó

afectando una ligereza de que no participaba su ánimo profundamente afectado. Me alegro. Hubiera sentido encontrarle aquí.

—Haces mal en expresarte de esa manera, contestó Guillermo en tono severo. Te corresponde hablar con respeto de una persona que por mil motivos lo merece. El hombre que cumple con su deber es respetable, por humilde que sea la esfera social en que haya nacido.

—¿Me ha respetado él á mí acaso? ¿No me ha injuriado inventando una impostura?

—Estás en un error. Es incapaz de recurrir á tales medios. Amaba demasiado á tu madre para eso.

—¡Oh! dijo Berta irónicamente. El amor que le profesaba se lo llevó consigo á la tumba. Si los muertos son dignos de consideracion, alguna merecen tambien los vivos.

—Estás hablando de la que te dió la vida, exclamó Guillermo con una dureza á que Berta no estaba acostumbrada, pero que, sin embargo, no la intimidó. Ya que no veneras su memoria, como debes, deja que los demás lo hagan.

ad—Tengo demasiado orgullo para envidiar á los vivos y demasiado sentido comun para que me desagraden los elogios que se tributan á los muertos. En cuanto á mi madre, lejos de agradecerle la vida que me ha dado, no le perdono los padecimientos que con ella me legó.

—Hija ingrata, desnaturalizada..., exclamó Guillermo en el colmo de la indignacion.

—Papá, dijo Berta secamente, la campana avisa que la comida está servida. Haremos bien uno y otro en terminar un diálogo desagradable para ámbos.

Berta al concluir estas palabras se dirigió al comedor donde todos los viajeros ocupaban ya sus puestos. Las mujeres al verla envidiaron su belleza, los hombres la admiraron.

Su padre, que en cualquier otro momento hubiera gozado con el murmullo que la presencia de su hija ocasionaba, se sintió por el contrario más abatido.

—¿Qué importa su hermosura cuando el corazón que abrigo está helado? Si fuera Berta su madre, tal vez la amaría. Es verdad que no ama á nadie. Momentos hay en que me figura

que ni aún siquiera se ama á sí misma. ¡Ah, si ofendí á Dios, bien caro estoy pagando mi falta!

Guillermo apenas pudo comer. El silencio que guardó en la mesa contrastaba con la serenidad de Berta. El padre, dotado de un carácter franco, no sabia disimular, mientras que la hija tenia interés en que nadie penetrase lo que pasaba en su interior. En ella estaba muy lejos de ser el rostro el espejo del alma.

Trascurrieron tres dias mas al cabo de los cuales regresaron Margarita y Ulrich á fin de continuar su interrumpido viaje. Las súplicas de la primera para que su marido renunciase á su propósito fueron inútiles. Entónces se resignó con su acostumbrada mansedumbre, como se resigna el mártir á morir, fijo el pensamiento en la idea que le domina. Esta idea era en ella la esperanza de mejores dias.

El tiempo que acababa de pasar en las montañas habia proporcionado algun alivio á los sufrimientos que laceraban su alma. Walter y Gertrudis le habian hecho con su cariño más soportable la frialdad de Ulrich que, so pretexto de herborizar y recoger otros objetos desti-

nados á aumentar sus colecciones de Historia natural, pasaba los dias fuera de la granja, no regresando sino por la noche.

Esta conducta no le libró de los ataques indirectos de Gertrudis, quien, con sumo trabajo, se contenia ante las miradas suplicantes de Margarita y las no ménos expresivas aunque más severas de Walter.

El momento de la separacion fué triste. ¿Quién era capaz de adivinar el destino reservado á aquellos cuatro seres, nacidos sin duda para amarse y para ser felices, y dominados no obstante por el temor y la incertidumbre á consecuencia del extravío de uno de ellos?

Al abrazarse dijo en voz baja Walter á Margarita:

—¡Valor, hija mia! La mujer prudente que se encierra en el círculo de sus deberes es invulnerable. ¡Sufre con paciencia!

—No tema Vd., padre mio, le contestó la joven. Mi esposo jamás tendrá motivo para reconvirme. A pesar de su desvío, espero atraerle á fuerza de cariño y sumision. Si muero sin conseguirlo, me consideraré dichosa con

tal que en el momento de exhalar el postrer suspiro mi alma reciba de la suya un afectuoso adios expresado por medio de una lágrima de sentimiento ó de una de aquellas cariñosas miradas que tan feliz me hacian y que tan de ménos echo ahora. De todas maneras moriré amándole, perdonándole y bendiciéndole.

— ¡Hija querida! exclamó Walter conmovido ante tanta resignacion. Espéralo todo de Dios, que te hará justicia.

Al reunirse los cuatro viajeros lo efectuaron de la manera más cordial, en la apariencia al ménos. Y debia ser asi, porque cada uno de ellos tenia algo que ocultar: Margarita, sus celos y sus sufrimientos; Berta, su ódio, sus sobresaltos y sus criminales intenciones; Ulrich, su culpable amor y sus remordimientos, y Guillermo, sus dudas y su deseo de esclarecerlas. Cuando estaban juntos, la sonrisa jugueteaba en todos los semblantes; solos, la sonrisa era reemplazada por amargas lágrimas penosamente contenidas. En aquel drama íntimo, cuyos principales incidentes pasaban en silencio, luchaban las más violentas pasiones.

Al fin se pusieron en marcha. No los seguiremos paso á paso, ni trataremos de describir el admirable camino que tomaron. Las preciosas vistas que sin interrupcion se suceden á lo largo del ameno valle bañado por el Aar, cautivan los ojos hasta que se llega al apacible lago de Brienz que nuestros viajeros surcaron rápidamente en barco de vapor. Este los condujo, ya entrada la noche, á Interlaken, deliciosa mansion situada entre el enunciado lago y el de Thun, posicion de que procede su nombre. El aire puro que allí se respira y la frescura que en sus alrededores reina ha dado lugar á que adopten á Interlaken como residencia de verano los enfermos y los que sin estarlo pueden proporcionarse los placeres y comodidades de sus lujosos hoteles.

Vencidas las dificultades con que se tropieza para encontrar hospedaje, resolvieron dar principio sin tardanza á la série de escursiones que tienen en Interlaken su principal punto de partida. No obstante absorber toda su atencion los sentimientos que las dominaban, no pudieron permanecer indiferentes ante aquella varia-

da y grandiosa naturaleza. Los montes sobre los cuales descuella como un gigante la Youngfrau con sus afiladas aristas y eterna y deslumbrante vestidura de nieve; el ventisquero de Grindelwald con su gruta de hielo, en cuyas paredes de cristal se refleja el brillo de las antorchas multiplicado hasta lo infinito, así como las voces plañideras de las montañas que con su melancólico canto invocan la caridad; las numerosas cascadas, en fin, entre las cuales llaman particularmente la atención las de Reichenbach por los graciosos giros que en ellas toma el agua al desprenderse de considerable altura, suministraron agradable distracción á sus pesares. Dios imprime á veces tal encanto y magestad á sus obras, que el hombre, sea cual fuere el estado moral en que se encuentre, no puede negarles el tributo de su admiración.

En la parte superior de una de las indicadas cascadas á que se llega por un sendero tan empinado y escabroso como húmedo y resbaladizo, las cabezas débiles experimentan con frecuencia el vértigo tan comun en los Alpes.

Todos sintieron su influencia, pero ¡cuán diferente efecto produjo en ellos!

Mientras Margarita, dotada de un alma contemplativa y religiosa, apartó los ojos horrorizada del vacío que con sus invisibles garras la atraía, Berta, fascinada por el peligro y sin calcular las consecuencias de un acto de desesperación, sintió el mismo deseo de arrojarse en el abismo que había experimentado en la altura del Rigi-Kulm. Si Ulrich hubiese pronunciado una sola palabra capaz de indicarle que se hallaba dispuesto á imitarla, se hubiera precipitado sin vacilar. Pero ocurriósele el pensamiento de que muerta ella ya no había nadie que se la disputase á su rival, y el ódio que ésta le inspiraba la salvó entónces, del mismo modo que ántes la había salvado el cariño de su padre. Aquella alma rebelde é indomable necesitaba satisfacer sus deseos á toda costa, y mientras no lo lograra, su vida no le pertenecía: la había consagrado en el altar de su orgullo al culpable amor que la devoraba.

Una mañana dirigíanse los cuatro viajeros en carruaje al valle de Lauterbrunnen. El sol

acababa de mostrarse sobre los montes para continuar su marcha por un cielo sereno en que era imposible descubrir la más ligera nube.

—Hermoso tiempo, dijo Guillermo; tendremos un día espléndido.

—No lo creo yo así, observó el cochero. Cuando en esta region de los Alpes está el aire tan trasparente, los viajeros que emprenden una escursion saben cómo la comienzan, pero no cómo la terminarán.

—No es posible que ese firmamento tan azul pierda repentinamente su belleza.

—Si el Fraile, nombre de la montaña que tenemos al frente, se hubiese calado su capucha, seria yo de la misma opinion; pero ha descubierto su blanca y calva frente, y esta no es buena señal.

—Esperemos, sin embargo, que nos permita regresar sin novedad de nuestro paso, dijo Guillermo en un tono que revelaba su poca fé en las predicciones del cochero.

—Esperémoslo así, repitió éste socarronamente.

En aquel momento llegaba el carruaje á la

aldea de Lauterbrunnen, situada en el valle del mismo nombre, formado por dos altos mullones de rocas calcáreas de que se desprenden numerosas cascadas, la mayor parte de las cuales desaparecen en el aire ántes de llegar al suelo. Entre ellas llama la atención la de Staubbach, mansa corriente en verano al convertirse en nube de perlas que el céfiro de los montes esparce por los prados inmediatos, y desencadenado torrente en la estación de las grandes lluvias.

—Más que con su aspecto actual me gustaría con el que toma en invierno, dijo Berta así que Guillermo hubo indicado las variaciones que según la estación sufre aquella célebre cascada.

—Yo, por el contrario, replicó Margarita, la prefiero tal cual ahora se presenta con su mansedumbre y encantadora originalidad.

—Pero del otro modo debe ser más grandiosa é imponente, exclamó la primera.

—¿Qué importa que lo sea, si entonces en vez de fertilizar los campos con el artificial rocío en que actualmente se trasforma, lleva

consigo por donde pasa la miseria y la desolacion?

—Esos efectos se pueden evitar tomando precauciones, dijo Berta con insistencia; mientras que nada es capaz de evitar el fastidio procedente de la monotonía, destructor tambien, y con la desventaja de que produce una lenta agonía. ¿No tengo razon, doctor?

—De lo que llama Vd. lenta agonía puede resultar la salvacion del enfermo, dijo Ulrich con aparente tranquilidad, contestando á la pregunta que, acompañada de una mirada expresiva, le dirigió Berta. Mientras la vida existe, no se debe desesperar de la salud del cuerpo.

El aviso de que estaban dispuestos los caballos interrumpió la conversacion. Montados en ellos, y paso á paso, comenzaron á subir nuestros viajeros el empinado monte que conduce á Mürren. Solamente aquellos animales, acostumbrados á tan fatigoso camino, pueden afirmar sólidamente sus cascos en el sinuoso sendero que, despues de haber atravesado numerosos charcos y corrientes, va á terminar en la árida y pedregosa cima en que se halla el

hotel del *Silberhorn*, edificio solitario, pero desde el cual se descubre un magnífico y extenso panorama.

Admirablemente situado en aquella altura, conmovida á cada paso por las tempestades y donde entonces reinaba un profundísimo silencio interrumpido tan solo de vez en cuando por el crugido de los hielos que se agrietaban, ó por el trueno lejano de los aludes que de las elevadas cumbres se desprendían, el viajero puede contemplar á su sabor descollando sobre las cimas nevadas de numerosísimas montañas la esbelta cúspide de la *Youngfrau*, reina de aquellas soledades, y cuyo manto de deslumbrante armiño parecen sostener el pedregoso Fraile negro por un lado, y el *Silberhorn* de inmaculada blancura por el otro. El espectáculo no puede ser más bello.

Tan absortos se hallaban los viajeros contemplándolo, que no advirtieron el oscuro cortinaje de nubes que, alzándose á su espalda, se iba extendiendo rápidamente hácia las montañas que atraían completamente su atención. Cuando Margarita notó aquel cambio tan re-

pentino como inesperado, comenzaron á caer algunos ligeros copos de nieve que los obligaron á refugiarse en el hotel.

Desde la espaciosa galería que sirve á éste de pórtico, pudieron seguir observando los progresos del trastorno que se preparaba. Desgraciadamente un viento frío é impetuoso, cuyos mugidos hicieron cesar el silencio profundo que hasta entonces reinara, los puso bien pronto en el caso de buscar temperatura más suave en el interior del edificio.

Guillermo fué el primero en recordar la predicción del cochero al ver que el cielo, ántes tan puro, se habia cubierto de cenicientas nubes, y que éstas, despues de haber ocultado las más altas eminencias de la cordillera, arrojaban sobre la tierra abundante nieve que no tardó en cubrirla por completo. En aquel elevado sitio, hasta en el mes de Agosto son comunes semejantes fenómenos meteorológicos.

Pero si lo son, al revés de lo que en invierno sucede, no duran mucho tiempo. A eso de las cinco de la tarde la nevada habia concluido, y áun cuando el firmamento continuaba

encapotado y oscuro, habia motivo para esperar que el tiempo mejorase. Así opinó uno de los guías á quien Guillermo consultara. Sin embargo, deseando saber este último cómo pensaban sus compañeros, sometió el caso á su juicio despues de haber manifestado que creia más prudente pasar la noche en el hotel, donde estaban seguros de encontrar toda suerte de comodidades, que esponerse en un camino, peligroso de suyo, y que lo era más aún desde que la tempestad lo habia cubierto de lodo.

Los pareceres se dividieron. Margarita optó por la opinion de Guillermo; pero Berta, á quien la idea del riesgo habia devuelto toda su animacion, se decidió con tanto empeño por la contraria, que todos se sometieron á sus deseos. Adoptada esta resolucion, montaron á caballo y se pusieron en marcha.

Mientras recorrieran la meseta en que el monte Mürren termina, no hubo dificultad ninguna que vencer, pero no sucedió lo mismo al comenzar la bajada.

Los caballos, aunque acostumbrados á tales contratiempos, ¡ resbalaron muchas ve-

ces, no obstante conducirlos los guías por la brida.

Berta, cuyo génio impaciente no se acomodaba á este medio de locomocion, resolvió apearse y descender al monte á pié, invitando á Ulrich á seguirla. Su proyecto era insensato, pero como iban solos y muy adelantados á los demás, no hubo quien la combatiese. Púsolo, pues, en práctica, á pesar de las observaciones de los conductores.

Siguiendo el sendero que tenian delante, apresuraron ámbos el paso, y no tardaron en llegar á la zona de vegetacion formada por los pines, cuyas ramas, interceptando la poca luz que del nebuloso cielo procedia, los envolvieron bien pronto en una completa oscuridad.

La situacion se iba haciendo cada vez más desagradable. Empeoróla á poco la lluvia que comenzó á caer, y contra la cual no hallaban suficiente proteccion bajo las copas de los árboles. ¿Qué partido tomar en semejante caso? Temerosos de extraviarse en el bosque, pues les era imposible distinguir la vereda que habian tomado desde el principio, resolvieron detener-

se á riesgo de mojarse, hasta que llegasen los guías con los caballos. Impedíasele, sin embargo, la lluvia que, ligera al pronto, arreció gradualmente hasta el extremo de obligarlos á pensar en buscar mejor abrigo. ¿Pero cómo encontrarlo en aquel solitario bosque? Perplejos se hallaban sin saber qué hacer, cuando por dicha suya vieron brillar una luz á poca distancia.

El placer que experimentaron fué inmenso.

— Allí debe haber algún sitio habitado, dijo Ulrich. La luz artificial revela siempre la presencia del hombre: corramos en busca suya.

Aguijoneados por la necesidad, echaron á andar, y pocos minutos despues llegaron á un rústico *chalet*, por cuya única ventana salia la claridad que los habia orientado. Seguros ya de encontrar un asilo, llamaron á la puerta, que se abrió al momento, y en la cual se presentó una mujer que se apresuró á concederles la hospitalidad, con la benevolencia propia de todos los montañeses suizos.

— Su primer cuidado al entrar fué examinar el

sitio en que se hallaban y que la dueña puso á su disposicion despues de haber avivado con alguna brusca el fuego que ardía en la rústica chimenea, dejándolos en seguida solos sin manifestar ninguna curiosidad, ni dirigirles la más leve pregunta. La tarea no fué larga: una sola mirada les bastó para conocer que se hallaban en una pobre cabaña construida toscamente de tablas ennegrecidas por el tiempo y por el humo, y cuyos únicos muebles consistian en una mesa y dos sillas de madera.

—Debemos convenir en que no estamos en ningun palacio, dijo Berta riéndose.

—Lo que más falta nos hacia era un buen fuego para secarnos y este nos lo proporciona la fortuna, replicó Ulrich acercando las dos sillas á la chimenea. ¡Cuánto deben padecer los infelices habitantes de esta miserable choza durante el invierno! Realmente son dignos de compasion.

—¿Y por qué no de envidia? preguntó Berta pensativa. La dicha no la constituyen solamente los goces materiales. Sus elementos principales son la paz y la alegría del corazon. ¿No

cree Vd. que en una morada como esta se pueda ser completamente feliz?

—¡Oh! sí, lo creo, exclamó Ulrich con vehemencia; pero bajando la voz para no ser oído. Yo mismo me tendria por tal si Vd. no se negase á ello.

—¿Y quién dice que yo me niego?

—Lo digo yo que, dominado por un amor profundo, solo he logrado hasta ahora de la que me lo inspira negativas y sarcasmos.

—Páreceme que no tiene Vd. el derecho de pretender otra cosa, observó Berta con estudiada frialdad.

—¡Oh! No hable Vd. así, si no quiere hacerme creer que no existe ni un átomo de compasion en su pecho, exclamó Ulrich en tono suplicante. ¿No merecen acaso recompensa mis sufrimientos continuos, mis dias de fiebre y mis noches de insomnio, los remordimientos en fin, que desgarran mi corazon?

—El amor que Vd. me ofrece es un amor ilegítimo, culpable, humillante, y yo no puedo ni debo aceptarlo. Mil veces lo he dicho ya.

—Tiene Vd. razon. Me lo ha repetido usted,

sin haber logrado por eso destruir la esperanza que me anima, murmuró Ulrich con el más profundo abatimiento.

Estas palabras parecían deber terminar aquel diálogo, como habían terminado otros muchos parecidos; pero no era esa la intención de Berta al promoverlo. Descaba salir de una vez de aquella situación insoportable para ambos, y, sobre todo, para ella misma, que, acostumbrada á hacer su voluntad, comenzaba á cansarse del constante disimulo que las circunstancias le imponían. Así, para alentar á Ulrich, que guardaba silencio, dijo:

—Preciso es convenir en que Vd. se ha propuesto poner á prueba mi paciencia. ¿Cree usted que cualquiera otra mujer en mi lugar permitiría sin indignarse que Vd. la ofendiese con un amor como el que Vd. me ofrece?

—¿Qué ha dicho Vd.? preguntó Ulrich, reanimado con aquellas palabras que había oído muchas veces, y que le parecían no obstante siempre nuevas.

—Lo que es natural que se me ocurra en la situación en que la desgracia nos ha colocado.

Y como se hiciese un violento esfuerzo sobre sí misma, añadió:

—Reflexiónelo Vd. bien. El amor que Vd. me pide y que no podría concederle sin menoscabo de mi honra, me conciliaría el desprecio de todos. Y suponiendo que cegada por una pasión irresistible me resolviese á atropellar las consideraciones que á la sociedad y á mí misma me debo, ¿qué ha hecho Vd. para merecer un sacrificio que le daría el derecho de desdeñarme y escarnecerme al llegar el día del arrepentimiento ó de la saciedad? ¿Qué títulos puede usted alegar al exigir que pisotee mi dignidad propia, que arroje, en una palabra, la máscara que con el nombre de pudor sirve á tantas mujeres para encubrir los deseos más insensatos, los más indisciplinables extravíos?

—Si nada he hecho es porque usted nada me ha pedido.

—¿No he pedido nada? preguntó Berta en cuyos labios se dibujó una irónica sonrisa. Voy creyendo que la memoria de Vd. es tan débil como su decantada pasión.

—¿Y quiere Vd. que no reclame contra tanta

injusticia, contra tan inesplicable ingratitud? Solo siendo injusta é ingrata podria Vd. calificar de débil el amor que Vd. me inspira, fuerte, por el contrario, como el huracan que todo lo derriba, ardiente como la arena del desierto que abrasa y esteriliza cuanto invade, elevado como el cielo donde se reconcentran todas las dichas, inconmensurable, en fin, como la eternidad.

— Creeria en el amor de Vd. si su conducta no lo desmintiese á cada paso, exclamó Berta visiblemente conmovida.

— ¡Oh! no: Vd. no dudaria de él si en vez de consumirme á mi solo, hubiese fundido con su generoso calor una parte siquiera de la nieve de que está amasado el corazon de Vd., en el cual no ha logrado hacer nacer ni la más ligera simpatía. ¡Berta, añadió apoderándose de una mano de la jóven, que se estremeció, tenga Vd. lástima de mí!

— ¿Y quién la tendrá de mí despues?

— Usted no la necesita si me ama. Viviendo el uno para el otro, animados por la misma llama, circunscribiendo nuestros deseos y nuestras aspiraciones á los límites en que se encier-

ra nuestra personalidad, ¿qué nos importan la benevolencia ó el desden del mundo?

—¡Oh! déjeme Vd., déjeme Vd.!! murmuró Berta que comenzaba á no sentirse dueña de sí misma, procurando retirar su mano, que estrechaba Ulrich apasionadamente entre las suyas.

—No lo espere Vd. No hay nadie bastante loco para renunciar, despues de haber suspirado por ella en vano, á la felicidad que el cielo le depara; y yo soy feliz en este instante, pues pobre ciego, veo brillar por primera vez en los ojos de Vd. la luz de la esperanza, dijo Ulrich convencido, al notar la agitacion de la jóven, de que habia logrado al fin subyugarla.

Y así era en efecto. El aislamiento en que ámbos se hallaban, la hora, el sitio, todo contribuyó á separar á Berta del círculo de ideas y de deberes en que giraba de continuo. Olvidando el mundo y sus exigencias, privada del resto de prudencia que hasta allí habia constituido su fortaleza, la mujer inaccesible por su orgullo perdió el dominio que su superioridad le daba sobre sus deseos, á los cuales se sentia incapaz de resistir, devorada por la fiebre que

acalla la voz de la conciencia, impide la reflexión y sofoca hasta el sentimiento de la propia dignidad.

Ulrich, por su parte, en el delirio de la pasión se había acercado de tal manera á ella, que al preguntarle si lo amaba sentia en su rostro su abrasado aliento.

Y sin embargo, Berta, más bien que con la boca, le había contestado afirmativamente con una de aquellas miradas cuyo brillo le deslumbraba y le hacia perder la razón. Así es que, fuera de sí, se acercó más aún y rodeó con unode sus brazos la cintura de la jóven, que se dobló hácia atrás en aquel amoroso círculo, cual se dobla la flexible caña agitada por el viento.

Entonces, oprimiendo suavemente su cabeza contra su pecho y contemplándola con extraviados ojos, exclamó en un raptó de delirante exaltación:

—¡Ah! ¿Por qué hemos de padecer, cuando podemos ser dichosos? ¿Qué bella seria la vida si la pasásemos de continuo unidos el uno al otro como ahora estamos, solos, en el silencio de

la noche, interrumpido únicamente por nuestros tiernos suspiros!

Berta ya no trató de luchar contra una fuerza superior á la suya. Callada é inmóvil permaneció en los brazos de su amante, que trémulos la enlazaban.

Cual si no quisiese perder ni un átomo del placer que la jóven con su abandono le causaba, Ulrich la apartó de sí algunos momentos despues para verla mejor. Sus miradas recorrieron con deleite las formas de aquella figura encantadora dominada completamente por un sentimiento cuya violencia tan solo revelaba su agitada respiracion. Esta voluptuosa contemplacion acabó de trastornarle.

No debe extrañarse que Ulrich lo hubiese olvidado todo, porque la jóven en el mismo estado que él, le pareció dotada de una belleza sobrenatural al resplandor de la vacilante luz de la chimenea, paseando en torno suyo sus lánguidos ojos, como si buscase quien la protegiese contra su propia debilidad.

Afortunadamente para ella, en la pieza inmediata resonaron las pisadas de la dueña de

la casa que se acercaba. Entonces, como por encanto, cesó aquel momentáneo olvido de sí misma y del objeto que se proponía conseguir. Levantóse de su asiento cual si obedeciese á la acción de un resorte, y desprendiéndose del brazo con que Ulrich oprimia su talle, se dirigió al centro de la habitación, desde donde con ademán imperioso le obligó á permanecer en la silla que ocupaba.

Cuando la montañesa entró para agregar combustible al hogar, Berta, por medio de uno de esos cambios de que solo dan ejemplo las mujeres enérgicas en quienes la fuerza de voluntad es más poderosa que el sentimiento, habia dejado de ser lo que poco ántes era para recobrar su primitiva naturaleza.

—No hay duda, dijo con admirable aplomo tan pronto como quedaron otra vez solos: es Vd. uno de los hombres más impresionables que he conocido. Confiese Vd. que las circunstancias extraordinarias en que nos encontramos y que cualquiera podría muy bien calificar de novelescas, han exaltado su imaginación hasta el punto de hacerle creer verdadero un

amor que nunca ha existido en su corazón.

—Comprendo, replicó Ulrich convencido de su impotencia ante aquella mujer, verdadera esfinge, dueña siempre del secreto que en su alma guardaba y cuyas veleidades lo trastornaban. Usted se propone ocultar bajo el manto de una fingida duda la indiferencia que le inspiro.

—¡Muy bien! exclamó Berta en tono festivo á la par que irónico. ¡Una reconvención ahora!.. Tan lejos estoy de fingir, que todos los días me obliga Vd. á repetir la misma cosa. Mientras el lazo que le une á Vd. á otra mujer exista, seré para Vd. de mármol.

—Eso equivale á decirme que nada debo esperar.

—¡Extraño lenguaje! ¡Antes trató Vd. de imitar á César y ahora pretende convertirse en un nuevo Alejandro! prosiguió Berta siempre en el mismo tono. Sin embargo, permítame usted le declare que se halla Vd. muy lejos de asemejársele.

—En efecto, un lazo me une á otra mujer, dijo Ulrich picado por el sarcasmo de la joven. Este es un hecho que el mismo Alejandro á

quien estoy muy lejos de haber elegido por modelo no podría anular fácilmente.

—¿Habla Vd. de veras? preguntó Berta riéndose. Siento que me ponga Vd. en el caso de echarle en cara su falta de conocimientos históricos. ¡No saber lo que hizo Alejandro cuando no pudo desatar el lazo, ó lo que para el caso viene á ser lo mismo, el nudo gordiano!...

—No comprendo... exclamó Ulrich, que se sintió presa de una angustia mortal al adivinar lo que Berta iba á decir.

—Nada más sencillo: no pudiendo desatarlo, lo cortó.

Berta, pronunciado que hubo estas palabras, volvió la espalda y recorrió en varios sentidos la habitación con aparente indiferencia, ignorando ó fingiendo ignorar que con ellas habia causado al desorientado Ulrich un dolor tan profundo como si hubiese clavado un agudo puñal en su corazón.

—¡Oh! lo que Vd. indica seria una infamia, exclamó pálido y penetrado de un sentimiento de horror fácil de adivinar en su voz ronca y en sus ademanes convulsivos.

—¿Cómo?

—¿El divorcio?... ¡Imposible! Margarita no solo no ha cometido ninguna falta, sino que es incapaz de cometerla...

—¿Dice Vd. pues?...

—Que las mujeres como ella no merecen semejante humillacion.

—¿Y quién la merece entonces? ¿Soy yo por ventura? preguntó Berta con altivez.

—Observe Vd. que el divorcio seria el escándalo, y para aquella desdichada el deshonor y quizá la muerte, contestó Ulrich en cuyo interior luchaba el sentimiento de justicia con su insensata pasion.

—Por la última vez, dijo secamente Berta. O ella ó yo. Escoja Vd.

—¡Nunca! exclamó Ulrich volviendo el rostro para ocultar el espanto que le causaba tan monstruosa proposicion. Antes que recurrir á ese medio, prefiero mil veces sucumbir á la desesperacion.

Berta guardó silencio al oír esta respuesta. Pero en sus ojos brilló un resplandor siniestro, reflejo de la rábida que la devoraba.

Las dificultades habian sublevado las malas pasiones que hervian en su alma, y ántes que declararse vencida, no dudó ya en recurrir á los medios más violentos.

—Lo que el cobarde no se atreve á hacer, lo haré yo, pensó interiormente. La lucha ha comenzado y es preciso que termine. Hay un obstáculo que me impide conseguir mi objeto... yo lo destruiré. Despues... no me asustan las consecuencias. La embriaguez del triunfo sofocará los gritos de la conciencia. Un corazón satisfecho palpita siempre de gozo y nunca de temor.

Estas reflexiones en una mujer como Berta, indican las profundas raíces que en su alma habia echado su amor hacia Ulrich. Si así no hubiese sido, la negativa que acababa de sufrir hubiera hecho recaer en su autor todo su ódio y su desprecio. En un momento formó el proyecto: so o le faltaba buscar los medios de realizarlo.

Y sin embargo, tal vez hubiera mudado de propósito si hubiese podido leer en el interior de Ulrich. Tambien él habia sufrido un com-

pleto cambio. Berta habia dejado de ser en aquel momento el ideal que acariciaba. Mas bien por casualidad que intencionalmente alzó los ojos hácia ella, y como si hubiese adivinado en su rostro bello siempre, pero dotado de la belleza que se atribuye á los espíritus malos, el veneno que hervia en su alma, dió un paso atrás poseido de miedo é impelido por una extraña repulsion.

—No hay duda: solo un demonio es capaz de aconsejar el crimen con tanto cinismo. Así no debò vacilar: es preciso que sin tardanza huya de esta mujer.

¡Pobre loco! ¡cuántas veces habia formado la misma resolucion, y cuántas habia bastado una sola mirada para hacerle variar de propósito! Ignoraba que mientras dura la embriaguez de los sentidos, la razon enmudece ó habla tan bajo que es imposible oirla. Unos cuantos minutos despues, todas sus resoluciones caian por tierra. Considerando á Berta con idéntico espanto al que dominaba á Faust cuando Mephistófeles intentaba seducirlo con las más halagadoras promesas, con las más deslumbran-

tes perspectivas, sucumbia al poder que lo fascinaba. Sus lábios se abrían ya para formular una promesa que hubiera ó no después cumplido, cuando oyó el ruido causado por las pisadas de un caballo, seguido de dos golpes dados en la puerta de la cabaña. La dueña de ésta, que había oído también, acudió precipitadamente.

—Otro viajero sorprendido por la tempestad, dijo al pasar.

No se había equivocado. Franqueada la entrada, penetró en el *chalet* un hombre de buen aspecto; pero cuyo traje oscurecido por la lluvia indicaba que había estado expuesto á ella durante mucho tiempo. Admitido sin dificultad, pidió permiso para calentarse y secar su vestido al calor de la chimenea, permiso que le fué al instante concedido.

El recién llegado, que se había dirigido desde luego hácia el hogar, permaneció inmóvil durante algún tiempo, hasta que mudando al fin de postura, dió lugar á que la luz hiriese de lleno su rostro. Ulrich y Berta, movidos por la curiosidad natural en aquel caso, fijaron en él

sus ojos, y no bien lo hubieron hecho, prorumpieron á la vez en una exclamacion de sorpresa.

El recién llegado era el conde de Amerbach, que no mostró ménos admiracion al encontrarse en semejante compañía.

El lector no habrá olvidado en qué circunstancias se separaron por la última vez Berta y el conde alemán. Fueron demasiado desagradables para que su inesperada reunion causase placer á ninguno de los dos. Así es que si el disgusto se pintó en el semblante de la primera, en el del segundo se advirtió cierta turbacion que la intrepidez que le era natural no consiguió encubrir. En cuanto á Ulrich, experimentó hácia el conde el sentimiento de repulsion que siempre le habia inspirado.

La situacion de los tres personajes á quienes la casualidad habia conducido á aquel sitio no podia ménos de ser embarazosa; pero Berta, la mujer de las transformaciones, bien pronto la hizo cesar. Dueña de sí misma, como de costumbre, comprendió que la llegada inesperada de aquella víctima de sus anteriores desdenes

podia contribuir á la realizacion de sus planes. El conde, estimulado por ella, era muy propósito por su carácter para hacer sentir á Ulrich el aguijon envenenado de los celos. Por otra parte, se veia en el caso de desvanecer en él cualquiera aventurada suposicion, explicando el motivo porque se hallaba sola con Ulrich en aquel apartado lugar.

Dicha explicacion fué breve, así como lo fué tambien la del conde, que, sorprendido por el mal tiempo en el camino, se habia visto obligado á refugiarse en el *chalet*.

—Mi traje, á la verdad, no es muy á propósito para presentarme á una dama, dijo al concluir, animado por la manera afectuosa con que Berta lo habia tratado.

—El hábito no hace el monje, replicó la jóven sonriéndose. Este es un proverbio que pertenece á todos los idiomas y que ha obtenido carta de naturaleza en todos los pueblos. ¿Y qué se ha hecho Vd. desde que dejamos de vernos?

—Deseando aplacar la fiebre de actividad que me devora, he viajado incesantemente, has-

ta que, cansado de recorrer la Europa entera, he venido á disfrutar de algunos meses de reposo en Suiza, á la que considero como mi segunda patria. Actualmente me hallo en Interlaken, delicioso oasis para mí que ando errante de continuo por un inmenso desierto en busca de goces que no puedo encontrar y de ilusiones que huyen á mi aspecto, como los manjares de los lábios del hambriento Tántalo. Aquí, en presencia de esta magestuosa é imponente naturaleza, cuando no la contemplo y admiro, me entrego á los recuerdos del pasado, ya que el presente me niega toda clase de emociones.

—Lo que acabo de oír me indica que en nada ha variado Vd., exclamó Berta. Si llegase Vd. á persuadirse de que se parece Vd. á los demás hombres, se consideraría como el más desgraciado de todos.

—No, señorita, no soy el mismo; porque á la vez que han disminuido mis ilusiones, han aumentado mis desengaños.

—Los desengaños causan dolores, es cierto, pero todo lo cura el tiempo; ¿no es verdad, doctor? ¿No es el tiempo un gran médico?

—Sin duda, contestó Ulrich melancólicamente. Es el último á quien se recurre cuando los medios que se han puesto en práctica no han dado resultados.

—El doctor se halla en uno de sus frecuentes accesos de tristeza, y siempre que esto le sucede se vuelve intratable. No hace lo que yo, que procuro dar al olvido todo lo que me contraría ó aflige, consiguiéndolo casi siempre.

—¿Todo? preguntó el conde, acentuando fuertemente la palabra, para darle más expresión.

—¡Todo! contestó seriamente la jóven sin vacilar.

Esta respuesta disipó por completo el encogimiento del conde, cuya alegría fué fácil de advertir en la conversacion que entabló con Berta, á la cual trató con su antigua familiaridad. Ulrich, entre tanto, procuraba disimular en silencio el disgusto que tal conducta le ocasionaba. Sabia que el conde habia sido uno de los más entusiastas adoradores de aquélla, y por tanto temió que llegase á ser bien pronto un peligroso rival. Muy peligroso podia ser, en

efecto, facultado como se hallaba para tributar sus obsequios á la que era objeto de ellos á cualquiera hora y en presencia de todos, mientras que él tenia que ocultar sus deseos y hasta sus más ligeras emociones. Comenzaba, pues, á sufrir el tormento de los celos, temibles no solo por lo que hacen padecer, sino tambien por los extravíos que son capaces de ocasionar.

Pero cuando más humillado se consideraba, cuando solo á costa de violentísimos esfuerzos refrenaba la cólera con que veia la atencion que Berta prestaba á las apasionadas frases de aquel hombre que el destino parecia querer colocar entre él y el objeto de sus ansias, llegaron Guillermo y Margarita, á quienes la lluvia habia obligado tambien á buscar un refugio no lejos de allí. La presencia de Berta y Ulrich calmó las inquietudes de ámbos, particularmente las de la última, que experimentó vivísima satisfaccion al encontrar á su esposo y á su hermana de leche en compañía de un tercero.

La pobre jóven estaba igualmente celosa, y aunque á causa de su bondad y rectitud naturales no era capaz de comprender los crimi-

nales excesos á que puede arrastrar una pasión culpable, hubiérale bastado el pensamiento de que Berta habia podido ejercer á solas sobre Ulrich su fascinador encanto para sentir profunda tristeza. En el amor hay siempre algo de egoísmo, y si le acompaña la desconfianza, el egoísmo se convierte en intolerancia cuando no en aborrecimiento.

Raunidos todos en el *chalet*, despues de haberse referido mutuamente sus aventuras, acompañados del conde á quien Guillermo saludó friamente, pero con su acostumbrada bondad, regresaron al sitio en que habian dejado el carruaje. Cuando llegaron á Interlaken era muy tarde, por lo que sin pérdida de tiempo fueron á pedir al dueño el descanso que despues de tantos contratiempos necesitaban. Sin embargo, no todos lo encontraron. Cuando las pasiones velan, con dificultad se cierran los párpados. El sueño no prodiga sus favores, porque favores son los suyos en la existencia del hombre condenado á agitarse y á padecer desde que despierta, sino á los que tienen una conciencia pura y un ánimo tranquilo. Como estas

dos circunstancias no concurrían juntas en las personas de quienes nos ocupamos, todas ellas se levantaron al día siguiente más fatigadas de lo que estaban el anterior.

VII.

El padre y la hija.

Al llegar á esta parte de nuestra narracion, los acontecimientos, lentos hasta aquí por la situacion especial de cada uno de los principales personajes que en ellos figuran, comienzan á precipitarse. Empeñados éstos en conseguir su objeto, á semejanza del general dispuesto á presentar la batalla al enemigo así que ha considerado las ventajas é inconvenientes del plan que ha concebido, esperaban impacientes la oportunidad de lograrlo.

Sin que las relaciones que entre ellos mediaban hubiesen sufrido la más ligera alterac

cion, combatidos de nuevos temores y animados otras veces de nuevas esperanzas, continuaron su viaje por Suiza hasta llegar á Ginebra, acompañados del conde de Amerbach, cuya intimidad con Guillermo y su hija se habia renovado merced á la habilidad de ésta, que deseaba llamar sobre él la atencion de todos para que nadie la fijase en Ulrich. Ella aparentaba recibir con gusto los obsequios de su antiguo adorador, que se hallaba muy distante de sospechar siquiera que al trabajar para sí, era otro el que debia recoger el fruto de sus afanes. En el mundo hay actrices capaces de aventajar á las del teatro cuando se trata de fingir un sentimiento y de representar un papel con perfeccion.

Margarita, agena á todos estos manejos ocultos y más afligida que nunca por la indiferencia de su esposo, tanto mayor cuanto más crueles eran los celos que Berta habia logrado encender en el corazon de éste, se habia figurado que aquel viaje, para ella origen perenne de martirios, terminaria en Ginebra. Pero se engañó como otras muchas veces. Ulrich incisi-

tió en continuarlo hasta la Saboya, y la pobre jóven tuvo que fingir tambien, presentando un rostro sereno mientras brotaba sangre de su corazón.

Sin embargo, la fé que, como hemos dicho, tenia en la honradez de su esposo, no habia cesado, y confiaba en reconquistar su cariño así que, sola con él, pudiese anunciarle con certeza que la esposa debia reclamar en breve tiempo el título de madre. Margarita ignoraba que tal reserva, hija de la duda á la vez que de una pudorosa vergüenza, podia influir desfavorablemente en su porvenir.

Los viajeros determinaron, de comun acuerdo, detenerse en Ginebra una semana, tiempo que Guillermo y Ulrich consideraron suficiente para arreglar algunos asuntos.

Margarita, instalada en su casa, pudo gozar de la soledad que en la situacion de ánimo en que se hallaba consideraba casi como un placer. Sin embargo, sin que le fuese dado evitarlo, se reunian todos por la noche. Ulrich lo habia dispuesto así, porque de otro modo no hubiera sabido cómo justificar sus diarias visitas á la

morada de Guillermo donde le arrastraba su imperiosa pasión. Acostumbrado á ver á Berta á todas horas, sufría lejos de ella, particularmente al pensar que el conde de Amerbach podía hablarle libremente á solas. Aquella le había hecho comprender, para encadenarlo más, que la constancia de su rival era muy capaz de ablandarla al fin.

Cuatro días habían trascurrido cuando la última, que se fastidiaba de todo y en todas partes, sintió el deseo de ir á comer en compañía de sus tres amigos á Chambessy. Concebir el pensamiento y realizarlo fué obra de breve tiempo. Para preparar, cual convenia, lo necesario, Guillermo salió muy temprano de Ginebra con su hija.

El primer cuidado de la jóven, al llegar, fué ir á visitar el pabellon elegantemente decorado que tenia en el jardin, lugar predilecto suyo en que leia y tocaba el piano cuando se hallaba en la quinta. Allí, sola, contemplando el azulado cielo y oyendo el canto de los pájaros que se ocultaban en el follaje de los altos robles, se había entregado más de una vez á

las fantásticas meditaciones de que ninguna jóven se libra, particularmente en el momento en que las palpitaciones del corazón le anuncian que ha llegado para ella la época de amar. Pero entonces aquellas meditaciones eran inocentes: ocasionábalas una necesidad vaga, misteriosa, de su organismo, igual á la que sienten todos los séres de la naturaleza periódicamente cuando al salir de su letargo invernal comprenden que deben continuar la obra de que depende la conservación de su especie en el universo. Ahora, por el contrario, sus deseos eran definidos, convergían todos á un mismo objeto, y en vez de inspirarle melancolía, le ocasionaban vivos temores, cavilaciones constantes. Es verdad que la adolescente se habia convertido en mujer, ocupando las pasiones el lugar de la inocencia.

Como de costumbre, abrió una ventana, y por ella echó una mirada distraída sobre los objetos más inmediatos; despues se sentó en un sofá y cerró los ojos, no para dormir, sino para soñar. Y lo consiguió, porque despues que hubo concentrado sus pensamientos en el único

objeto que los absorbía, al través de sus párpados transparentes como si hubiesen sido del más límpido cristal, no en el mundo real, sino en el de los fantasmas donde la habían llevado sus aspiraciones é inquietudes, distinguió en una verde pradera, regada por un manso arroyuelo, á Ulrich, en el acto de abrazar con ternura á su esposa Margarita. Aquel grupo deslumbrante, lleno de encanto por su serenidad y poesía, la hizo prorumpir en un rugido de furor. Levantándose entonces trémula, cual si el repentino espanto que de ella se habia apoderado privase los miembros todos de su cuerpo de su natural flexibilidad, se frotó los ojos ansiosa de borrar de su retina los objetos que solo existian en su imaginacion exaltada, y moviendo su rubia cabellera como el leon la melena en sus accesos de calenturienta cólera, gritó con voz ronca:

—No, no será. Ulrich debe pertenecerme á mí únicamente, y si esa mujer á quien detesto se propone impedirlo, la destruiré con el poderoso soplo de mi voluntad.

Formulado que hubo de esta manera sus intenciones, disponíase á salir despues de ha-

ber dado algunas vueltas por el pabellon en busca de su perdida serenidad, cuando se presentó en la puerta un hombre que sin que ella lo hubiese advertido la habia estado observando por una de las ventanas, oculto tras la cortina de yedra que formando entrelazados festones la cubria en parte.

Aquel hombre, vestido de aldeano, y en cuyo semblante se leia una fuerza de voluntad indomable, clavó en ella sus ojos, dotados de extraordinario brillo y de la mirada falsa y oblicua de los animales de la raza felina.

A cualquiera otra mujer aquella súbita aparicion en un sitio tan solitario le hubiera causado miedo; pero á Berta solo le produjo sorpresa. Repuesta de esta impresion, despues de haber contemplado con altivez al que osaba acercarse á ella tan inopinadamente, le preguntó qué queria.

—¿No me conoce Vd.? inquirió á su vez el recién llegado sin dar muestras de vacilacion.

Y moviendo tristemente la cabeza al recibir de ella una contestacion negativa, añadió:

—No lo extraño. Los años y las privaciones

han demacrado mi rostro y emblanquecido mi cabello.

—¿Y á mí qué me importa todo eso? Usted es sin duda el mismo que desde que llegamos á Ginebra me importuna todos los dias solicitando que le reciba. Pues bien: si esa insistencia tiene por objeto pedir una limosna, hubiera usted hecho mejor dirigiéndose á mi padre que introduciéndose aquí furtivamente como un ladron.

—Pero no es al padre á quien yo busco, sino á la hija, exclamó el desconocido, cuyos ojos despidieron un relámpago de cólera. Si usted fijase bien su atencion en mí, acabaria por convencerse de que no merezco la calificacion de ladron, y mucho ménos la de mendigo.

El tono altanero de aquel hombre irritó á Berta, que iba á abandonar el pabellon, cuando obedeciendo involuntariamente á su indicacion, le miró con más detenimiento. Entonces le pareció notar en aquel rostro marchito y envejecido facciones que habia visto otra vez.

—Leo en el semblante de Vd. que no le soy ya totalmente desconocido. Voy á ayudar su

memoria. ¿Ha olvidado Vd. el paseo por el lago en que á no ser por el barquero hubiera usted caído al agua?

—En efecto... un sirviente llamado Pedro, si no recuerdo mal, logró con su habilidad y decision hacer de modo que la barca en que yo iba se anticipase á la que intentaba dejarnos atrás, dijo Berta indiferente al peligro que habia corrido, pero satisfecha al renovar en su memoria el contento que aquel triunfo le causara y que sin embargo tantas lágrimas le habia despues hecho derramar.

La benévola sonrisa que iluminó el rostro de Berta sólo duró un instante. Era motivada por el recuerdo del acto y de ningun modo por la presencia del actor. Porque despues de todo, ¿qué es un criado para una opulenta dama? ¿Cómo no han de desaparecer su nombre y su fisonomía en las tinieblas del olvido así que se ausenta, cuando nunca ha ocupado lugar ninguno en sus pensamientos? Si ha hecho algo meritorio, ha cumplido simplemente con su deber: para eso se le paga un sueldo. Un criado es poco más que un esclavo. En éste se ha

comprado su persona, al otro se le compran sus servicios. Desde el momento en que deben ámbos hacer el sacrificio de su voluntad para obedecer al que tiene el derecho de mandarlos, se hallan poco más ó ménos en la misma categoría.

Así pensaba sin duda Berta en su soberbia, cuando despues de haber recordado lo que el hombre que tenia delante habia hecho por ella, dijo:

—Estoy cierta de que por los dos hechos á que Vd. se refiere, mi padre le habrá recompensado generosamente.

—Sí, me recompensó despidiéndome de su casa, contestó Pedro con amarga ironía. Por eso, en mi deseo de verla á Vd., para evitar que notase él mi presencia, me he introducido aquí ocultamente.

—¿Y con qué objeto? preguntó Berta alzando su altiva frente. Si mi padre le ha arrojado á Vd. de su morada, algun motivo justo habrá tenido para ello.

—Sea como fuere, ninguna relacion existe entre él y el motivo que aquí me trae.

—Vd. se engaña, exclamó Berta con altanería. Esta es su casa y Vd. no puede entrar en ella sin su permiso.

—Sin embargo, ya ve Vd. cómo he podido, aunque dispongan lo contrario las leyes que rigen á la sociedad, dijo sardónicamente Pedro. Para unos, la riqueza, los honores, los placeres; para otros, la miseria, las humillaciones, cuando no una muerte prematura ó ignominiosa. Hé aquí la justicia á que Vd. hace poco se refería.

Estas palabras, pronunciadas en tono acerbo y poco respetuoso, irritaron á la jóven, que no queriendo bajarse hasta el punto de aceptar la discusion que Pedro parecia querer entablar con ella, le indicó con ademan imperioso la puerta, exclamando:

—¡Salga Vd. de aquí!

Pero Pedro, en vez de obedecerla, dió algunos pasos hácia adelante, deteniéndose en el centro del pabellon. Esta muestra de osadía no intimidó á Berta, que viendo en ella únicamente una falta de respeto, agregó cada vez más exasperada:

—Si Vd. prolonga su permanencia en este sitio un solo minuto, llamaré á los criados.

—Para que me hagan salir por fuerza, ¿no es eso lo que quiere Vd. decir? preguntó el cólerico cazador de gamuzas en ademán de desafío.

—Vd. lo ha adivinado. ¿Olvida Vd. quién es y delante de quién se halla?

—Por lo mismo que no he olvidado ni una cosa ni otra, me niego á obedecer.

—¡Insolente! exclamó Berta sorprendida al ver la actitud de aquel hombre á quien consideraba tan inferior á ella. ¿De cuándo acá acostumbra los criados faltar al respeto de los que les dispensan el honor de admitir sus servicios?

—Desde que los amos olvidan que á los criados pueden deber en algunos casos su elevación y riqueza.

—Ha dicho Vd. una mentira y va Vd. á recibir el castigo que merece.

Y para cumplir su amenaza, así como para poner término á un diálogo cuya continuación lastimaba su orgullo, trató de abandonar el pa-

bellon; pero Pedro se lo impidió, ocupando la puerta con su robusto cuerpo.

—Usted no saldrá de aquí sin haberme oído y sin acceder ántes á lo que solicito, dijo éste.

—¿Cómo? gritó Berta ciega por la ira, apoderándose de un látigo de montar que estaba sobre una mesa. ¡Paso, miserable! ¡Deje usted el paso libre ó voy á imprimir en su rostro una señal que le recuerde siempre cómo deben ser tratados los insolentes de su clase!

—Repito que no saldrá Vd. de aquí sin haberme oído, contestó Pedro, cuyos malos instintos se sublevaron contra la humillacion que la jóven intentaba hacerle sufrir.

Esta, que ignoraba los excesos de que el montañés era capaz cuando obedecía al furor, levantó el látigo dispuesta á castigarle; pero en el momento en que aquel instrumento de infamia para el hombre habia comenzado á silbar en el aire, la vigorosa mano de Pedro detuvo el brazo que lo movia, el cual quedó paralizado como si hubiese chocado contra una barra de hierro. La jóven, al ver su impoten-

cia, prorumpió en una exclamacion de rabia y de dolor.

—Lo que ibas á hacer era digno de tí, dijo Pedro. Es natural que los hijos se parezcan á los padres. Si no supiese que corre por tus venas mi propia sangre, este solo rasgo me hubiera bastado para reconocerte.

—¿Qué es lo que se atreve Vd. á indicar? preguntó Berta llena de estupor.

—Lo que probablemente no hubieras sabido nunca si hubieses tenido ménos vanidad. Eres mi hija, y ya que has provocado mi cólera, cae de una vez de la altura en que se enseñoreaba tu orgullo.

Al hablar así, el rostro del indomable montañés, á quien la resistencia hacia olvidar toda consideracion, era verdaderamente terrible por la perversidad que revelaba. Berta, aunque animosa y ensoberbecida por la cólera, se estremeció apartando de él sus ojos, sobre todo al advertir el horrible contraste que con el color purpúreo que la sangre congestionada le habia comunicado, producía la faja lívida que de improviso se extendió por toda su frente. Sin em-

bargo, no se acobardó. Lo que acababa de oír le hizo creer que estaba hablando con un loco. Así es que respondiendo más bien á sus propios pensamientos que á las palabras de Pedro, dijo en tono despreciativo:

—Solo la demencia ó la embriaguez pueden inspirar tales ideas. ¿Yo hija de Vd.?

Esta observacion fué seguida de una carcajada tan burlona y sarcástica, que Pedro al oírla tembló á su vez de rabia.

—¿Te ries, desgraciada? exclamó. Haces bien, porque tu risa no tardará en convertirse en perpétuo llanto.

—Es chistosa la ocurrencia..... ¿Yo, hija de Pedro, del criado que hace poco se arrojaba en tierra para evitar que me ensuciase los pies sirviéndome de alfombra?.....

La despreciativa ironía de la jóven acabó de trastornar al montañés.

—¿Quieres que para probártelo evoque recuerdos de tu niñez que te hagan retroceder á la época en que con tus padres comias el pan del pobre en la cabaña en que naciste?

—Seria una nueva mentira agregada á las muchas que acabo de oír.

—¿Y es una mentira tambien la cicatriz que bajo el seno derecho altera la inmaculada blancura de tu cuerpo?

Berta, al oír estas palabras, retrocedió de sorpresa.

—Esa oscura mancha, poco á propósito para cautivar agradablemente la atención de un marido... ó de un amante, la produjo la ceniza de mi pipa.

—Sí, cuando privada de la leche de mi difunta madre, reemplazó á ésta una mujer asalariada, que seria la de Vd., replicó Berta con un desprecio cada vez más marcado.

—¡Ah! sabias... exclamó Pedro, sorprendido á su vez.

—Sé que es una grosera fábula la que Vd. ha inventado... ¡Yo hija de Vd!...

La jóven dijo de tal manera las últimas palabras, que Pedro, agarrándola brutalmente de la mano, gritó en el colmo del furor:

—¿Valdria más por ventura ser el fruto bastardo de un amor oculto, que la hija legíti-

ma del pobre montañés, cazador de gamuzas?

Berta, al sentir su mano en la de Pedro, que se la oprimía como si fuese una tenaza, forcejeó para retirarla, pero no pudo lograrlo. Convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, devoró en silencio el rabioso despecho que la consumía.

—Así te quería. Ahora vas á convencerte de que no miento, añadió Pedro con una feroz sonrisa.

Y tirando de ella con toda su fuerza, la hizo, no obstante su resistencia, atravesar el pabellon para conducirla delante de un espejo que se hallaba en uno de sus extremos.

—Alza la vista, le dijo entónces obligándola á levantar con la mano que le quedaba libre la cabeza que habia inclinado sobre su pecho, cual si estuviese avergonzada de su inferioridad. Contempla tu rostro, y despues de compararlo con el mio, atrévete á negar que eres mi hija.

Berta, sin comprenderle, fijó en él involuntariamente sus ojos interrogadores.

—Mira, te digo, agregó el montañés inclinandole el espejo. Examina tu frente y despues la mia. ¿No ves impresa en ámbas la señal que

mil veces ha hecho temblar de miedo á los necios que la consideran como un signo de reprobacion?

Berta le obedeció maquinalmente y prorumpió en seguida en una exclamacion de horror. En efecto, su frente presentaba la misma faja lívida que la de aquél.

—¿Te has convencido ya? preguntó el cazador con una espantosa sonrisa de triunfo. Esa señal indica que el réprobo tiene una hija y que esa hija eres tú. Por eso te animan mis mismas pasiones, mis mismos apetitos. Lo que dije antes lo repito ahora: los hijos se parecen casi siempre á los padres.

Berta nada replicó.

—Ahora escucha, continuó, soltando la mano de la jóven que, anonadada, no ofrecia ya resistencia.

Y en breves palabras le refirió cómo habia hecho la sustitucion á que debia la posicion en que se hallaba.

—Sí; el deseo de sustraerte á la miseria, y, seré franco, mi propia conveniencia, me indujeron á cometer una falta que nos aseguraba,

aunque en distintas esferas, un halagüeño porvenir. Por eso te he seguido por todas partes, velando con solicitud por tu seguridad. Por eso me hallaba próximo á tí cuando te sorprendió la tempestad en el parque de la quinta de Chambessy, por eso te salvé cuando te ví en peligro en el lago. ¿Negarás ahora que eres mi hija?

Tampoco Berta contestó esta vez. La relacion que acababa de oír la aterró de tal manera que quedó privada de la facultad de sentir y hasta de pensar. Cuando al cabo de algunos minutos comenzaron sus ideas á recobrar su anterior lucidez, consideró la nueva situacion en que la narracion de Pedro la colocaba, y creyó que era víctima de una de esas horribles pesadillas en que, comprendiendo el que las sufre la inmensidad del riesgo que la imaginacion libre de trabas crea durante sus fantásticos desarreglos, se encuentra, no obstante, embargado y sin fuerzas para evitarlo. ¡Caer repentinamente de la altura de tanta grandeza en tan completa abyeccion; ver destruidos así, en un momento, los proyectos fraguados por

su orgullo; tener que renunciar á las esperanzas que afanosa habia acariciado, era demasiado para ella! No sufre más el que perdiendo la vista de improviso, en vez de la atmósfera de luz en que vivia se halla envuelto en profundas tinieblas. Agobiado de dolor y de vergüenza, porque vergüenza y humillacion produce toda caida, ocultó su rostro con las manos por entre cuyos dedos filtraban las lágrimas que su desesperacion le hacia derramar.

Pedro, que como más de una vez lo hemos dicho, sentia en su corazón el amor paternal que sus vicios y desórdenes no habian podido sofocar completamente, vió cuánto Berta padecia y tuvo lástima de ella. Con toda la dulzura que le permitia manifestar su carácter duro y salvaje, se le acercó dispuesto á tranquilizarla; pero ella se retiró al otro extremo de la habitacion con un movimiento de manifiesta repugnancia.

—Cálmate, hija mia, le dijo. Tu situacion no es tan mala como en este instante te la figuras. ¡Qué diablos! Si te muestras dócil á mis insinuaciones, en nada variará. El secreto que aca-

bo de comunicarte solo lo conocemos tú y yo. Para que destruya mi propia obra seria necesario que al recurrir á tí para satisfacer mis necesidades olvidases que soy tu padre.

—¿Vd. mi padre? ¡Nunca! exclamó la jóven con violencia.

—¿Otra vez? A la verdad, la educacion que has recibido te ha servido de poco. Cualquier palurdo como yo comprenderia despues de lo que ha pasado que no solo me debes la vida sino tambien todo lo que eres.

—Nada le debo á Vd., porque nada ha hecho capaz de captarle mi amor y respeto.

—En cuanto á tu respeto, poco me importa: yo tampoco respeto á nadie. Me basta con que recuerdes que te he sacado de la miseria para elevarte á la opulencia.

—Yo hubiera sido feliz en la esfera en que nací si Vd. no me hubiese hecho conocer las ventajas de otra más elevada; mientras que ahora no podré serlo en ninguna de las dos.

—¿Desconfias de tu padre? exclamó Pedro á quien la resistencia de Berta comenzaba nuevamente á poner de mal humor.

—Repito que no le reconozco á Vd. por tal. Mi verdadero padre no es el que me ha vendido como una esclava por un puñado de oro, sino el que con tierna solicitud me rodea de los mayores cuidados.

—Solo pensé en tu dicha al separarme de tí.

—Todos los sacrificios caben en el corazón de un padre, ménos el de renunciar voluntariamente al amor de sus hijos.

—Reflexiona que de no haber hecho lo que hice, hubieras perecido con tu madre.

—Mejor hubiera sido para mí morir, que vivir sufriendo, como tendré que vivir en adelante. Además, ¿no se salvó mi hermana?

Esta pregunta que de improviso se presentó á sus lábios, dió lugar á que entre las ideas que confusas bullian en su cerebro brillase una distinta que no se le habia aún ocurrido y que paralizó la sangre en sus venas. Su cuerpo, que habia estado hasta entonces inclinado hácia adelante bajo el peso de tanta desventura, se enderezó bruscamente poniéndola en la necesidad de dar algunos pasos hácia atrás á fin de no perder el equilibrio.

Su agitacion era demasiado viva para que pasase desapercibida á las observadoras miradas de Pedro, cuyo mal humor se convirtió en sorpresa. No sabiendo éste qué pensar, esperó que ella se explicase. No tuvo que aguardar mucho tiempo.

—Acaba Vd. de asegurar que es mi padre; dijo Berta jadeante como si hubiese dado una larga carrera.

Pedro se encogió de hombros con impaciencia.

—Ha dicho Vd. tambien que deseoso de labrar..... mi felicidad, me colocó Vd. en el puesto de mi hermana de leche.

—Nada más cierto, respondió el montañés.

—¿Luego Margarita, la esposa del doctor Travers, es la verdadera Berta, la legítima dueña del apellido que actualmente llevo?

Berta hizo esta pregunta con voz tan trémula y bronca, que Pedro, cada vez más asombrado, solo pudo manifestar su conformidad con un movimiento de cabeza.

—Pues bien, prosiguió la jóven, ha llegado el momento de probarme que el deseo de verme

feliz y no el vil interés le indujeron á Vd. á alejarme de su lado.

—¿Cómo?

—De una manera muy sencilla. Usted ha venido aquí á pedirme dinero, ¿no es esto?

—Confieso que se han agotado todos mis recursos y que carezco hoy de un pedazo de pan que llevar á la boca.

—Este bolsillo contiene varias monedas de oro, dijo Berta mostrando al montañés uno bastante repleto que llevaba consigo; con él podrá satisfacer sus necesidades más urgentes. Pero si realiza Vd. mis deseos, nadará en breve en la abundancia.

—Habla... ¿qué es preciso hacer? preguntó Pedro animado por la codicia.

Berta se detuvo como si dudase. Después de algunos instantes de silencio durante el cual pareció consultarse á sí misma, agregó:

—Nada tengo que temer. Usted está tan interesado como yo en obrar con la mayor cautela. Oígame Vd. bien. En la situación creada por Vd. existen dos Bertas. ¿No le parece á usted que hay una de más?

—¿Qué diablos quieres decir? preguntó Pedro abriendo desmesuradamente los ojos como si no hubiese entendido bien.

—Lo que Vd. y yo debemos pensar.

—Haces perfectamente en pensar por mí, porque yo no comprendo todavía dónde pretendes ir á parar.

—Pronto lo sabrá Vd. tan bien como yo. Comienzo á explicarme. Mientras Margarita viva, ni Vd. ni yo podremos disfrutar de un momento de tranquilidad.

—Será cierto tal vez lo que dices en cuanto á tí, porque respecto de mí, puedo asegurarte que te engañas de medio á medio, replicó Pedro con calma. Mi tranquilidad no se altera por tan poca cosa.

—¿Y si se llegase á descubrir el engaño de que han sido víctimas mi padre... Guillermo Muralt, quise decir, y su hija? Yo perderia en tal caso mi actual posicion y no podria favorecerle á Vd., y Vd. seria castigado.

—¡Bah! estoy muy lejos de abrigar semejante aprension. Ya te he dicho que solo nosotros dos conocemos este importante secreto, y

nuestra conveniencia exige que nadie llegue á penetrarlo. Es verdad que las mujeres son poco reservadas, y cuando pierden la cabeza, lo que con frecuencia les sucede, hablan hasta el extremo de decir cuanto saben, y muchas veces tambien lo que ignoran.

—Yo no soy una mujer como las demás, observó Berta prontamente.

—Lo voy creyendo así, en efecto, dijo Pedro, que al recibir el dinero que le habia dado su hija habia recobrado su buen humor. Esto me asegura que nuestro secreto no será publicado á los cuatro vientos.

—¡Quién sabe! Una palabra pronunciada en un momento de descuido...

—Es cierto... todos podemos descuidarnos...

—Las circunstancias que acompañaron al nacimiento de Margarita, la notable semejanza que segun dicen existe entre ella y su madre, la casualidad, en fin, ó la Providencia como otros la llaman, pueden contribuir á que brille la verdad.

—Tus temores son infundados, exclamó Pedro, cuya confianza renació despues de haber

reflexionado por breves instantes. Mientras nosotros no hablemos, la verdad se quedará á oscuras.

La firmeza que el montañés manifestó hizo comprender á Berta que tenia que apelar á otros argumentos para convencerle. Disponíase á hacerlo cuando se le ocurrió una repentina idea.

—Es preciso que Vd. se persuada de que mientras esa mujer exista no puede haber felicidad para mí, dijo la jóven tristemente.

—¿Pues qué te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? repitió Berta cuyos ojos centellearon de ódio. Esa mujer, despues de haberme arrebatado al hombre que amo, puede arrebatarme tambien mi actual posicion para precipitarme en la humillacion y en la miseria.

—¡Hola, hola! ¿Celillos tenemos? Estas señoras encopetadas se parecen á las de nuestra humilde clase como una gota de agua á otra. Déjate de tonterías. Entre nosotros, hablo por experiencia, un amor que sale mal se cura con otro.

—¿Y si yo le dijese á Vd. que ese amor me

consume hasta el punto de poner en riesgo mi vida?

—¡Qué desatino! exclamó Pedro en tono que revelaba su incredulidad. Nadie se muere por semejante fruslería.

—Y sin embargo, en nada he exajerado, agregó Berta sofocando un sollozo. Si la existencia de esa mujer se prolonga, perderé yo la mia.

—Por más que digas no creo que corras semejante peligro, observó el montañés sonriéndose. Tu robustez desmiente tus palabras y puede causar envidia á cualquiera de nuestras montañesas. Quien tiene una tez tan fresca y tan rosadas mejillas puede desafiar á la muerte.

—Veremos si dice Vd. lo mismo dentro de un instante.

Al concluir estas palabras entró precipitadamente en un pequeño gabinete anexo á la pieza en que estaban, siguiéndola con la vista Pedro, incapaz de adivinar sus intenciones. Trascorridos que fueron breves momentos volvió á salir ¡pero qué extraordinaria transforma-

cion se habia efectuado en ella! Su rostro lleno de frescura, sus mejillas en que campeaban las rosas de la salud, ya no existian. La mujer que con asombro contemplaba Pedro era otra con su mustio semblante cubierto de enfermiza palidez. En vez de Berta parecia más bien su sombra salida del sepulcro.

Pedro dió dos pasos atrás pasándose la mano por los ojos como si hubiese perdido la vista clara y penetrante que constituia en otro tiempo una de sus mejores cualidades de cazador.

—¿Es esta mi hija, la misma que hace poco me hablaba aquí? preguntó.

—La misma, respondió Berta llena de amargura.

—No es posible..... Un cambio tan completo...

—Lo ha efectuado la supresion de los afeites con que hasta aquí he engañado á todos. La presuncion por una parte, y el deseo de que nadie pudiese comprender lo que padecia y sigo padeciendo me hicieron recurrir á este artificio. Hé aquí por qué mi semblante parece indiferente cuando mi corazon palpita de ansiedad: hé

aquí cómo aparento estar plácida y tranquila cuando llevo la muerte en el alma. ¿Me cree usted ahora? ¿Corre ó no riesgo mi vida?

Pedro bajó la cabeza dolorosamente afectado. Al fin recobrando el uso de la palabra que la sorpresa le habia hecho perder, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?... ¡Habla!

—¡Quiero vivir! exclamó Berta fijando en él sus ojos, que parecian más grandes y lucientes á causa de los dos círculos morados que los rodeaban; pero quiero vivir dichosa y alegre y no sufriendo como vivo ahora.

—¿Y qué debo hacer yo para que logres tus deseos? inquirió el cazador deslumbrado por las miradas de la jóven, que tenían algo de siniestro.

—Librarme de la mujer aborrecida que ocasiona mi desgracia.

—Pero esa mujer es tu hermana de leche, dijo Pedro vacilando.

—Aunque fuese mi verdadera hermana. En cuanto á ella, la casualidad solamente le ha dado semejante título.

—Recuerda que cuando niña la tuve sobre

mis rodillas, que dividí entre tú y ella mis caricias y mi pan.

—No importa.

—Lo que me pides es un crimen, y ese crimen puede ocasionar tu pérdida y la mía.

—Tome Vd. las debidas precauciones.

—No me atrevo..... Si fuese otra..... Si no se tratase de su muerte.....

—¡Cómo! ¿Por salvarla á ella consiente usted en que sucumba yo?

—¡Eso no! exclamó Pedro sobresaltado. Me conozco, sé que soy un miserable capaz de todo, nada me asusta; pero la idea de que puedes morir, hace palpar de miedo mi corazón, tranquilo siempre hasta en presencia de los mayores peligros. Con todo, agregó reflexionando lo que quieres no es fácil de realizar. Dame algún tiempo para combinar.....

—No, se necesita obrar con rapidez. Pasado mañana debemos continuar nuestro interrumpido viaje. Margarita y... su esposo nos acompañan. Dentro de ocho días estaremos de vuelta. Ese tiempo únicamente puedo concederle á usted. Más tarde todo sería inútil.

—¿Y hácia dónde se dirigen ustedes?

—Hácia la Saboya. Nuestro principal objeto es recorrer las inmediaciones del monte Blanco.

—Y subirlo también, ¿no es eso?

—Tal vez.

—¿Salen ustedes acaso en dirección de Chamouny?

—Sí.

—Entonces... exclamó Pedro llevando su mano á la frente, como si tratase de evocar lejanos recuerdos. Permítame que reflexione. Eso es, debe estar allí... ¿Digiste que se proponen ustedes salir pasado mañana para Chamouny? Bien: antes llegaré yo.

—¿Y para qué?

—Déjame obrar á mí... Yo me entiendo. No me es posible complacerte en Ginebra. Allí hay muchos ojos abiertos que ven, y muchos oídos que escuchan. Desconfío de la policía suiza.

—¿Hará Vd. lo que le pido? preguntó Berta, cuyas pupilas lanzaron un rayo de salvaje alegría.

—Si no lo hago yo mismo, no faltará quien se encargue de semejante trabajo.

—¿Piensa Vd. confiar á otro nuestro secreto?

—No te alarmes. Tu nombre no se pronunciará para nada. Si hay algun peligro, yo solo lo correré. O soy tu padre ó no lo soy. No ocultaré que siento tener que recurrir á este medio; pero tu vida ántes que todo.

Pedro se disponia probablemente á explicar á Berta el plan que habia formado, cuando le interrumpió el eco de las pisadas de algunas personas que se acercaban al pabellon. No queriendo que le viesen, se acercó á la ventana más inmediata, y miró al través de los cristales.

—El doctor Travers con una jóven que supongo será su esposa, exclamó.

—Retírese Vd. sin tardanza, dijo Berta precipitadamente. Yo entretanto iré á cubrirme con mi acostumbrada máscara.

—Adios entonces. En Chamouny nos volveremos á ver.

—Adios. Cumpla Vd. su promesa y cuente con la seguridad de que no faltaré yo á la mia.

Dicho esto, Berta entró en el gabinete, cerrando la puerta tras sí.

Pedro, por su parte, como en los tiempos en que perseguía á las gamuzas, emprendió la carrera desde el pabellon, ocultándose en un bosquecillo de lilas que se hallaba inmediato. Pero por aprisa que anduvo, no logró impedir que Margarita reconociese en él, no obstante los años que habian trascurrido, á uno de los ladrones que intentaron robar el dinero que Walter guardaba en su casa.

Por eso al verlo hizo un ademan de sorpresa, al mismo tiempo que palidieron sus mejillas. Ulrich, que habia notado tambien la precipitada fuga del montañés, intentó perseguirlo obedeciendo á un impulso instintivo de curiosidad, pero le detuvo la actitud de la jóven, así como la emocion que parecia experimentar.

—¿Qué tienes? le preguntó. Has mudado de color. ¿Conoces acaso á ese hombre?

—Ese hombre es un ladron, contestó Margarita asustada.

Y sin dar tiempo á que Ulrich siguiese in-

terrogándola, le refirió los motivos que tenía para calificarle de aquel modo, así como el terrible suceso en que ella y él habían figurado.

—Es muy extraño lo que me acabas de decir, observó Ulrich pensativo. ¿Qué hacía entonces ese bandido en compañía de Berta? ¿Qué clase de relaciones pueden existir entre los dos?

—Tal vez haya intentado cometer un nuevo robo, agregó Margarita.

—Tienes razón, exclamó Ulrich sobresaltado. ¡Corramos!

Así lo hicieron. Un momento después entraron ambos en el pabellón, en que no encontraron á nadie. Pero Berta, que desde el gabinete inmediato oyó el ruido causado por sus pisadas, sabiendo ya quiénes eran, les suplicó la esperasen mientras acababa de arreglar su prendido, que las ramas de los árboles habían algún tanto maltratado.

—Héme aquí, dijo algunos minutos después saliendo fresca y risueña como se mostraba siempre.

—No extrañe Vd. que nos hayamos dirigido

—¿A este sitio, replicó Ulrich. Al llegar nos indicaron que se hallaba Vd. en él.

—Cuando vengo á la quinta este es siempre mi lugar favorito. En él me encuentro sola, y la soledad me agrada: es la amiga de los que gozan más con sus propios pensamientos que oyendo los ajenos.

—Pero hace un momento no estaba Vd. sola. Hemos visto salir de aquí un hombre precipitadamente.

—¡Ah! sí, dijo Berta con indiferencia. Era Pedro.

—Cómo. ¿Le conoce Vd.? preguntó Ulrich sorprendido.

—Sin duda.

—¿Sabe Vd. que ese hombre es un bandido que asaltó la casa de los padres de Margarita?

—¡Qué locura! exclamó Berta riéndose. Ese temible bandido es Pedro, un criado antiguo nuestro. No sé cómo no le ha reconocido usted, doctor.

—¿Yo?

—Sin duda. ¿Ha olvidado Vd. aquel paseo

por el lago en que tomó Vd. sin tener ganas un baño de agua fría? Pues bien: ese hombre que acaban Vds. de ver es el mismo que dirigia entonces la barca.

El recuerdo que en tono festivo acababa Berta de evocar en la memoria de Ulrich fué tan desagradable para éste, que no obstante no haberse disipado aún sus dudas, en vez de continuar haciendo observaciones guardó un triste silencio.

—Pues yo, por mi parte, insisto en mi primera calificación, dijo Margarita. He reconocido sus facciones que, así como las del malvado que le acompañaba, no olvidaré nunca.

—Fácilmente se equivoca á un hombre con otro cuando se le ha visto una sola vez. Ese infeliz, lejos de querer robar, ha venido á pedirme un socorro por hallarse necesitado.

—Así lo habrá hecho ahora, observó Margarita con la misma convicción que al principio; pero ántes, en vez de pedir tomaba por sí mismo lo que le hacia falta.

—Cuando se tiene miedo no se ve bien.

—¿Y entonces por qué huyó al acercarnos nosotros? preguntó aquélla.

Esta ligera discusion dió distinto curso á los pensamientos de Ulrich. Desde luego le pareció observar que Berta tenia un mal disimulado empeño en defender á Pedro. Por otra parte, estaba cierto de que cuando su esposa afirmaba una cosa, era porque tenia la seguridad de no equivocarse. ¿Qué hacia entonces aquel hombre con Berta en el pabellon?

Hacia lo que Berta no queria que se sospechase siquiera. Por eso lo habia defendido con tanta tenacidad.

Otra idea repentina habia entretanto cruzado por la imaginacion de ésta. Diciendo á Margarita que Pedro, á quien calificaba de bandido, era el que debia pasar por padre suyo á los ojos de todos, estaba cierta de humillarla ante Ulrich que era natural se avergonzase de tener por esposa á la hija de un malvado. Pero al regocijarse con la esperanza de atormentar á su rival, reflexionó que obrando así se exponia á promover aclaraciones capaces de ocasionar el descubrimiento de la verdad. Prefirió, pues,

privarse del placer que habia comenzado á saborear, para tomar en breve una venganza más completa y terrible.

Adoptada por ella esta resolución, con su impasibilidad acostumbrada invitó á los dos esposos á dirigirse al sitio en que se hallaba su padre. Desde aquel momento ninguno de los tres volvió á ocuparse de lo que acababa de suceder.

VIII.

Un convenio inicuo entre dos vasos de vino.

Trascurrieron unos cuantos días más, y nuestros viajeros, con sentimiento de Margarita que sola en su morada había disfrutado de una tranquilidad relativa, emprendieron su proyectada escursión á la Saboya, atraídos por la magnificencia del Monte Blanco que querían ó fingían querer admirar.

Los más empeñados en realizarla eran Berta, que á semejanza del caminante cuando devorado por la sed corre ansioso hácia el arroyo que deleita su oído con su suave murmurio y le atrae con el abundante caudal de sus tras-

parentes aguas, alimentaba la esperanza de satisfacer ántes de terminarla sus criminales deseos; y Ulrich, á quien un viaje proporcionaba frecuentes ocasiones de entablar con el objeto de su pasión las conversaciones particulares que tanto deleitan á los amantes, no obstante ser por lo regular la repetición exacta de las que las han precedido.

En cuanto á Margarita, los siguientes párrafos de una carta que el día anterior había escrito á sus padres indicarán mejor que cuanto pudiéramos decir el estado de su ánimo:

..... «Mañana debemos salir de Ginebra para Chamouny. En otro tiempo, cuando viajaba sola con Ulrich, que cifraba toda su dicha en estar á mi lado, y en verme alegre y satisfecha, me hubiera entusiasmado el pensamiento de contemplar de cerca el Monte Blanco, creación gigantesca en que, según la opinión de cuantos la han visto, el autor de la naturaleza ha manifestado más patentemente que en muchas de sus otras obras su inmenso poder como hacedor supremo, y la ilimitada elevación de su fantasía como artista. Pero desgraciadamente

mi situación no es la misma. En el silencio, en la quietud y en el retiro es donde encuentro ahora algún alivio, donde se calman algún tanto las inquietudes que de continuo me asedian.

»Y, sin embargo, cuando me siento más desalentada al ver que no logro con el ardor de mis caricias destruir la frialdad del ingrato á quien no puedo dejar de amar con la mayor ternura; cuando en cambio del empeño con que procuro satisfacer sus menores deseos, rodearlo de los más solícitos cuidados, solo obtengo muestras pasajeras de un agradecimiento expresado con palabras corteses y estudiadas, pero destituidas de calor y espontaneidad, incapaces por lo mismo de reanimar mi abatido espíritu, como lo son de reanimar la aletargada naturaleza los pálidos rayos del sol de invierno, oigo en mi interior una voz que me consuela y alienta diciéndome que mi mal es pasajero y que en breve plazo mi sumisión y mi constancia reconquistarán el afecto, no muerto, y sí adormecido del que deslumbrado por una astuta sirena prefiere recoger las migajas del

mentido afecto que desdeñosa le arroja su coquetería, al cariño franco, leal, inagotable de su amante esposa.

»Sí: confío en que donde para mí solo hay tinieblas actualmente reinará al fin la luz, y en que reanimando su corazón la noticia que le reservo, como reanima el mío la dulce conmoción que comienza á agitar mi seno, me devolverá su amor por entero. Lo que la esposa no ha podido conseguir hasta ahora, la madre lo logrará quizá.

»Hé aquí explicadas la reserva y la resignación completamente pasiva que mi buena madre Gertrudis me echa de continuo en cara. Ella quisiera que me rebelase contra mi estado presente, en vez de esperarlo todo de las eventualidades del porvenir.

»Pero no sabe que sin esa esperanza hubiera ya muerto de dolor. Además, le amo tanto, que aunque sea á costa de mi vida he resuelto ahorrarle el disgusto que mis justas reconvenciones le ocasionarian. El, por su parte, siendo bueno y honrado como es, el día que en su locura tenga un momento de lucidez, apreciará,

no lo duden Vds., mi sacrificio en su verdadero valor. Si de otro modo debiese ser, Dios, en su misericordia y justicia, no me habria dado ánimo y fuerzas bastantes para llevarlo á cabo con resignacion.»

Sin embargo de la tristeza que los dominaba, cuando los cuatro viajeros, conducidos en un coche abierto, llegaron al hermoso valle de San Martin limitado á lo lejos por elevadísimas montañas, imposible les fué contener un grito de admiracion. Motivólo el Monte Blanco, que más allá de las altas rocas cortadas perpendicularmente, y á cuyo pie corre el camino, se presentó de improviso á su vista en toda su belleza y magestad. La misma Margarita, á pesar de los enojosos pensamientos que sin cesar le asaltaban, fué la primera en manifestar el placer que sentia al contemplar aquella inmensa mole que, sobre el fondo fcrnado por el azulado firmamento, se destacaba blanca y deslumbrante con sus agujas esbeltas y erguidas como si fuesen otros tantos pilares destinados á sostener la bóveda celeste, y sus afiladas aristas, partes salientes de los inmensos pliegues

en que la nieve congelada y perpetua oculta los insondables abismos y ventisqueros cuya superficie jamás el viajero ansioso de emociones pisó sin peligro.

A medida que disminuye la distancia entre el observador y el coloso, éste parece crecer y variar de forma aumentando en brillo y extensión. Cuando se llega al escondido y fresco valle de Chamouny, descubierto en una de sus atrevidas escursiones no há mucho tiempo por el naturalista De Saussure, el monte más alto de Europa se muestra con sus verdaderas proporciones á la admirada vista que puede abrazarlo desde su base hasta sus fantásticas cumbres. En el momento de llegar nuestros viajeros habian perdido éstas su deslumbrante blancura para tomar un color sonrosado teñidas por los últimos fulgores del poniente sol.

—¡Qué magnífico espectáculo! exclamó maravillada Margarita sin poder apartar los ojos de las luminosas cimas del gigante cuyo extremo inferior se perdía en la oscuridad de que estaba inundado el fondo del valle. ¡Qué grande debe ser el poder del sublime autor de tan por

tentosa obra! Y sin embargo, el hombre lleva á veces su soberbia hasta tal extremo, que despues de pretender igualarse con él, se atreve á excitar su enojo con su rebeldía, y á desafiar su justicia con sus malas acciones. ¡Felices los que dotados de una conciencia pura pueden acercársele tranquilos en la hora de su muerte!

Estas palabras pronunciadas justamente cuando la campana de la pequeña iglesia de la aldea advertia lenta y melancólica á los creyentes que era llegado el momento de la oracion, resonaron de una manera solemne en los oidos de los que las escucharon.

Todos bajaron la cabeza como si su conciencia no se hallase en las condiciones que la jóven habia indicado. La misma Berta, no obstante la despreocupacion de que en materias religiosas hacia alarde, participó del respetuoso sentimiento que dominaba á los demás. Margarita era la única que conservaba fijos en el cielo sus ojos, tan azules y diáfanos como la bóveda inmensa que comenzaba entonces á salpicarse de estrellas. Cuando los bajó fué para dirigirlos á Ulrich, que alzando los suyos

los volvió á fijar en tierra, incapaz de resistir su mirada llena de indulgencia y espresion. Y es que el elocuente lenguaje de aquellos ojos, que en otro tiempo le hubiera colmado de dicha, hizo brotar en sus mejillas el rubor de la vergüenza. Sin embargo, su corazon palpité aceleradamente, mas fué por breves instantes. A la dulce emocion que Margarita le habia hecho experimentar, siguió la dolorosa sensacion de que no se libra el que reconoce, por un momento siquiera, que la desgracia en que gime es obra de sus propios extravíos.

Así llegaron á Chamouny. Necesitaban buscar hotel en qué alojarse. Sabiendo que esta empresa se dificulta en puntos tan frecuentados como aquél por viajeros de todos los países del mundo, no perdieron tiempo; pero olvidaron una circunstancia esencial, á saber: que en situaciones análogas, los hoteles más caros son los que más piezas desocupadas tienen. No es de extrañar, por tanto, que al entrar en el primero que se les presentó delante, recibiesen del dueño una negativa que se repitió en los dos siguientes á que acudieron. A todo esto,

los caballos del coche se negaban á andar de puro fatigados.

Como la noche avanzaba, vista la gravedad del caso, resolvieron detenerse, encargándose Ulrich por un lado y Guillermo por el otro de buscar alojamiento. La aldea de Chamouny es pequeña y las calles, ó por mejor decir, la única de ellas que merece el nombre de tal, no tiene mucha longitud. No habia, pues, temor de extraviarse al regresar al punto en que las señoras, que continuaban ocupando el carruaje, los aguardaban.

Ulrich habia llegado casi al extremo opuesto de la poblacion sin encontrar lo que solicitaba. Rodeado ya de casas pequeñas, aisladas y de aspecto miserable, se disponia á retroceder, cuando se abrió la puerta de una de ellas para dar salida á una mujer que al pisar la calle prorumpió en llanto. Aunque se hallaba poseido de un sentimiento que excluia casi todos los demás, no era insensible á los dolores del prójimo. Detúvose, pues, al oir los sollozos de aquella, esperando que invocase su auxilio si acaso lo necesitaba.

Al tomar esta determinacion notó que se le habia acercado otra persona de su mismo sexo que trató de consolarla.

—Inútilmente se empeña Vd. en disminuir á mis ojos el peligro que corre, dijo la que lloraba. Mi hija se me muere, é infeliz de mí, nada puedo hacer en su favor. Mauricio, al salir esta noche, se ha llevado los pocos *sueldos* con que contaba.

—Pero ¿qué dice el médico de su estado?

—El médico tiene demasiado que hacer en la presente estacion para perder su tiempo en asistir á una enferma que no puede pagarle. Vino el primer dia y no ha vuelto más.

—Tranquilícese Vd. Es de suponer que Mauricio le haya avisado.

—No lo sé...

Y la pobre mujer, en vez de continuar, prorumpió en nuevos sollozos.

—Comprendo, dijo la otra; Mauricio, en vez de permanecer al lado de su hija y de ayudar á su afligida compañera, habrá ido, como de costumbre, á la taberna á beber y á jugar.

El silencio que siguió á estas palabras in-

dicó que las dos mujeres pensaban del mismo modo.

Ulrich, que lo comprendió así, impelido por su natural generosidad, se acercó con ánimo decidido á la cabaña y despues de haber saludado, dijo:

—Aquí hay una niña enferma y una madre que llora. La primera necesita un médico: yo lo soy. En cuanto á la segunda, dispuesto me hallo á hacer en su favor cuanto me sea posible.

Estas palabras sorprendieron al pronto á las dos mujeres: la caridad humana no se brinda generalmente con tanta espontaneidad: las más de las veces es preciso llamar con fuerza y durante mucho tiempo á su puerta para que preste oídos. Pero el aspecto de la persona que las habia pronunciado, y el tono compasivo que empleó, convirtieron la sorpresa en esperanza.

—El cielo bendiga á Vd. por su generoso ofrecimiento. Una madre desconsolada y destituida de todo recurso no puede ménos de aceptarlo. Entre Vd., señor, y ojalá le acompañe la

proteccion divina que hace tiempo parece haberse alejado de los infelices habitantes de esta choza.

Deseoso Ulrich de no hacer aguardar á sus compañeros, penetró sin tardanza en el interior de la casa, causándole dolorosa impresion la miseria que sus toscos y escasos muebles y su aspecto todo desde luego revelaban.

—Ocupémonos primeramente de la enferma. ¿Dónde está? preguntó.

—Aquí, señor.

Y entrando en una pieza inmediata vió en un mal jergon tendido en el suelo y medio, cubierta con una agujereada manta de lana una niña como de diez años de edad, de rostro pálido y enflaquecido y que fijó en él dos ojos grandes, estremadamente abiertos, pero casi sin brillo.

Despues de haber interrogado á la madre sobre la dolencia de su hija y de haber examinado detenidamente á ésta, dijo con un acento que despertó la confianza en la primera que hasta entonces no habia hecho más que seguir llena de angustia todos sus movimientos, pro-

curando leer en su rostro la opinion que formaba del estado de la paciente.

—No es ninguna enfermedad, sino la falta de alimentos sanos y nutritivos la que ha puesto á esta pobre niña en la situacion en que se halla. Es necesario, pues, proporcionárselos al momento. De otro modo, corre peligro su vida.

La infeliz madre prorumpió en nuevo llanto al oir lo que Ulrich acababa de decir.

—Y bien, preguntó éste. ¿No me ha comprendido Vd.?

—Sí, señor, contestó la afligida madre con ademán desesperado. Por lo mismo que he comprendido, lloro. ¿Cómo he de dar á mi hija lo que no tengo y lo que me es imposible encontrar? Mi único recurso consiste en verla morir y en acompañarla inmediatamente despues á la tierra que debe sepultarla.

Y cayendo de rodillas junto al jergon unió su rostro al de la niña, inundándola de lágrimas.

—Levántese Vd., exclamó Ulrich profundamente conmovido. Al hablar en los términos en

que lo he hecho, no tuve presente lo que no debí olvidar. Tome Vd., agregó, poniendo en manos de la mujer algunas monedas. Con esto tiene Vd. lo suficiente para procurar á su hija lo que por ahora necesita. Antes de partir de Chamouny le facilitaré á Vd. los medios de completar su curacion.

Imposible seria pintar la alegría y el agradecimiento de aquella infeliz, que veia en Ulrich un enviado de la Providencia. Sus demostraciones eran tan vivas y elocuentes, que para sustraerse á ellas y ocultar su propia emocion tomó el partido de retirarse.

—Cómo, señor, ¿nos abandona Vd. ya? exclamó la pobre madre, casi sin poder hablar.

—Tengo prisa: me aguardan mis compañeros, contestó Ulrich.

—¿Pero volverá Vd.?

—Prometo hacerlo ántes de dejar esta poblacion.

—¿Y si la niña tuviese necesidad del médico despues de haber sido socorrida por su bienhechor?

Estas palabras fueron pronunciadas con

tanta timidez y acompañadas de una mirada tan suplicante, que Ulrich no tuvo valor suficiente para negarle lo que le pedía.

—Está bien. Mañana por la noche, cuando vuelva de la escursión que es probable efectúe con mis compañeros, vendré sin falta, aunque no me figuro que la enferma lo necesite.

—Y si sucediese lo contrario, ¿dónde debo ir á avisar á Vd.?

—Lo ignoro todavía. Al venir por este lado lo hice buscando un hotel en que hospedarnos. Cuando lo haya encontrado se lo indicaré á Vd.

—Valdrá más que esta buena vecina le acompañe á Vd. para enseñarle el camino, dijo la madre de la enferma con la tenacidad con que todos los campesinos se aferran á la idea que conciben.

—Adios entonces, dijo Ulrich retirándose.

Y cerrando los oidos á las nuevas protestas de reconocimiento de aquella madre tan llena de alegría ahora y tan próxima á sucumbir poco antes de desesperacion, se alejó de la cabaña para dirigirse precipitadamente seguido de la

oficiosa lugareña encargada de guiarle al sitio en que el coche lo esperaba. A bastante distancia ya de la cabaña oyó aún la voz de la mujer á quien acababa de socorrer que desde la puerta le decia:

—Dios no deja jamás sin recompensa una buena obra. ¡Su bendicion le acompañe á Vd., mi buen señor!

Tiempo hacia que Ulrich no se sentia tan satisfecho. Su contento era dulce, tranquilo, en vez de ir acompañado de dudas y sobresaltos, como las esperanzas que de vez en cuando Bertha le hacia concebir y que ella misma, siguiendo el ejemplo de Penélope con sus pretendientes, aunque inducida por muy distinto objeto, desvanecia poco despues con calculada perfidia. Tenia la certeza de que habia cumplido el deber que la humanidad le imponia, y gozaba tanto, como sufría al encontrarse en obstinada lucha con su propia conciencia. Hé aquí por qué con paso ligero y ánimo despejado llegó en breves instantes al lugar designado. En él encontró á Guillermo, pero no estaba solo. Con gran disgusto suyo notó que le acompañaba e

conde de Amerbach á quien dirigió un glacial y silencioso saludo.

—Mucho se ha hecho Vd. esperar, doctor, dijo alegremente el padre de Berta. ¿Ha sido al ménos fructuosa su tardanza?

Despues de haber oido la contestacion negativa de Ulrich, agregó:

—Sin buscar he tenido más fortuna que usted.

—¿Cómo? preguntó Ulrich observando por primera vez que faltaba el coche en el lugar en que lo habia dejado. ¿Y dónde están las señoras?

—Cómodamente instaladas en sus respectivas habitaciones. Merced al conde con quien casualmente tropecé, pocos minutos despues de habernos separado entrábamos triunfantes en el hotel de Inglaterra. Allí, es cierto, no se oye hablar más idioma que el del otro lado del canal de la Mancha; pero en cambio se está *confortablemente*, aunque todo cueste muy caro. Los viajeros ingleses son los más fáciles de explotar cuando se les ataca por su flaco, que es la vanidad.

Después de esta explicación y de haber dado las gracias aunque de mala gana al conde por el servicio que les había hecho, Ulrich refirió lo que le había sucedido.

—Perfectamente, exclamó. Guillermo, usted tampoco ha perdido su tiempo, pues no es tiempo perdido el que se dedica al alivio de los menesterosos. Ahora vamos á reunirnos con las señoras que probablemente nos aguardan impacientes.

Como se vé, el conde al advertir el frío saludo que le dirigió Ulrich, se abstuvo de tomar parte en la conversacion. La antipatía que entre ámbos existía de mucho tiempo atrás la habían aumentado los celos en el último y en el primero los desaires que á causa de éste le había Berta hecho sufrir.

Así que Ulrich indicó á la mujer que le acompañaba el nombre del hotel, se pusieron los tres en marcha. Pero si en vez de tomar la dirección que señaló el conde hubiesen doblado por una callejuela que con la vía central formaba la esquina ocupada por el edificio, hubieran reparado quizá en un hombre que, to-

mando todas las precauciones necesarias para no ser visto, los había seguido cuidadosamente deslizándose como una sombra por el lado menos alumbrado.

Sin embargo, lo que no advirtieron sus compañeros lo notó Ulrich, que había reconocido en el rostro del individuo en cuestión iluminado instantáneamente por el resplandor que al través de los cristales de una ventana salía, el de Pedro, que había quedado impreso de una manera indeleble en su memoria. ¿Por qué había ido tras ellos hasta Chamouny? Al hacerse á sí mismo esta pregunta, sintió una inquietud vaga parecida al presentimiento que antecede á una gran desgracia, así como el sordo rumor causado por el movimiento invisible de los árboles precede á las grandes conmociones de la naturaleza en las regiones tropicales. Aquel hombre comenzaba á adquirir para él las gigantescas proporciones que comunica el misterio á todos los que en sus sombras procuran ocultarse, y sin saber por qué lo consideró animado de siniestras intenciones. ¿Pero quién podía ser objeto de ellas? Berta tal vez..... ¿No

lo habia visto huir despues de haber tenido con ella una secreta conferencia?

Tales pensamientos, confusos como eran, solo sirvieron para hacer nacer un deseo vehemente en su alma: el de descubrir sus planes. Con este objeto miró hácia el paraje en que le habia visto, pero habia desaparecido. En efecto, Pedro, pues no era otro, se habia alejado de Ulrich y de sus compañeros para entrar en una casa de mal aspecto, poco distante y cerrada, no obstante ser aún muy temprano. Aquella era una taberna frecuentada por la gente más pobre y de peores costumbres de la poblacion, así como por muchos de los guías que despues de un dia empleado en subir montes y atravesar neveras conduciendo á los viajeros que por riguroso turno les corresponden, van á gastar en ella bebiendo y jugando el dinero que han ganado con no poca fatiga y frecuentemente con gran riesgo de sus vidas.

Pedro, vestido como todos los aldeanos del país, arrojó cuando estuvo dentro una mirada indagadora, cual si fuese su intento descubrir á alguien en medio del considerable número de

personas que ocupaban la taberna, bebiendo las más alegremente sin experimentar la desagradable impresion que al llegar del exterior se sentia cuando se respiraba la densa y nauseabunda atmósfera formada por el humo del tabaco y las exhalaciones de los licores espirituosos.

Al fin, como si hubiese encontrado lo que buscaba, se dirigió resueltamente hácia una pequeña mesa á que se hallaba sentado un hombre con una botella y un vaso delante.

— Buenas noches, Mauricio, le dijo. ¿Me permites beber un trago en tu compañía?

— ¡*Altro che!* como dicen nuestros vecinos los italianos. Ese favor no se le niega nunca á un antiguo amigo, sobre todo si es él quien se encarga de pagarlo. Porque has de saber, Pedro, que de algun tiempo á esta parte todo me sale mal. Hace media hora he perdido á la ruleta cuanto tenia, por lo cual me he visto en el caso de apagar la sed con vino fiado.

— Tranquilízate. Traigo dinero para mí y para los que beban conmigo, replicó Pedro que al ver que estaba vacía la botella de Mauricio pidió dos más.

—¡Gracias! exclamó este último. ¡Dichoso el que puede mostrarse tan generoso!

—¡Bah! Mañana ganarás con que poder serlo tú á tu vez.

—No sé si me tocará acompañar á algun forastero. Felizmente, tengo crédito en esta casa.

—Indicio seguro de que la frecuentas.

—Con perjuicio de mi bolsillo y disgusto de mi mujer, que ántes de separarme de ella me recomienda siempre la economía, cuando lo que quisiera yo fuera que economizase ella sus sermones.

—Probablemente seguidos de los tuyos más expresivos sin duda, observó Pedro maliciosamente.

—Iguales por lo ménos á los que dicen que predicabas tú á tu difunta ántes de que abandonase este mundo por otro donde, estoy seguro, le va mucho mejor.

—De todos modos, dijo Pedro procurando disimular el disgusto que le causaron las alusiones bien claras de Mauricio, tu actual oficio es mucho más lucrativo que el que ejercias

cuando te ocupabas en hacer continuos viajes entre Suiza é Italia.

—Ninguno de los dos produce gran cosa. En verano, tal cual; pero en invierno, los que tenemos familia no ganamos ni lo suficiente para comer.

—Lo que me sorprende, perdona mi franqueza, es encontrarte aquí. Para poder conducir á los viajeros por estos montes se necesita haber probado ántes que sabe uno conducirse á sí mismo.

—Se necesita tener un certificado de honradez, de que yo carezco. ¿No es esto lo que quieres decir? preguntó Mauricio.

—Me has comprendido, contestó Pedro.

—Afortunadamente, no todos me conocen tan bien como tú. Aquí saben lo que soy, y eso á medias; pero no lo que he sido.

—Sin embargo, no falta quien diga que tu vida presente está muy lejos de recomendarte.

—¡Bah! Pecadillos de poca monta.

—Que te harán perder tu plaza el dia ménos pensado.

—¿Te contraes á mi aficion al vino y al juego? El hombre necesita alguna distraccion, y en un sitio como este, el que no juega ó bebe, si no muere en un precipicio ó aplastado por una avalancha, se expone á morir de fastidio.

—O de hambre tal vez.

—Quizá tengas razon.

—Yo en tu lugar procuraria estar prevenido.

—¿Cómo?

—Aprovechando todas las ocasiones que se presentasen de ganar dinero. Es un disparate vivir sujeto á la tarifa que rige entre los de tu oficio.

—¿Por dónde sabes tú que yo desdeño las ocasiones? Desgraciadamente no son frecuentes.

—Solo no lo son para el que no sabe buscarlas. ¡A tu salud! dijo Pedro llenando su vaso y apurándolo de un solo trago.

—¡A la tuya! agregó Mauricio imitándolo. No es malo este vinillo.

Y despues de producir con la lengua el sonido peculiar á los bebederos cuando están sa-

tisfechos, notando la indiferencia con que Pedro habia vaciado su vaso:

—¿Qué te parece á tí? preguntó.

—¡Así, así! contestó el antiguo cazador con un gesto tan ambiguo como sus palabras.

—No te suponía tan delicado. Es verdad que no todos tienen tanta fortuna como tú. Además de carecer de mujer que te cercene la ganancia y de hija que se enferme y te pida pan á todas las horas del dia, jamás te falta dinero. Si me hallase yo en igual caso, trataria de darme gusto y entonces encontraria tal vez malo el vino que ahora me parece bueno.

—Pues ya que te agrada, no lo economices. Aquí hay con que pagar otro par de botellas en caso necesario.

—¡Ah! comienzo á comprender, dijo Mauricio despues de haber apurado otro vaso. Recuerdo que en cierta ocasion, hallándonos los dos en la cumbre del San Gotardo, me indicaste algo acerca de una mina que habias descubierto. ¿Has comenzado, por ventura, á explotarla?

—Veo que tienes buena memoria. Para pro-

barte que á mí tampoco me falta, citaré la visita que en el valle de Urseren hicimos una tarde á cierto chalet en que aquella jovencita.....

—¡El diablo cargue con ella! Su resistencia nos impidió dar un buen golpe de mano.

—¡Si no me engaño le guardas rencor aún! dijo Pedro sonriéndose.

—Quisiera encontrarla para que me pagase la mala pasada que nos jugó. Otro vaso, Pedro; pero no á la salud de aquella rapaza.

—Y si yo te la pusiera delante, ¿qué harías?

—¿Está aquí por ventura?

—Está aquí; pero tal vez no la reconocerías, porque tú la viste vestida de aldeana, y ahora su traje es el de una gran señora.

—¡Hola! ¿Conque ha hecho fortuna? ¡Todos prosperan ménos yo!

—Yo no sé si lo que le ha sucedido es una fortuna ó una desgracia; pero sí, puedo asegurarte, que no eres tú el único que le tiene mala voluntad.

—Hay personas destinadas á servir de estorbo á todo el mundo, y esa chica debe contarse en el número de ellas.

—Acertaste. Yo he opinado siempre que lo que estorba debe quitarse de en medio sin tardanza.

—Hablas como hombre que lo entiende: lo más pronto posible.

—Pues volviendo á la jovencita cuyo recuerdo tan poco gusto te causa, ¿te atreverías á hacerla desaparecer?

—¿Cómo? preguntó Mauricio fijando en Pedro sus ojos interrogadores á que el vino comunicaba mayor brillo que el de costumbre. Tú tienes algun proyecto. Veamos cuál es y déjate de circunloquios. Ya me has tanteado lo bastante.

—Habla bajo, dijo el cazador. No hay necesidad de que los demás se enteren de lo que tú y yo solamente debemos saber. ¿Recuerdas bien la fisonomía de la jóven de quien nos ocupábasemos?

—A pesar de que han trascurrido algunos años, como la miré tan de cerca, creo que por mucho que haya variado no se me ocultaría entre mil.

—Tanto mejor. Así no la confundirás con

otra cuando llegue el momento de *suprimirla*.

Pedro acentuó de tal manera la última palabra, que Mauricio ya no alimentó ninguna duda acerca de sus intenciones.

—*¡Per Dio!* exclamó este último prestando mayor atención á lo que oía. ¿Conque la cosa es seria?

—Vaya que si lo es.

—Pero dime, añadió despues de haber reflexionado durante algunos instantes, ¿es además de seria productiva?

—¿Si no lo fuese te propondria que te encargases de ella? Yo no recurro á mis amigos sino cuando puedo proporcionarles un buen negocio.

—En cuanto á eso, permítame que no lo crea. Te conozco, Pedro. Pero volvamos á nuestro asunto.

—Al tuyo, pues tuyo es, y no mio.

—Poco importa que sea del uno ó del otro. Lo que me conviene saber es la utilidad que debe procurarme.

—Páreceme que 3.000 francos no son de desear.

—¡Cáspita! ¿Tres mil francos? exclamó Mauricio abriendo desmesuradamente sus avinados ojos. Me figuro que no estás en estado de beber otra botella. Es imposible que valga tanto una aldeana. ¡Tres mil francos por una chicuela, cuando yo daría á cualquiera de balde mi mujer!

—Lo dicho, dicho. Si quieres volveré á repetirlo.

—Que no tenga ni un solo viajero á quien guiar en todo el verano, si en mi vida he visto tanto dinero reunido. Habla sin rodeos. ¿Qué debo hacer para ganar esa cantidad?

—Lo que para un hombre como tú es bien poca cosa, contestó Pedro con voz sorda, echando en torno suyo una mirada llena de desconfianza. Cuando te toque guiar á la persona de quien hemos hablado, lo haces de manera que no pueda volver al punto de su salida.

—¿Dices que no debe volver?

—No.

—Pues no volverá, exclamó Mauricio con una sonrisa siniestra. Nada más fácil. El hielo en los ventisqueros no tiene secretos para nos-

otros. Conocedores del terreno, nuestra vista descubre al momento en él la ancha y profunda grieta recién formada, aún cuando la oculte una de esas capas de nieve endurecida, sólidas en la apariencia é incapaces de resistir á la más ligera presión.

—Pero es preciso que no sospeche.....

—Fia en mí. Un viajero imprudente ¿me entiendes? se aparta del camino que el guía le indica (no hay uno solo, sea hombre ó mujer, que no se halle dispuesto á desobedecerle para probar que no tiene miedo), y cuando ménos lo piensa, desaparece en el abismo siempre hambriento, como yo, y que por lo mismo no devuelve nunca lo que llega á tragar.

—¡Perfectamente!

—A propósito de lo que hablamos, el Mar de Hielo ha dado anoche dos estallidos. Para los que entienden el lenguaje de las neveras, esos crugidos indican que se han abierto nuevas grietas de gran profundidad. ¿Te acomoda que tu recomendada vaya á dormir su último sueño en una de ellas? El guía, en tales casos, con más ó ménos trabajo, encuentra siempre el me-

dio de poner á cubierto su responsabilidad. Por otra parte, 3.000 francos que caen de las nubes merecen que arriesgue uno algo para bajarse á cogerlos. Si no tuviese tan bella ganancia en perspectiva me guardaría muy bien de exponerme á perder mi plaza y mi libertad. Conque así, negocio concluido.

Pedro guardó silencio durante algunos minutos. El lenguaje de Mauricio le hizo estremecer, porque mientras le estaba escuchando recordó de nuevo la infancia de Margarita.

Pero un hombre como él no era capaz de ceder á tales escrúpulos. Los perversos distinguen el bien del mal, sin que por eso vacilen en anteponer el segundo al primero cuando de hacerlo debe resultarles alguna utilidad.

Así, completamente tranquilo se hallaba ya, cuando despues de haber contestado á varias preguntas que Mauricio le dirigió, dijo:

—La mujer que nos ocupa habita en compañía de su marido y de otras personas en el hotel de Inglaterra.

—Pero necesito saber su nombre para distine

guirla entre los demás, si acaso la memoria me falta.

Pedro, despues de haber reflexionado, dijo:

—Tienes razon: no debes equivocarte. Se llama Margarita y es la esposa de un jóven médico, el Dr. Travers, llegado esta misma noche. Me he informado bien. Ya te he indicado el hotel en que ámbos se hospedan.

—Eso me basta. Los viajeros hablan siempre entre sí, y por la conversacion la descubriré al punto.

—Sin embargo, observó Pedro, conviene no olvidar que si estás casi seguro de reconocerla, pudiera suceder que tambien te reconociese ella á tí, lo que seria una contrariedad ó un peligro.

—No lo creo. Desde que me vió han trascurrido algunos años, y yo he variado de tal manera, que ni mi mujer supo con quién hablaba cuando me le presenté al regresar de mi último viaje á Italia, que fué cuando nos encontramos en el San Gotardo.

—De manera que mientras estuviste lejos de tu casa tu mujer vivió de sus rentas, preguntó

Pedro, en quien el vino comenzaba á producir efecto, y celebrando su grosero chiste con una estrepitosa carcajada.

—Ni yo le pregunté de qué vivió, ni tenía interés alguno en averiguarlo. Lo que siento es verme obligado á pagar ahora los gastos que hace. Antes, es cierto, ganaba ménos, pero me hallaba libre de tan pesada carga.

—Con los tres mil francos que vas á embolsar podrás cubrir ampliamente todas tus atenciones.

—Pues como iba diciendo, mis cabellos, en aquella época rubios, así como mi barba, han blanqueado. La nieve tiene esa propiedad: todo ser viviente que habita en sus inmediaciones toma su color. No haya, pues, miedo que esa jóven me reconozca. Arreglado esto, ¿podré saber quién es el que me proporciona tan lucida ganancia?

—Ese es un secreto que nada te importa saber. Haz lo que te dicen y calla.

—*¡Madonna!... ¡Tres mil francos!* exclamó Mauricio rascándose una oreja y como si hablase consigo mismo. *¡Tres mil francos!...*

Y dirigiéndose repentinamente á Pedro, añadió:

—Tres mil francos constituyen una cantidad que no está nunca demás en ningun bolsillo. ¿Por qué en vez de apropiártelos tú me los cedés desinteresadamente?

—Teniendo tan buena memoria como tienes, me sorprende tu pregunta. ¿Estás en situación de decirme lo que intentaste hacer con la jóven del *chalet* del valle de Urseren cuando se opuso á que nos apoderásemos del dinero que allí habia?

—Sí, sí, bien me acuerdo, contestó Mauricio con la estúpida risa con que casi siempre comienza la embriaguez; quise hacer lo mismo que me recomiendas haga con ella ahora.

—¿Y por qué no llevaste tu pensamiento á cabo?

—Porque no quisiste tú. Con todas las mujeres has sido siempre blando, ménos con la tuya.

—Pues bien: los mismos motivos que tuve entónces para estorbar aquel acto de violencia, me impiden realizarlo ahora por mi ma-

no. Prefiero que lo hagas tú, que en tu calidad de guía, no necesitas derramar sangre para que se eche de ménos uno que, al parecer, está de más..

—Me doy por satisfecho. Bebamos el último vaso que queda en la botella.

—Bebámoslo. Espero, sin embargo, que mañana...

—Mañana, no. Pasado mañana estaré de turno probablemente.

—Pues pasado mañana: espero que saldrás de tu casa en ayunas.

—Como que me importa mucho ver muy claro.

Y, tratando de grabar en la memoria cuanto acababa de oír, añadió con voz balbuciente:

—Una jóven rubia, esposa de un doctor..... Hotel de Inglaterra Llegada esta noche..... Y, por todo eso, 3.000 francos..... No olvidaré nada... Yo me daré mis trazas para que me corresponda ser el guía de esa jóven, así como debes procurar tú que reserve para pasado mañana su excursion al Mar de Hielo.

—Lo último corre de mi cuenta. Cumplido que hayas el encargo, recibirás la recompensa.

—Si pudieras darme algo adelantado...

—¿Desconfías?

—No; pero mañana es preciso comer...

—Y también beber.

Al decir esto, Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro y la puso en manos de Mauricio.

Este se la guardó sin ceremonia, y apurado que hubieron ámbos el último vaso, se separaron.

Como era tarde, el guía se dirigió con paso no muy seguro á su casa, conocida ya del lector, en la que aguardaba despierta su mujer para enterarle de cuanto en su ausencia habia ocurrido. Sin embargo, al ver la última el estado en que se hallaba, renunció afligida á la vez que indignada á su propósito. No eran nuevos para ella seguramente los excesos de su marido, pero aquella noche no pudo perdonarle su embriaguez encontrándose enferma su hija y por culpa suya, pues él era el que con su desordenada vida la privaba del sustento necesario. Una madre es capaz de sufrir con resigna-

cion y hasta con indiferencia las injurias que le prodigan, pero no que su hija sea tratada de igual modo.

Protestando, pues, contra la conducta de su marido habia dejado su asiento para retirarse á la pieza inmediata, cuando Mauricio la detuvo.

—¿Qué me quieres? le preguntó ella con aspereza.

—No es muy tarde aún, contestó Mauricio sentándose en la desvencijada silla que Susana habia ocupado junto á la mesa en que ardia una vela de sebo, próxima ya á consumirse.

—No hay más luz que ésta, y quiero aprovecharla, observó aquélla.

—No te apures por eso. Si hoy falta vela mañana tendrás con qué iluminar la casa como si fuese un palacio.

Y sacando la moneda de veinte francos que Pedro acababa de darle, la arrojó sobre la mesa.

—¿Oro? exclamó Susana contemplando llena de asombro aquella pieza acuñada que muy pocas veces habia visto en su vida: tal era su miserable condicion.

—Y de la mejor ley, como lo indica su sonido, respondió Mauricio haciéndola saltar sobre la mesa con una sonrisa de triunfo. Ahora espero que se disipe tu enojo.

—¿Y qué me importa tu dinero si mi hija y yo no hemos de participar de él?

—Lo que es de esta moneda precisamente, tal vez no, porque... la necesito para mí, dijo Mauricio recogiénola y guardándola; pero pasado mañana tendré muchas más, y puedes contar desde luego con una buena parte de ellas.

—¿Qué quieres decir? Extraño que el mucho vino que has bebido no te ha puesto de mal humor como otras veces.

—Al contrario: estoy contentísimo. Supongo que te alegrarás de ello.

Libre Susana aquella noche de los actos brutales de que su marido con frecuencia la hacia víctima, no pudo contener un suspiro de satisfacción.

—La fortuna es caprichosa, continuó Mauricio. De otro modo no sería mujer. ¿Digo bien?

—Para decir bien, necesitas antes saber lo que dices.

—No me conviene hablar. De lo contrario, te probaria que quien no tiene razon eres tú.

—Para tí nunca la tengo. Si te guiases por mis consejos...

—El que, cual yo, guia á los demás, no necesita que nadie le guie. ¡Bonitos consejos los tuyos! Por no seguirlos verás reinar bien pronto la abundancia en esta casa.

—¿La abundancia? exclamó Susana con una sonrisa de incredulidad. Mauricio, vete á acostar.

—¿Olvidas la moneda que te enseñé hace poco?

—La habrás encontrado.

—¿Y las otras muchas que te deslumbrarán con su brillo dentro de poco?

—Los vapores del vino son los que te hacen ver visiones á tí.

—¡Qué lástima que no pueda hablar!

Estas palabras indican cuanto deseaba hacerlo. Pero un temor instintivo más bien que racional le impidió proseguir. La prudencia le ordenaba guardar silencio. Sin embargo, no

pudiendo permanecer mucho tiempo callado, dijo al fin:

— ¡Si supieras con quién acabo de beber una botella!

— Me figuro que has bebido más de una.

— En efecto: ahora recuerdo que fueron dos. Me las pagó un amigo, un suizo, antiguo cazador de gamuzas que se ocupa ahora en perseguir presas más importantes. Figúrate que por ayudarle á cazar una de ellas me ha prometido la suma de 3.000 francos.

Estas palabras parecían confirmar el juicio que Susana había formado, esto es: que su marido no se hallaba en el completo uso de su razón. De acuerdo, pues, con semejante creencia, dijo:

— Generalmente se sueña lo que se desea. No es de extrañar, por tanto, que siendo tú pobre, sueñes con riquezas que nunca has poseído.

— No sueño, no, que estoy por el contrario muy despierto.

Y bajando la voz como si temiese que alguien le escuchase, agregó:

—Hay una mujer que incomoda... No he podido saber á quién. Por hacerla desaparecer me ofrece Pedro, el amigo de quien acabo de hablarte, tan bonita cantidad.

—¡Virgen Santísima! ¿Espero que habrás rehusado? exclamó Susana comenzando á temer que hubiese algo de cierto en lo que su marido decia.

—¿Rehusar? No soy tan loco que tal haga. Estas cosas no se rehusan nunca. Lejos de eso, se aceptan como he aceptado yo.

—¿Hablas de veras, desgraciado? preguntó Susana acercándose asustada á Mauricio. Según comprendo, se trata de hacerte cometer un crimen.

—¡Bah! ¿Comienzas ya con tus miedos? Y ahora que lo reflexiono mejor, el interesado en este asunto no debe ser el marido, porque en su calidad de médico podria fácilmente deshacerse de su mujer sin necesitar recurrir á nadie. Una droga equivocada bastaria para arreglar el asunto. Quien puede dar la salud debe poderla quitar igualmente.

La risa estúpida con que Mauricio celebró

su chiste hizo estremecer á Susana. Sin saber por qué se le ocurrió un pensamiento, pero tan desagradable, que resolvió salir al momento de toda duda.

—Segun parece, se trata de la mujer de un médico, dijo aguardando con ánsia la respuesta de su marido.

—Sí, contestó éste lanzado ya en el terreno de las confidencias. Se trata de una que llegó esta tarde al Hotel de Inglaterra, segun me han dicho.

Al oír estas palabras, el corazón de la pobre mujer palpitó aceleradamente. Su sospecha era fundada: lo que su marido decía tenía relación con su bienhechor, con el salvador de su hija. El agradecimiento de que estaba penetrada hizo brotar en su cerebro la resolución de impedir el horrible asesinato que se meditaba. Aquella idea, algunos instantes despues, se había convertido en un propósito inquebrantable. ¿Pero de qué medio valerse para conseguir su realización?

Llena de ansiedad trató de formar un plan de conducta. Por de pronto no se le ocurrió otro

que tratar de disuadir á Mauricio de tomar parte en tan horrible maquinacion. Su boca se abria ya con este objeto; pero guardó silencio al reflexionar que su marido, sobre todo en el estado en que se hallaba, no habia de hacer caso de sus consejos, exponiéndose por otra parte á que adivinase su intencion. Le convenia sin duda más recurrir al disimulo y adquirir por medio de la astucia el mayor número de datos posibles, á fin de instruir de todo al que más interés tenia en saber la verdad. ¿Pero cómo avisarle ignorando su nombre, que habia olvidado preguntarle? Por otra parte, ¿no podia ser otro el médico á quien amenazaba tan terrible desgracia?

—Si no sé como se llama, sé al ménos dónde vive, se dijo á sí misma en el cúmulo de dudas con que luchaba. Lo que ha manifestado Mauricio concuerda perfectamente con las noticias que me trajo la vecina á quien encargué que le acompañase..... Iré yo misma á verle; ¿pero cuándo debo hacerlo para no llegar tarde?

Asaltada por esta nueva inquietud, trató

de ocultarla lo mejor que pudo. Así, con aparente indiferencia, preguntó:

—¿Lo has pensado bien? ¿Has calculado el peligro á que te expones?

—Para mí no hay peligro ninguno, respondió Mauricio interrumpiendo las reflexiones que su desordenado cerebro le inspiraba. Si un viajero imprudente, ó una viajera, el sexo nada importa, se aparta del camino que el guía le indica y cae en una grieta al atravesar una nevera, la culpa es solo suya.

—¿Y quién te asegura que esa viajera se negará á seguir tus indicaciones?

—Si no lo hace, yo probaré fácilmente que lo ha hecho.

—Por otra parte, las neveras bajas ofrecen demasiada seguridad, y las señoras rara vez se arriesgan á visitar las altas.

—El Mar de Hielo no asusta á ninguna. Sin embargo, sus olas cuando un buen piloto no se encarga del timon, no son ménos peligrosas que las del verdadero mar que más de una vez he visto irritado en Génova y otros puertos de Italia.

—¿De manera que estás resuelto?...

—Calcula que una ganancia de 3 000 francos no se presenta todos los días. Con esa cantidad se puede comprar...

—Más de 3.000 botellas de vino.

—Bien dicho, Susana, muy bien dicho, exclamó Mauricio prorumpiendo en una estrepitosa carcajada. Nunca has tenido una ocurrencia más feliz. 3.000 botellas de Barolo, de Barbera, de Grignolino y otros vinos del Piamonte, por ejemplo, espumosos y fragantes... Hay con qué beber largo y tendido.

—Como beberás tú. Desde mañana cesará la tranquilidad para mí, dijo Susana, que disimuló lo mejor que pudo su sobresalto al oír la contestación de su marido.

—Tienes un día de descanso, respondió Mauricio riéndose. Hasta pasado mañana no se verificará la expedición, y hasta entonces no embolsaré el dinero.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! exclamó la pobre mujer en voz baja.

Enterada Susana de lo que deseaba saber, se retiró al cuarto de su hija, interrumpiendo

bruscamente la conversacion con disgusto del guía, que no teniendo con quién hablar, despues de haber maldecido en los términos más fuertes á las mujeres en general y á la suya en particular, cruzó los brazos sobre la mesa, dejó caer pesadamente sobre ellos la cabeza, y se quedó dormido.

IX.

Consecuencias de una buena accion.

Guillermo y sus compañeros se habian reunido despues de comer en un pequeño salon, donde no tardó en presentarse el conde de Amerbach. á quien Berta acogió con la estudiada deferencia que, como hemos dicho, ningun resultado favorable le habia dado hasta entonces. Ulrich sufría en silencio el tormento de los celos sin ceder á sus pérfidas insinuaciones. Poco ántes de salir de Ginebra habia recibido de él otra negativa, nueva herida hecha á su amor y á su vanidad, que la puso en el caso de desear con ánsia el término de unos dolores

tanto más insufribles cuanto que tenía que soportarlos sin quejarse. Un lamento ó un sollozo aliviaban moralmente al que padece: ella tenía que sofocar los que su desesperacion le arrancaba para que nadie pudiese adivinar lo que pasaba en su corazón. Los accesos de rabia á que á solas se entregaba, únicamente se calmaban cuando contaba las horas y hasta los minutos que faltaban para la realizacion de sus planes.

Mientras esto sucedia, deseosa en su despecho de hacer sufrir á Ulrich tanto como ella sufría, trataba al conde con una deferencia que le llenaba de satisfaccion. El vanidoso amante se engreía con tales demostraciones, muy distante de adivinar el verdadero papel que estaba desempeñando.

—Y bien, le preguntó Guillermo: ¿se divierte Vd. en este sitio? ¿Ha visto Vd. ya alguna de las maravillas que de él se cuentan?

—Algunas he admirado; pero me faltan aún muchas más que admirar, contestó el conde. Esperaba la llegada de Vds. para dar formal principio á mis excursiones.

—¿En qué ha empleado Vd. entonces el tiempo? le preguntó Berta á su vez. La vida del hotel no debe ser muy agradable para una persona como Vd.

—No lo es mucho seguramente. El día se pasa bastante bien, porque en un lugar en que como en este tanto abundan las bellezas naturales, nunca falta algun objeto que despierte un interés más ó ménos vivo; pero las noches son insoportables. Solamente hay un recurso: dormir y... soñar.

—¡Ah! ¿Conque sueña Vd. frecuentemente? inquirió Berta. Esta es en Vd. costumbre antigua á lo que parece.

—Hay objetos que hacen pensar de día y soñar de noche, respondió el conde lanzando una mirada expresiva á la jóven.

—Los sueños son por lo general hijos de la fantasía libre de las trabas que la sujetan durante la vigilia.

—Muchas veces sí: la fantasía se embriaga con su libertad y se entrega á los más extravagantes desórdenes. Pero cuando existe una idea fija que absorbe todas las demás, casi

nunca se deja de soñar con ella. Lo que también sucede á menudo es que la ficcion excede en belleza á la realidad.

—Siento oírle hablar á Vd. así, dijo sonriéndose malignamente Berta, que no perdonaba nunca la ocasion de mortificar á la persona con quien hablaba, por mucho que le interesase. Los sonámbulos me asustan.

—¿Por qué los obliga Vd. entónces á gozar dormidos, despues de haberlos atormentado mientras permanecen despiertos? preguntó el conde, que no sabia cómo tomar la broma de Berta.

—Siempre sale Vd. de apuros con una galantería, dijo ésta.

—Eso prueba que conoce al bello sexo, observó Guillermo. La lisonja es el mejor medio de desarmar á una mujer, porque encuentra siempre franco el camino que conduce á su corazón. Pero basta de sueños. A fuerza de hablar de ellos van ustedes á hacer de manera que nos invada á todos el deseo de dormir. ¿No valdria más que nos ocupásemos de lo que conviene hacer mañana? ¿Qué opina sobre el par-

ticular nuestra bella melancólica? agregó dirigiéndose á Margarita.

—Usted sabe bien que en estas materias acostumbro someter mi gusto al de los demás, contestó la jóven. Puesto que lo hemos de ver todo, comencemos por donde ustedes quieran.

—Si he de decir lo que siento, observó Guillermo, creo que el doctor hubiera obrado acertadamente permaneciendo con su esposa en Ginebra. O los viajes comienzan á fatigarla, ó su salud no le permite encontrar en ellos tanto placer como otras veces.

—Eso podría ser cierto si se tratase de una dama nacida en las ciudades que solo se siente á su gusto cuando respira la perfumada atmósfera de los salones, dijo Berta. Mas para una montañesa me figuro que nada puede haber tan agradable como el aspecto y el aire vivificante de las cumbres á cuya sombra se meció su cuna.

—Comprendo, replicó Margarita sonriéndose maliciosamente, Berta ha acertado: debo tener gustos distintos que los demás, porque no soy sino una campesina. No sé si consistirá en eso,

pero siempre he creído que para una mujer casada, sea cual fuere el punto en que haya nacido, nada hay tan bello y agradable como la tranquilidad del hogar doméstico.

—Afortunadamente, observó Berta, la presente escursion durará pocos días, y si acaso causa incomodidad á alguno de nosotros, puede este consolarse de antemano con la idea de que terminará pronto. Cuando así haya sucedido gozaremos todos de la paz que tanto echa de ménos Margarita.

Y al concluir de hablar lanzó á su hermana de leche una de aquellas miradas que demuestran la exactitud de Tácito al indicar la propension que tiene todo sér humano á odiar al mismo á quien hace padecer.

—Pero á pesar de cuanto se ha indicado, exclamó Ulrich saliendo de la meditacion en que estaba sumergido y solamente por no permanecer más tiempo callado, todavía no sabemos lo que debemos hacer mañana.

—Hé aquí al doctor que busca medios de combatir el fastidio, dijo Guillermo. Sin embargo, á un médico se le presentan en to-

das partes ocupaciones capaces de distraerle.

—Nada más cierto, observó el conde. Bajo ese punto de vista es más feliz que nosotros los que constituimos el vulgo de la humanidad.

—Al llegar aquí, dijo Guillermo, se le ofreció la ocasión de curar á una aldeana. Mañana será llamado tal vez para curar el *spleen* de alguna sentimental inglesa.

—No soy de la misma opinion, replicó el conde. Los súbditos de la Gran Bretaña no se parecen á los demás. Fuera de su país quieren ser tratados como si estuviesen en él. Es tan grande su patriotismo, que lo demuestran hasta en sus enfermedades. No se conforman sino con médicos ingleses y con medicamentos ingleses, y si su última hora los sorprende lejos de su isla, desean morir como han vivido: á la inglesa.

—Eso quiere decir que no encontraré ocupacion en el hotel en que estamos. Lo siento; pero procuraré consolarme.

—El doctor tiene la fortuna de conformarse con todo, dijo Berta irónicamente.

—Menos con la quietud cuando se busca el

movimiento. Vuelvo, pues, á preguntar cómo emplearemos el día de mañana.

—No valia la pena que el taciturno doctor se tomase el trabajo de interrumpir sus graves meditaciones para averiguar lo que todo el mundo sabe, contestó Berta. Seguiremos el ejemplo que nos han dado cuantos han venido aquí ántes que nosotros.

—Pero es el caso que yo no sé lo que han hecho los demás, sino lo que acostumbro hacer yo, dijo Ulrich disgustado por el tono que habia usado Berta, y más que todo por ver la asiduidad y poco disimulo con que el conde le tributaba sus adoraciones.

—Pues para satisfacer al doctor, ántes tan distraido y tan curioso ahora, exclamó Berta, trazaré yo misma el programa. Comenzaremos atravesando el *Mar de hielo* y bajando despues por el *Mal paso*. Los que aquí estamos tenemos la cabeza bastante firme para no arriesgar nada en semejante escursion.

—¿Y aquellos que no la tienen de ningun modo por habérsela hecho Vd. perder? preguntó el conde en voz baja.

Cuando Berta se disponia á contestar dió un reló de sobremesa las doce de la noche.

—Puesto que será preciso levantarse temprano mañana, dijo Guillermo dejando su asiento, estamos en el caso de procurarnos algunas horas de descanso.

La indicacion de Guillermo equivalia casi á una órden que fué obedecida por todos sin replicar. Por lo demás, tiempo era ya de hacerlo, porque ninguno de los presentes dejaba de desear encontrarse á solas para entregarse á sus propios pensamientos.

Al dia siguiente, como se habia convenido, todos estaban dispuestos muy temprano. Despues de un ligero desayuno, provistos del calzado fuerte y guarnecido de clavos, y del largo baston de rigor en tales escursiones, bajaron al patio del hotel donde los aguardaban el conde y los guías con los caballos en que debian subir el empinado Montanvert hasta el sitio en que acostumbran los viajeros atravesar la gran nevera que por las desigualdades de su superficie, semejantes á las olas del Occéano, ha sido llamado el *Mar de hielo*.

Mientras cada cual procuraba arreglarse lo mejor posible para efectuar cómodamente la ascension se presentó Pedro en la puerta durante brevísimas instantes, ocultándose así que hubo hecho una señal que nadie percibió al parecer en el gran movimiento que en el patio reinaba, pero que fué comprendida por Berta quien, acercándose disimuladamente al sitio en que aquél se habia recatado, dijo en voz baja:

—Es grande imprudencia venir á hablarme aquí.

—No podia obrar de otra manera, contestó el montañés. ¿Dónde se dirigen Vds?

—Al *Mar de hielo*.

—Es preciso suspender esa escursion. Necesito hablarte hoy mismo.

—Bien. Mientras los demás almuerzan estaré sola en mi habitacion señalada con el número 18.

—¿Cómo sabré la hora?

—La ventana da á la calle. Por ella le haré á Vd. una seña. ¡Ahora aléjese Vd.!

Y como si se hubiese sentido repentinamente indispuesta se acercó á uno de los ban-

cos en que acostumbran sentarse los guías cuando esperan, y se dejó caer en él llevando la mano á la frente.

Ya hemos dicho que nadie como ella poseía el arte de fingir. Así es que fácilmente logró convencer á todos de que la habia acometido una violenta jaqueca.

—Pueden Vds. efectuar su escursion, dijo; en cuanto á mí, me es imposible seguirlos.

Como se comprende, todos se negaron á hacer lo que Berta indicaba, ménos Ulrich que guardó silencio y que en vez de correr en su auxilio como era natural en su calidad de médico, permaneció inmóvil en el sitio en que se hallaba.

Esta conducta, que parecerá extraña, es, no obstante, fácil de explicar. Ulrich, con la curiosidad insaciable del amante, seguia todos los movimientos de la jóven, la vió acercarse á la puerta, hablar con alguién que en ella se ocultaba, reconociendo finalmente á Pedro, que por más que trató de alejarse sin ser notado, no pudo evitar sus investigadoras miradas. La indisposicion repentina de Berta le indicó que

ámbos se habian puesto de acuerdo. ¿Pero sobre qué? Hé aquí lo que resolvió averiguar áun cuando para conseguirlo tuviese que traspasar los límites de la discrecion. Las relaciones ocultas de la jóven con aquel hombre de tan malos antecedentes constituian para él un misterio que deseaba y temia penetrar.

Su corazon, que latia precipitadamente, y su cabeza en que hervian mil pensamientos confusos como las sombras que produce el delirio en la imaginacion del enfermo exaltado por la fiebre, parecian indicarle que se hallaba próximo á sufrir uno de esos dolores morales cuya intensidad es capaz de agotar en un instante las fuentes de la vida. Así, á las preguntas de Guillermo respecto del partido que se debia adoptar con Berta, seca y automáticamente contestó que dos ó tres horas de descanso en el lecho disiparian por completo su jaqueca.

Pensando en los medios de descubrir qué clase de relaciones existian entre Berta y Pedro, cuál era el vínculo de union entre dos elementos, á su parecer tan heterogéneos, salió

del hotel sin dirección fija. Involuntariamente y quizá porque por aquel lado se estendían los prados más fértiles del valle, sembrados de bosquecillos de árboles frutales en plena producción, tomó precisamente el camino que conducía á la cabaña de la niña enferma á quien socorriera la noche anterior. Absorto en sus reflexiones, sin reparar en los encantos de aquel oasis de verdor situado entre los nevados y empinados montes que lo circundan, se encontró insensiblemente delante de la pobre morada. Muy probable era que hubiera seguido su camino sin reconocer el sitio en que estaba, si una voz conocida no le hubiese llamado. Era la de la agradecida madre que poco ántes le había colmado de bendiciones y que se le había acercado para invitarle á entrar. Ulrich accedió al deseo de la buena mujer, que así que le hubo presentado un asiento, le dijo precipitadamente:

—El cielo es el que sin duda le conduce á Vd. aquí. Dentro de algunos momentos me proponía ir á ver á Vd. en el hotel en que se hospeda.

—¿Pues qué ocurre? ¿Se encuentra acaso peor la enferma? preguntó Ulrich.

—A Dios gracias, no señor. Pero me importaba mucho hablar con Vd.

—Si es así, puede Vd. comenzar desde luego.

—Voy á ver si estamos solos, porque mis palabras nadie más que Vd. debe escucharlas.

Ulrich, á quien el tono misterioso que Susana acababa de emplear llamó la atención, la siguió con la vista mientras registraba la casa.

—Es tan grave lo que tengo que decir á usted, añadió la aldeana cuando se hubo persuadido de que únicamente el doctor podía oírla, que no sé cómo empezar. De todos modos, antes de hacerlo es necesario que me dé Vd. su palabra de que no instruirá á nadie de lo que voy á revelarle. Dios es tan bueno que se ha valido de mí para impedir un horroroso crimen.

—¿Un crimen? repitió Ulrich alzando la cabeza para oír mejor.

—Un crimen, sí, mi buen señor. Deseo evitarlo, pero sin que mis palabras perjudiquen

al desgraciado á quien la miseria más bien que la perversidad ha conducido á tal extremo.

—Hable Vd., señora, dijo Ulrich, á quien tales rodeos comenzaban á impacientar.

—¿Pero me promete Vd....?

—¿Se refiere á mí lo que Vd. se propone indicarme?

—Creo que sí, señor.

—En tal caso prometo guardar completo silencio sobre cuanto Vd. me diga.

—Ya que nada debo temer bajo este concepto, comenzaré, continuó Susana cuya agitación iba en aumento. ¿Ama Vd. á su esposa, señor?

Esta pregunta, como era natural, sorprendió á Ulrich, que experimentó una sensación desagradable, parecida á un presentimiento.

—No extrañe Vd. mis palabras, prosiguió Susana, que leyó en el rostro del doctor lo que en su interior pasaba, porque no todos los maridos cumplen con el deber que tienen de amar y considerar á las madres de sus hijos.

Ulrich al oír esto frunció el ceño, y fijó sus ojos interrogadores en Susana que agregó:

—Pues bien: si Vd. desea salvarla de un gran peligro, no permita Vd. que atraviese mañana el *Mar de hielo*.

—¿Pues qué riesgo la amenaza? preguntó Ulrich enjugando con trémula mano el sudor frío que sintió correr por su frente.

—¿No acabo de decir que de no hacerlo así corre peligro su vida?

—Pero ¿qué peligro? explíquese Vd.

—Nada más puedo agregar, señor. No consienta Vd. que salga mañana del hotel, y sobre todo que se acerque al *Mar de hielo*, sola ó acompañada.

Este aviso aterró de tal manera á Ulrich, que se sintió al pronto turbado y confuso. Parecíale que una mano de hierro oprimía su cerebro como si quisiese romperlo.

Poco despues, en medio de la confusion que reinaba en su mente, producida por la multiplicidad de ideas que se mezclaban y chocaban entre sí como las nubes en el cielo ántes de estallar la tempestad, tomó forma distinta una de ellas que dominó á todas las demás.

Aquella idea le hizo estremecer. Tan horri-

ble era, que hasta le quitó el aliento necesario para prorumpir en una exclamacion.

Susana, que seguia inquieta sus movimientos, adivinó al punto con la doble vista que en todo lo que se refiere al sentimiento posee la mujer cuanto sufría.

—Hubiera querido, bien lo sabe Dios, ahorrar á Vd. este disgusto, dijo en tono que revelaba profunda simpatía; pero mi deber, y sobre todo mi agradecimiento, me ordenaban revelarle á Vd. la verdad.

—Sí, exclamó Ulrich oprimiendo con la mano su corazón, cual si quisiese contener sus latidos y hablando consigo mismo. Comienzo á comprender. Berta..... Margarita..... Pedro..... ¿Qué horrible misterio se esconde aquí, Dios mio?

Sus ojos, al dirigirse esta pregunta, brillaron de tal manera, que Susana, creyendo que habia perdido la razon, tuvo miedo.

—Señor, exclamó precipitadamente, señor, vuelva Vd. en sí. Conocido el riesgo, fácil será evitarlo.

—Dice Vd. bien, contestó Ulrich haciendo

un esfuerzo extraordinario para dominarse. Debo pensar en eso. Afortunadamente aún es tiempo.

—Quién lo duda.

—Sí, sí, descubriré el hilo de esa inícuca trama, y los culpables pueden comenzar desde luego á temblar.

—¿Y la promesa de Vd.? exclamó Susana alarmada.

—¿Qué he prometido yo? preguntó Ulrich, no comprendiendo al pronto la observacion.

—No hablar á nadie de cuanto he dicho.

—Ha hecho Vd. bien en recordármelo. Lo ofrecí y debo cumplirlo. Ahora siento haber comprometido mi palabra. Sea como fuere, fie usted en mí. Además, para ciertos crímenes á cuyo número pertenece este, no puede el hombre inventar suficiente castigo: á la propia conciencia corresponde únicamente hacerlos purgar.

—Usted que es bueno y generoso perdonará fácilmente.

—¿Perdonar?... ¿A quién debo perdonar?

—Señor, he ahí mi secreto. No puedo ni debo nombrar al culpable.

—Quién sabe si lo soy yo más que todos los que han tomado parte en esta tenebrosa trama, exclamó Ulrich abatido. Solo una duda me queda, duda que no puede Vd. comprender y que es la que más me hace sufrir. Ruegue usted á Dios la desvanezca cuanto ántes y me ilumine. Adios, señora. Agradezco más de lo que usted puede suponer el servicio que acaba de prestarme. Lo que sucede confirma lo que mi corazon presentia.

—El corazon no engaña nunca.

—Al contrario, señora. El corazon es el que más contribuye al extravío del hombre.

Y dejando su asiento, tomó precipitadamente la direccion del hotel.

Peró no anduvo mucho tiempo. Como si hubiese mudado de pensamiento, se detuvo. Paseó la vista en torno suyo, y no encontrando lo que buscaba, tomó por una callejuela inmediata.

Después de efectuar un largo rodeo, se situó en un punto desde donde, sin llamar la

atención, podía descubrir todo el frente del edificio en que se hallaba hospedado, á la vez que la parte de la calle á que daba la puerta de entrada. Satisfecho al parecer del lugar que había elegido, consultó su reló, que señalaba las diez.

—Berta y ese hombre se proponen tener sin duda una entrevista: no puede suceder otra cosa, dijo despues de haber reflexionado brevemente. ¿Cuándo?... ¿dónde? No lo sé. Pero Berta se ha fingido enferma, y esto ha sido sin duda para no salir del hotel. En él deben verse entonces..... La única hora en que se encontrará sola no puede ser otra que la del almuerzo. Tengo tiempo, pues.

Y encaminándose con rápido paso al hotel, subió la escalera y entró en la pieza donde Margarita lo aguardaba.

—No me esperes, le dijo. Voy á dar un paseo. Dentro de tres ó cuatro horas estaré de vuelta. Entretanto te recomiendo encarecidamente no salgas del hotel bajo ningun pretexto.

Margarita estaba demasiado acostumbrada á las ausencias de esta clase que efectuaba Ul-

rich donde quiera que llegaban, para que extrañase lo que le anunciaba. En cuanto á la recomendacion de que no abandonase el hotel ántes de su regreso, no le llamó tampoco la atencion porque así lo hacia siempre. Vióle, por tanto, partir sin inquietarse.

Ulrich al salir de la posada se dirigió al punto de observacion que parecia haber adoptado. Al llegar sacó nuevamente el reló: habia trascurrido un cuarto de hora. El tiempo corria para él lentamente como para todo el que espera.

La calle, por la mañana sumamente concurrida, estaba entonces silenciosa y desierta. Los viajeros que dos horas ántes salian del hotel, como salen de una colmena una en pos de otra las abejas al ir á buscar la miel que mezclada con el rocío de la noche les brinda el receptáculo de las flores, habian partido para efectuar sus escursiones.

Solo pasaba algun guía que no estaba de turno, ó algun aldeano conduciendo los frutos y las legumbres destinadas á alimentar la numerosa poblacion flotante de Chamouny.

De improviso, sus ojos que vagaban sin direccion fija distinguieron un hombre que se acercaba. No se habia engañado: era Pedro que se detuvo en la esquina opuesta. Pocos minutos despues de su llegada, la persiana verde de la ventana situada casi encima de la puerta de entrada del edificio se abrió lentamente lo bastante para que pudiese asomarse una mujer, que Ulrich reconoció al punto. Aquella mujer era Berta. Pero apenas tuvo tiempo para verla, porque la persiana se cerró un momento despues.

Pedro, cuyas miradas habian seguido la misma direccion que las de Ulrich, abandonó entonces el puesto en que se habia detenido, atravesó con paso precipitado la calle y penetró en el hotel, en cuyo interior desapareció.

Ulrich, que lo habia observado todo con el mayor cuidado, no vaciló. Cuando tuvo la certeza de que el montañés nada sospechaba, siguió cautelosamente sus pasos, notó que subia la escalera principal y que por el corredor entraba en la habitacion de Berta, cuya puerta,

despues de abrirse á un ligero golpe que dió en ella, se cerró tras él.

Con la respiracion oprimida, y vacilante como quien tiene la certeza de ir á luchar con un poder quizá superior al suyo, se acercó á la habitacion de Guillermo, seguro de que éste no se hallaba en ella. De otro modo, Berta no se hubiera aventurado á llamar á Pedro. La llave estaba en la cerradura. Sin embargo, Ulrich dudó ántes de abrir. El medio de que iba á valerse para averiguar la verdad que deseaba saber, repugnaba á la lealtad de su carácter; pero recordó que se trataba de una cuestion de vida ó muerte, de un proyecto infame, monstruoso, y sus escrúpulos se desvanecieron.

Sin hacer ningun ruido penetró en la alcoba que sabia se comunicaba interiormente con la de la jóven. Dicha comunicacion se hallaba á la sazón libre, y por ella llegaron distintas á sus oidos las voces de Berta y de Pedro, no obstante hablar ámbos como si temiesen que alguien los escuchase.

—¿Estás cierta de que nadie puede sorprendernos? preguntó el último á la primera, preci-

samente cuando Ulrich andando en puntillas sobre la alfombra se ocultaba detrás de una de las hojas de la puerta.

—Hace un momento me he cerciorado por mí misma de que mi padre... es decir: Guillermo, no está en la habitación inmediata. Ha ido á almorzar con Margarita.

Pedro, para mayor seguridad, se acercó á la indicada puerta de comunicacion tras la cual se hallaba Ulrich, que temiendo ser descubierta dejó de respirar; mas al ver que no habia nadie en la alcoba, retrocedió sin penetrar en ella.

—Solos estamos: dijo el montañés, podemos hablar sin recelo. ¿Lo has reflexionado detenidamente? ¿Estás decidida á recurrir á tan cruel estremidad?

—Sí, contestó la jóven. Carezco de la fuerza y de la voluntad necesarias para seguir padeciendo. Harto he esperado. Ya que Ulrich es tan cobarde que retrocede ante el divorcio, seré yo la que destruya esa union, causa de mi desgracia.

—¿Tanto amas á ese hombre?

—Lo amo tanto como aborrezco á la que me disputa su afecto.

—Mañana se calmará tu pasion y te arrepentirás de haber hecho lo que piensas hoy.

—No le creia yo á Vd. capaz de tales escrúpulos, dijo Berta en tono irónico.

—No son los escrúpulos los que me arredran, son las consecuencias. Los años me han hecho prudente.

—O medroso tal vez.

—Eso no, contestó Pedro alzando la voz.

—El momento de probarlo ha llegado. Librándome de una rival odiosa, me probará Vd. tambien que como padre se halla dispuesto á sacrificarlo todo á la felicidad de su hija.

—¿Y estás cierta de que el que hasta ese punto te ha trastornado la cabeza persistirá en sus ideas cuando se hayan roto los lazos que lo ligan á otra mujer?

—¡Oh! no lo dude Vd. Más que amante, es mi esclavo. Superior á él en energía y en resolucion, le domino de tal manera, que obedecerá ciegamente hasta el menor de mis caprichos.

Lo que acababa de oír hizo estremecer de

horror y de vergüenza á Ulrich. Hasta entonces no comprendió cuán grande era el abismo de abyeccion en que se habia precipitado. Como recompensa de su insensato amor habia conseguido el desprecio de la misma que se lo habia inspirado. Decidido á no proseguir en sus investigaciones iba á retirarse, cuando la voz de Berta le detuvo.

—Usted sabe ya lo que quiero, dijo ésta; pero aún no me ha dicho Vd. lo que piensa hacer.

—Ya que tienes desconfianza, contestó Pedro con voz que indicaba algun mal humor, voy á disiparla en pocas palabras.

—Usted no extrañe...

—Nada extraño en tí. Ya otra vez te dije que eras digna hija de tu padre. Oye, pues. Me he puesto de acuerdo con el guia que debe conducirnos mañana al *Mar de hielo*. Mediante la recompensa de 3.000 francos que le he ofrecido, ha consentido en disponer las cosas de manera, que la mujer á quien tanto aborreces desaparezca en una de las grietas que la nevera oculta en su interior.

—Pues qué, ¿la conoce por ventura?

—Cree que la reconocerá, no obstante los años trascurridos desde que por la última vez la vió. Además, sabe su nombre, y si ha olvidado sus facciones, lo que es muy posible, la conversacion le pondrá muy pronto al corriente de cuanto necesita averiguar.

—¿Y respecto de su discrecion?

—¡Hola! ¿comienzas á tener miedo? preguntó Pedro en tono burlon.

—No, pero si hablase...

—Estoy tan seguro de su discrecion como de su sagacidad y de su amor al dinero. Es un bribon redomado y listo á quien nada se esconde cuando no ha bebido más de la cuenta. Le conozco mucho tiempo há.

—Siendo así, y puesto que nos hallamos de acuerdo, retírese Vd., dijo Berta. Al cabo de algunos minutos de silencio que interrumpió únicamente el ruido causado por una llave al girar en la cerradura, agregó: Este bolsillo contiene la suma de 4 000 francos. Pague usted á ese hombre y reserve Vd. para sí lo demás. En Ginebra tendrá Vd. cuanto necesita.

El diálogo terminó aquí. Cuando Ulrich tuvo la certeza de que Pedro había dejado la habitación de Berta, abandonó él la de Guillermo. Tiempo era ya de que así lo hiciese. Necesitaba respirar el aire libre. El horror y la indignación de que estaba penetrado eran tan grandes que habían paralizado casi por completo el curso de la sangre en sus venas. Hubo un momento en que temió morir. Cualquiera que le hubiese visto andar como andaba con paso desigual y vacilante por el corredor, apoyándose contra la pared para no caer, hubiera creído que era un hombre ébrio.

Cuando llegó á su habitación apenas podía sostenerse en pié. Los objetos giraban en torno suyo, sus rodillas se doblaban, y su cuerpo, perdiendo el equilibrio, se inclinaba ya hácia un lado, cuando Margarita, que entraba á la sazón, corrió hácia él y le sostuvo.

—¿Qué es esto, Dios mio? exclamó la jóven sobresaltada sujetando con una de sus manos la pálida frente de Ulrich, que apoyó la cabeza obre su hombro.

La voz de Margarita penetró hasta el cora-

zon de su infeliz esposo, dando lugar á que se efectuase en él una repentina reaccion. En efecto, la sangre casi paralizada en sus venas por la violencia de la conmocion moral que acababa de sufrir recobró su movimiento, agolpándose á su cerebro y convirtiendo la palidez de su rostro en color purpúreo: á la lividez de la confusion y del espanto habia sucedido el rubor de la vergüenza.

Ulrich sintió entonces un nuevo dolor que le impidió hablar al intentar hacerlo. Era la acerada garra del remordimiento que, recordándole sus faltas le hizo comprender el grado de inferioridad moral á que con respecto á su esposa habia llegado. Al fin, enderezando su cuerpo y separándose de los brazos de Margarita que lo enlazaban con angustiosa solicitud, cayó de rodillas á los pies de ésta, apoderándose de una de sus manos que cubrió de besos

—¿Qué haces, Ulrich? preguntó la jóven no adivinando la causa de aquellas demostraciones.

Ulrich, que no habia recobrado todavía toda su serenidad, creyó ver un fuerte resplan-

dor que á manera de una aureola rodeaba el rostro angelical de Margarita, animado de la dulce y cariñosa expresion que jamás lo abandonaba cuando contemplaba á su esposo. Aquella era la apoteosis de la mujer pura y amante, imaginada por el que ni áun siquiera se consideraba digno de fijar en ella sus ojos.

—¡Margarita, perdon! exclamó con voz ahogada así que hubo desaparecido la vision.

Y un sollozo seguido de una lágrima, procedente más bien que de los párpados del corazon, le impidió proseguir.

—¿Perdonarte yo?... ¿Y de qué, esposo de mi alma? preguntó la jóven pugnando por levantarle.

—No, aquí permaneceré hasta que me hayas perdonado.

—Pues bien, exclamó Margarita en un rapto de vivísima ternura, si te hace falta mi perdon ven á buscarle en mis brazos.

Ulrich, fuera de sí, se alzó del suelo, y arrojándose al cuello de su indulgente esposa, buscó ansiosamente con los suyos aquellos labios en que tantas veces habia bebido la felici-

dad, y que solo sabian pronunciar palabras de amor y de misericordia. Un beso prolongado, ardiente, expresion fiel de ese sentimiento cuyos goces son todos para el alma y en que ninguna participacion tienen los sentidos, los unió estrechamente.

El encanto estaba deshecho: cesando el delirio, habia cesado con él una separacion, debida no al cansancio ó á la indiferencia, sino á un pasajero extravío, hijo del recuerdo de las humillaciones pasadas y de las péfidas sugerencias del amor propio ofendido, deseoso de vengarlas. Berta habia alucinado á Ulrich, pero no se habia hecho dueña de su corazon. Los rayos de su belleza le habian impedido, es cierto, ver por algun tiempo la realidad; pero si, como los del sol, pudieron deslumbrarle, no le cegaron. Llegó el momento en que el ídolo perdió su prestigio, y arrepentido al contemplarla en toda su fealdad moral, huyó de él para renovar su culto al único amor verdadero, cuyo altar se hallaba en su alma. Este amor era el que le inspiraba la dulce y amorosa compañera de su vida.

Largo tiempo permanecieron los dos esposos en aquella posición, que no querían abandonar por no privarse de sus incomparables goces. Al verse así unidos, comprendió Margarita que había recobrado su dominio sobre el hombre que adoraba, y Ulrich que podía contar como antes con la abnegación sin límites de la que le había consagrado toda su existencia. Sin haber hablado estaban ya completamente de acuerdo.

—Bien sabía yo que la ligera nube que entre los dos se había interpuesto no tardaría en disiparse, dijo Margarita cediendo á su emoción. Cuando se posee, como poseo yo, un marido honrado y leal, jamás se debe dudar de él.

—¡Ah! Esas palabras son mi castigo á la par que mi consuelo, porque recordándome mi culpa, me aseguran al mismo tiempo tu perdón. Ahora es cuando comprendo lo que vale el ángel á cuya existencia está unida la mía. Un ángel solamente hubiera sido capaz de sufrir con tanta resignación, y olvidar con tanta generosidad.

—No prosigas, dijo la jóven tapándole la boca con la mano. Pensemos solamente en disfrutar de la felicidad que el cielo nos concede. Es inútil mirar hácia atrás cuando se tiene delante la dicha.

Ulrich no se apartó de los brazos de Margarita, sino para caer sobre un sofá. No podía sostenerse en pié. Las crueles emociones que acababa de sufrir habian agotado sus fuerzas. Su cuerpo quebrantado necesitaba reposo, que le proporcionó un sueño reparador. Margarita se sentó á su lado, y con la solicitud de una madre que vela á su hijo mientras duerme, no se movió temerosa de despertarle. ¡Se consideraba tan feliz en aquel instante!

El sueño de Ulrich no fué de larga duracion, pero bastó para desvanecer las tristes ideas que poco ántes le atormentaban, reemplazadas por una dulce serenidad. Al abrirse sus ojos, su primera mirada encontró la de la jóven, que tenia los suyos fijos en él. Un rayo de ventura iluminó [el semblante de ambos.

—Estabas ahí, mi buena Margarita, dijo Ul-

rich estrechando cariñosamente su mano. ¡Cuánto te habrás fastidiado!

—¡Merecias que me hubiese sucedido lo que dices! contestó ella reconviniéndole con dulzura. Suponer que me he fastidiado equivale á acusarme de que no te amo.

—¡Ah! no. Tengo demasiadas pruebas de lo contrario.

—No puedes imaginar mi alegría al oírte hablar así. Llegué á temer que lo dudases.

—Jamás dudé de tí ni dudaré aún cuando te vea agobiada por las adoraciones con que el mundo manifiesta su admiracion á la belleza.

—Esas adoraciones no son para mí, que no las merezco.

—Tu modestia te ha hecho decir una gran verdad. La lisonja y el calculado entusiasmo no se atreven á quemar su incienso á los pies de la mujer honrada: lo reservan para aquellas que consideran capaces de despojarse de su virtud á fin de alimentar con ella la llama encendida en el altar que les han erigido.

—Compadezco entonces á las que buscan los

placeres del mundo. La verdadera dicha huye de la publicidad. Nunca gozo tanto como cuando estoy sola contigo.

—¿Eso quiero decir que deseas estarlo nuevamente?

—Aunque así sea, dispuesta me hallo á sacrificar mis deseos á los tuyos.

—Vas á quedar satisfecha, ángel mio, dijo Ulrich levantándose de su asiento. Desde hoy cambiará nuestro método de vida. Mañana mismo regresaremos á Ginebra.

Margarita prorumpió en una exclamacion de alegría. Acababa de obtener la prueba que ansiaba respecto al cambio que se habia efectuado en su esposo. Su satisfaccion era completa.

Entonces le ocurrió el pensamiento de averiguar la causa que lo habia producido; pero reflexionó que sus preguntas pondrian en el caso á Ulrich de hacer una confesion demasiado penosa para él y desistió de su intento. ¿Qué le importaba el motivo? Los resultados eran los que á ella le interesaban, y éstos le habian devuelto por completo su perdida tranquilidad.

Acostumbrado Ulrich á leer en el ingénuo

semblante de su esposa cuanto en su interior pasaba, le agradeció aquella nueva muestra de discrecion, que realzándola, le evitaba una explicacion dolorosa y humillante. Así, con un acento que revelaba tanta deferencia como ternura, agregó:

—Nada temas. Te conozco y sé cuánto gozarás admirando los portentos acumulados por el autor de la naturaleza en este sitio. El año que viene volveremos, pero solos, á fin de que nadie pueda distraernos en nuestra religiosa contemplacion.

—¡Ah! gracias, Ulrich, gracias, exclamó Margarita arrojándose á su cuello.

Su contento, tan espontáneo y expansivo como el de un niño, cesó, sin embargo, casi repentinamente. Recogiéndose en sí misma de igual manera que la sensitiva tan pronto como un agente extraño excita su irritabilidad orgánica, se separó de los brazos de su esposo, y bajando los ojos con una expresion llena de pudor, trató de ocultar su rostro para que Ulrich no viese el rubor de que se hallaba cubierto.

Este, que notó aquella variacion sin poder

adivinar la causa que la motivaba, manifestó su extrañeza.

Deseosa de satisfacer su curiosidad, se apresuró á decir:

—Indicaste hace un momento que en el próximo verano volveremos á este sitio. ¿Y si no fuese posible realizar tu proyecto?

—¿Y por qué no? preguntó Ulrich.

—¡De aquí allá pueden ocurrir tantas cosas!... Al emprender ahora una escursion solo tenemos que consultar nuestra voluntad; mas el año que viene tal vez sea necesario contar... con un tercero.

—¿Qué dices? preguntó Ulrich, cuyo corazon palpité aceleradamente.

—Lo que sin duda has comprendido ya, contestó Margarita sin alzar los ojos.

—¡Ah! despues de lo que acabas de decirme ya nada más puedo desear. Desde este momento eres para mí sagrada. La madre de mi hijo no solo tiene derecho á mi amor y á mi respeto, sino tambien á mi veneracion.

Y fuera de sí de gozo, estrechó nuevamente á Margarita contra su pecho.

Entregábanse ámbos á la dicha que embarcaba todas sus facultades, cuando se abrió de repente la puerta de su habitacion, apareciendo en ella Berta que al verlos tan cariñosamente unidos, se quedó inmóvil, incapaz de dar un paso ni áun para retirarse, como fué su primera intencion. Aunque su rostro permaneció impassible, su seno oscilante indicaba cuán viva era su agitacion.

Margarita, asustada como si hubiese sido sorprendida en el acto de cometer una falta, quiso apartarse de los brazos de Ulrich; pero éste la retuvo por fuerza, exclamando con voz firme y severa:

—No te avergüences, no, y alza, por el contrario, tu frente con noble orgullo. La mujer que ama verdaderamente á su esposo no tiene por qué ocultar á los ojos de nadie el sentimiento que abriga en su corazon; y si algun peligro la amenaza, sus brazos son su natural refugio. Permanece, pues, en ellos sin temor: no haces más que gozar de un legítimo derecho que has reconquistado con tu resignacion y tu virtud.

El silencio que siguió á estas palabras fué solemne y terrible. En el alma de Berta, sobre todo, debió estallar una de aquellas violentas tempestades que, aunque ocultas, no por eso dejan de ser funestas para el que las sufre, pues frecuentemente constituyen el tránsito de la vida á la muerte.

Si su boca continuó muda, en su frente apareció aquella faja lívida que indicaba en ella un estado próximo al de la locura. Su semblante, generalmente sin expresion, causaba horror en aquel momento.

Sin embargo, la esfinge no tardó en recobrar su impenetrabilidad acostumbrada. Lejos de ceder á la desesperacion que en su interior rugía, una desdeñosa sonrisa contrajo sus labios, y en un tono bajo cuyas inflexiones, al parecer festivas, se percibía el sarcasmo, dijo:

—Perdonen Vds. Otra vez he sido indiscreta. Creí que Margarita estaria sola. Ya sé que en lo sucesivo no debo tomarme la licencia de entrar en el santuario del himeneo sin hacerme anunciar. Es muy justo: dá pruebas de falta

de tacto el que se arriesga á importunar á dos tórtolas en su nido.

—Sobre todo si tratan de evitar en él las asechanzas del gavilán que con traidora intención las espía, replicó Ulrich, incapaz de disimular.

Berta, á quien no podia ocultarse el sentido de las palabras que acababa de oír, frunció las cejas y dió visibles muestras de ansiedad.

—Poco galante debe ser quien así se expresa al dirigirse á una señora, dijo. Pero esto no vale nada cuando se trata del peligro que les amenaza á Vds. ¿Me será permitido preguntar cuál es, ya que segun parece tengo yo con él alguna relacion?

—Hay preguntas supérfluas, y esa es una de ellas, contestó Ulrich con sequedad. En ciertos casos, para salir de dudas, basta interrogar la propia conciencia, que jamás deja de disiparlas.

Aunque Berta tenía sobre sí misma un extraordinario dominio, lo que Ulrich acababa de decir la hizo estremecer. Sus dudas habian, en efecto, desaparecido, porque bajando su altiva cabeza, exclamó interiormente:

— ¡Todo lo sabe!

No obstante, demasiado orgullosa para confesar su derrota, sobre todo en presencia de su triunfante rival á quien suponía llena de la satisfaccion que ella en su lugar hubiera experimentado, llamó en su auxilio la altivez que ni en las circunstancias más difíciles la abandonaba, y prorumpió en una de las carcajadas burlonas que le eran peculiares.

— Siempre lo mismo, dijo dando algunos pasos con desembarazo por el aposento. Más fácil sería fabricar un palacio en la punta de una aguja que hacer renunciar al doctor á su tono sentencioso. ¡Qué lástima que en vez de médico no sea predicador! Continúa tu obra Margarita. Si consigues quitarle la afición que tiene á hacer castillos en el aire y á acometer empresas imposibles, lograrás al fin su completa conversion.

— Esa conversion no hay que intentarla porque está hecha, exclamó Ulrich con dignidad. El ángel del bien ha triunfado del ángel del mal. Margarita no necesita hacer nada para que

yo cumpla con todos mis deberes. Solo le pido que me ame como la amo yo á ella.

Margarita no contestó, pero óprimió silenciosamente con la suya la mano de Ulrich.

—Está visto. He elegido un mal momento para venir á tu habitacion, dijo Berta dirigiéndose con el mismo tono ligero á la jóven esposa á quien aquella conversacion afligia y asustaba. Tu marido se halla bajo el influjo de un acceso de cariño. Desèo que no se disipe como los de fiebre que en su calidad de médico tiene la costumbre de curar.

Margarita, que comprendió la sarcástica malignidad de la insinuacion, no pudo permanecer en la situacion puramente pasiva en que hasta entonces se habia mantenido. Sin embargo, conservó la moderacion, que nunca la abandonaba, al contestar:

—Si es esa su enfermedad, dijo, puedes estar segura de que procuraré prolongarla por todos los medios que estén á mi alcance.

—¿Y no temes que te contagie? Eso seria ridículo, observó Berta.

—No debo temerlo, porque hace mucho tiem-

po que lo estoy. En cuanto al ridículo, conociéndome como me conoces, sabes demasiado que cuando cumplo con mi deber, no me tomo el trabajo de someter mi conducta al parecer de los demás.

—¡Ah! ¡Tienes razón! exclamó Berta riéndose. Olvidaba que en las montañas se ama de distinto modo que en las ciudades, y que lo que la buena sociedad rechaza como chocante, es un mérito á los ojos de los rústicos aldeanos.

—Lo que has dicho, en vez de agraviarme me envanece. Por lo mismo que he nacido entre montañas, me guardaré muy bien de rebajar los sentimientos elevados como ellas. Así, aunque te rias, declaro que me alegro cada día más de haberme educado en una de esas aldeas que pretendes ridiculizar.

—Y en la que tuve yo la dicha de encontrarte, agregó Ulrich lanzando á Margarita una mirada llena de ternura.

La conversacion habia llegado á un terreno en que no podia continuar. Todos los que tomaban parte en ella, poseidos de sentimientos

contrarios á los que manifestaban, temian no poder llevar más adelante el disimulo que se habian impuesto como una necesidad. Berta, persuadida de ello, fué la primera que procuró darle otro giro.

Fácilmente lo consiguió por haber encontrado en Ulrich igual deseo. Este, que no era vengativo, lejos de querer aprovechar la superioridad que su posicion le daba, tuvo casi lástima de aquella desgraciada á quien la violencia de sus pasiones, una educacion descuidada y una indulgencia excesiva habian hecho atropellar los respetos que constituyen una segunda religion para la mujer honrada, impeliéndola hasta el crimen.

Así, despues de algunas frases insignificantes dichas de una parte y otra, Berta se retiró con la cabeza erguida y la sonrisa en los lábios procurando con un supremo esfuerzo ocultar su desesperacion. Valiéndose del tono ligero que le era habitual, manifestó que disipada su jaqueca, por la cual nadie le habia preguntado, se proponia dar un paseo ántes de comer; pero lejos de hacer lo que decia, tan pronto como

abandonó la habitación en que tanto acababa de padecer, corrió a la suya donde libre de testigos se quitó la máscara con que había ocultado sus sufrimientos. Los tormentos que en aquel instante experimentaba eran los de un alma rebelde obligada á confesar su derrota, pero incapaz de resignarse á ella. Reconocía un poder superior al suyo, al cual sucumbía sin doblegarse, maldiciendo su inferioridad, lo que era para ella la mayor de las humillaciones, á la par que el mayor de los dolores. En fin, se convenció de que no podía sufrir más, porque constituyendo su orgullo al mismo tiempo que su amor y su deseo de venganza los elementos principales de su vida, por una fatalidad inconcebible para ella que no reconocía otra ley que su capricho, á la vez que veía escarnecido y pisoteado el uno, tenía que renunciar á los demás. En cualquiera otra mujer, á la muerte de la esperanza hubiera sucedido la conformidad. Ella, por el contrario, al sentirse tan desgraciada, sin derramar una lágrima alzó la cabeza y dirigió al cielo una mirada de desafío.

Entre tanta tenacidad y tanta soberbia no cabia el arrepentimiento. Privada de sentido moral, obedecia ciegamente á sus pasiones, como obedece la rama del árbol al soplo del céfiro, sin calcular que puede éste convertirse en huracán y troncharla.

X.

Los que lloran serán consolados..

Aquel día Guillermo comió sólo. Margarita y Ulrich dispusieron que se les sirviese en su habitación, y Berta pretestó su jaqueca para permanecer en la suya. Las emociones que todos ellos habían sentido no les permitían aparentar en la mesa común la placidez que la buena sociedad exige á los que forman parte de cualquiera reunion, sea cual fuere el estado de su alma.

Guillermo, completamente ignorante de cuanto había sucedido, extrañando el retraimiento de los dos esposos, pues en cuanto á

Berta estaba demasiado acostumbrado á sus caprichos para que uno más pudiese llamarle la atención, se presentó en su puerta, que le fué al instante franqueada. Ambos le recibieron con la mayor cordialidad.

—Temia que se hallase indispuerto alguno de ustedes, dijo correspondiendo con su natural bondad á la afectuosa acogida que se le dispensaba; pero es grande mi satisfacción al ver que me alarmé sin motivo. El semblante de ámbos revela salud y alegría. ¿Por qué permanecen entónces ustedes aquí encerrados?

—¿No sabe Vd. que un gran contento busca la soledad como un gran pesar? observó Ulrich.

—Si es el primero la causa de lo que sucede, la amistad que a ustedes me liga me da el derecho de participar de él.

—Soy el primero en reconocerlo así, y estoy dispuesto á probarlo.

Margarita al oír la respuesta de Ulrich le dirigió una mirada de súplica, poniéndose roja como el carmin; pero si es cierto que la alegría en los primeros momentos se encierra en los límites de la reserva, no lo es ménos que se

vuelve poco despues comunicativa y parlera y en muchos casos indiscreta. Ulrich, que no cabia en sí de gozo, dijo:

—Necesito hablar y no hay poder humano capaz de impedírmelo. Además, ¿por qué hemos de ser egoistas hasta el punto de absorber toda nuestra dicha cuando tenemos la certeza de que ha de causar placer á los demas?

—Esa resistencia convierte mi curiosidad en impaciencia, exclamó Guillermo.

—Pues bien: para évitár que Margarita se sonroje, añadió Ulrich, comunicaré á Vd. en voz baja lo que quisiera proclamar á gritos ante el mundo entero.

Y acercándose á Guillermo le dijo al oido algunas palabras que éste escuchó dando visibiles muestras de satisfaccion.

—Ya ves que no me he equivocado, prosiguió Ulrich llamando la atencion de Margarita sobre el contento de Guillermo. Mírale: no hay actor por hábil que sea que mude de semblante de una manera tan espresiva.

—Ni tampoco hay nadie que haya dado tan sincero parabien, exclamo Guillermo estrechan-

do entre sus manos las de la venturosa madre. ¿Ha olvidado Vd. que la quiero como si fuese mi hija?

—No: ántes por el contrario, lo tengo muy presente, contestó Margarita conmovida. Usted no debe olvidar tampoco que á ese cariño he correspondido siempre como si fuese Vd. mi padre realmente.

Guillermo prorumpió en un suspiro al oír tan afectuosas palabras. En aquel momento más que nunca sentía que la suposición de Margarita no se convirtiese en una verdad absoluta.

—Sin embargo, observó Ulrich, como la dicha del hombre no puede ser completa, turba la nuestra la desagradable necesidad que ella misma nos impone.

—¿Qué necesidad es esa? preguntó Guillermo.

—La de partir sin tardanza para Ginebra, viéndonos así obligados á separarnos de Vd.

—¿Tan pronto?...

—En la situación en que Margarita se encuentra no puede efectuar las escursiones que

proyectábamos y que aplazaremos para más adelante.

—Tiene Vd. razon: las precauciones son necesarias, dijo Guillermo sonriéndose.

—Dentro de un año volveremos á este sitio. Para entónces, una podrida le permitirá recobrar la libertad que acaba de perder.

—Eso no, exclamó la jóven con vehemencia. Permíteme que esta vez no cumpla tus deseos. Los deberes que la naturaleza y el cariño me imponen son demasiado sagrados para que los ceda á ninguna otra persona. Lo que forma parte de mí misma jamás se separa de mí.

—¡Bien dicho! observó Guillermo estrechando con entusiasmo la mano de Margarita. Si todas las madres hiciesen otro tanto renunciando á una costumbre que la moda y el más culpable egoismo les ha hecho adoptar, ¡cuántos males que hoy deploramos se evitarían! La que voluntariamente se priva de las inocentes sonrisas de sus hijos, del placer incomparable de tributarles sus cuidados, es una madre sin entrañas. Puede ser que las que irreflexivamente pagan á la vanidad ese tributo que las leyes de

la naturaleza y de la moral condenan, variasen de conducta si tuviesen presente que se hallan expuestas á que su falta reciba el mayor de los castigos.

—Aunque ignoro todavía dónde quiere usted ir á parar, me arrepiento de lo que he dicho, se apresuró á manifestar Ulrich.

—Y hace Vd. muy bien, agregó Guillermo; porque tan culpable como la que en tal falta incurre, es el esposo que lo consiente. En cuanto al castigo á que me contraigo, ¿puede haberlo mayor que el de exponerse á perder el hijo confiado á una mujer mercenaria?

—¿Cómo? preguntó Margarita.

—¿Quién tiene la seguridad de que la criatura que se le ha entregado es la misma que despues devuelve? exclamó Guillermo con un acento que revelaba el más profundo pesar. ¿No es esa duda el mayor de los castigos á la vez que la mayor de las angustias?

—¡Oh, sí! dijo Margarita vivamente impresionada. Esa duda es más que suficiente para destruir la felicidad de la vida en el caso de que

no llegue á ocasionar la muerte. ¿No es verdad, Ulrich?

—¿Cuándo has dejado de tener tú razon, esposa del alma?

Algunos momentos de silencio siguieron á la espontánea y profunda conviccion con que Ulrich pronunció las últimas palabras. Guillermo lo interrumpió diciendo tristemente:

—Ruego á Vds. variemos de conservacion, porque el asunto de que tratamos me es sumamente penoso. El que cuenta muchos años de existencia como yo, no puede siempre retroceder sin sufrir, á lo pasado.

—Es imposible que un hombre como usted se halle en ese caso. Los recuerdos de lo pasado sirven á menudo para aliviar los males presentes.

—O para agravarlos, insistió Guillermo.

—De todos modos, ¿qué relacion puede haber entre Vd. y nuestra conversacion?

—Ruego á Vd. no me haga ninguna pregunta sobre ese particular. Hay heridas mal cicatrizadas en que la más ligera presion despierta un dolor vivísimo.

—Si lo hubiese sabido...

—No extrañe Vd. que no me explique con claridad: trátase de un secreto entre Dios y mi conciencia.

Margarita y Ulrich eran demasiado concretos y sentían un afecto demasiado verdadero hácia Guillermo para no respetar su reserva. No insistieron, pues.

—Ahora es necesario que instruya á Berta de lo que ocurre, prosiguió aquél. La ausencia de ustedes debe modificar necesariamente nuestros planes. Si mi hija participa de mi opinion, lo que por desgracia muy rara vez le sucede, añadió dando visibles muestras de disgusto, los acompañaremos á Vds á Ginebra. Privados de nuestros amigos, esta escursion no tiene ya para mí ningun atractivo.

—Creo que no se ha equivocado Vd. al suponer que Berta pensará de distinto modo, observó Margarita. Si de otra manera fuese, sentiria ocasionarle, aunque involuntariamente, esta contrariedad.

En cuanto á mí, renuncio desde ahora al placer de andar por montes y vericuetos, placer

que no se amolda ya ni á mi edad ni á mis gustos, dijo Guillermo. En el caso de que resuelva permanecer aquí, el conde de Amerbach le servirá de compañero.

Poco ántes estas palabras hubieran sobremanera inquietado á Ulrich. Ahora las oyó con la más completa indiferencia. Lo pasado habia dejado de existir por completo para él, que solo pensaba en las tranquilas dichas que le prometia lo futuro. Su pasion, verdadera aberracion de los sentidos, no habia echado raices, y la planta que no se arraiga bien en la tierra, no deja en ella señal de su existencia cuando la arrebatá el aquilon. Entre la alucinacion que ántes sentia y el amor verdadero que Margarita le inspiraba, habia la misma diferencia que entre el torrente cuya furia accidental y pasajera causa la ruina y la desolacion por donde pasa, y el manso y cristalino arroyo, fuente continua de frescura y fertilidad para los terrenos que baña. El riesgo que corriera Ulrich habia sido grande, pero el terrible remedio que habia curado su mal, lo habia hecho desaparecer del todo, sin dejar el más pequeño vestigio.

Guillermo, al separarse de los dos esposos, se dirigió á su habitacion. La puerta que servia de comunicacion entre ésta y la de su hija, se hallaba en aquel momento entornada, y cedió á la presion de su mano. Desde ella vió á Berta que dormia, al parecer, recostada en su cama, con la cabeza oculta entre las dos almohadas.

Berta no dormia, pero entregada á sus meditaciones, lo fingió para no tener que interrumpirlas.

Como la jóven no le dirigió la palabra, Guillermo, considerando verdadero su sueño, se retiró sin hacer ruido á fin de no despertarla. ¡Cuán distante estaba de imaginar que aquel reposo aparente era, por el contrario, un estado febril en que la rábia silenciosa y reconcentrada de un alma rebelde se hallaba más distante que nunca de someterse á la fuerza mayor que la habia vencido!

Acababa Guillermo de sentarse entregado á una inquietud cuya causa no sabia cómo explicar, cuando dos golpes dados discretamente á la puerta interrumpieron el trabajo mental á que

habia comenzado á entregarse. Abrió y se presentó el conde de Amerbach deseoso de saber cómo continuaba Berta.

—Limitándose el mal á una simple jaqueca, creo que unas cuantas horas de sueño bastarán para disiparlo, dijo Guillermo despues de haber indicado al conde un asiento.

—Yo tambien me complazco en esperarlo así, agregó éste. De todos modos, para un carácter como el suyo debe ser muy desagradable permanecer en el lecho, cuando los montes á cuyo pie nos hallamos brindan á su entusiasmo inagotables bellezas propias para exaltarlo.

—No sé lo que resolverá; pero pudiera suceder que debiendo regresar mañana á Ginebra el doctor Travers con su señora á causa de hallarse tambien esta última algo indispuesta, se decidiese ella á acompañarlos.

La voz de Berta resonó entonces firme y vibrante en la alcoba inmediata para pronunciar una formal negativa.

—Ya no es posible dudar, dijo Guillermo sonriéndose; Vd. la ha oído, señor conde. En Berta es más fuerte el espíritu que el cuerpo.

—Espera que el último no hará traición al primero, con gran placer de los admiradores de ambos, exclamó el conde seguro de que Berta le oía.

—Gracias por la galantería, contestó la joven. Contando con que durará ésta siquiera un día más, pienso ponerla á prueba mañana, un poco antes de salir el sol, pues supongo que papá querrá permanecer en el hotel para despedir... á nuestros amigos.

—Taimada como siempre. Fingia que dormía y nos estaba escuchando. ¿No sería mejor que vinieses á reunirse con nosotros, evitándonos así el trabajo de alzar la voz?

—¿Y ha podido Vd. pensarlo? Desaliñada como estoy me expondría á hacer huir al conde, ¿y cuándo? cuando su compañía va á serme indispensable.

—La verdadera belleza no necesita más que sus naturales adornos para brillar, dijo el conde. Como en la época presente me sería imposible encontrar un ejemplo, permítame Vd. que retroceda á los tiempos mitológicos para recordarle que Venus venció á sus rivales y obtu-

vo la codiciada manzana sin otro atavío que el que tenía cuando nació de la espuma del mar.

—Lo pasado no debe servir de norma á lo presente, porque segun la ley del progreso á que todo obedece, lo que es no puede ménos de ser superior á lo que fué, observó Guillermo riéndose. Sin embargo, no extraño que los nobles alemanes, fieles á la tradicion, opinen en la materia de distinto modo que nosotros, los demócratas suizos.

—En el órden político y social pienso como Vd., pero no el dominio del arte. El tipo ideal que de la belleza se formaron los antiguos es muy superior al de los modernos, y si no compárense sus estatuas con las de nuestros escultores.

—¡Muchas gracias! dijo Berta. Ya sabia yo que no debía agradecer al conde el cumplimiento que me dirigió hace poco: para formularlo tuvo que retroceder nada ménos que á la antigüedad.

—Me he contraido á las estatuas y no á las mujeres, se apresuró á replicar el conde. Pigmaleon se apasionó ciegamente de la que habia cincelado, y cuando á su ruego fué animada

con el soplo de la vida, no tardó en arrepentirse de haberlo pedido. Lo expuesto indica que la belleza concebida por la imaginacion en sus delirantes ensueños puede convertirse en un mónstruo despues de materializada. Si la estátua se hubiese transformado en una mujer de los tiempos modernos, hubiera pasado toda su vida á sus piés adorándola.

—La belleza física no basta para cautivar al hombre: es necesario que la acompañe la belleza moral, sin la cual poco ó nada vale, dijo Guillermo. A la última es á la que sin saberlo rendimos culto.

—Y á la primera tambien, que no echa nada á perder, agregó el conde. Por eso la señorita de Muralt, que posee ambas á la vez, no debe extrañar la admiracion que inspira.

—El conde acostumbra *concluir* la conversacion siempre del mismo modo, esto es, obligándome á manifestarle mi agradecimiento, dijo Berta.

—Eso significa que la nuestra ha terminado, observó el conde sonriéndose y levantándose para retirarse. Espero, sin embar-

go, tener el gusto de continuarla mañana.

—Con ello cuento, respondió Berta.

El conde se despidió.

En cuanto á la jóven, tan grande era el esfuerzo que habia hecho para disimular el dolor que desgarraba su alma, que casi perdió el sentido. Razon tuvo el más astuto de los diplomáticos al decir que la palabra ha sido concedida al hombre para ocultar sus pensamientos y no para expresarlos.

Cuando Guillermo se acercó á ella para hacerle algunas preguntas, la encontró inmóvil y muda.

—¡Dichosa juventud! pensó figurándose que se habia quedado de nuevo dormida. El sueño jamás se niega á cerrar los párpados de los que lo poseen.

Guillermo se equivocaba. Berta era jóven y el sueño huía, sin embargo, de ella. Si en aquel momento permanecía silenciosa, no era porque dejase de estar despierta. Ansiosa de olvido y de descanso, habia cerrado los ojos llamando con el pensamiento á la muerte para que no le permitiese volverlos á abrir.

• XI.

La codicia y la maldad castigadas.

Al día siguiente Guillermo y su hija se levantaron muy temprano. El primero se tranquilizó completamente al besar á la última como acostumbraba hacerlo todas las mañanas. El semblante de la jóven, fresco como las flores silvestres, cuyo perfume penetraba por las abiertas ventanas del salon en que se hallaban, unido al del heno recién cortado, le indicó más bien que sus breves respuestas que habia pasado su indisposicion sin dejar rastro alguno, á semejanza de la abundante nevada que á consecuencia de uno de los repentinos cambios at-

mosféricos frecuentes en los Alpes, sin respetar el verano habia caído la noche anterior.

Así que se presentó el conde, que á fuer de caballero galante y humilde admirador no se hizo esperar, y tan luego como hubieron tomado un ligero desayuno en que el pan, la manteca y la miel de abejas figuraron en primera línea, pero del cual Berta se negó á participar, ausentóse Guillermo á fin de ver si estaba dispuesto todo para la marcha.

Solos los dos jóvenes se acercaron á una de las ventanas por la cual se descubrian las blancas cumbres de los montes que despues de haberse despojado del oscuro manto en que habian estado envueltos durante la noche, reflejaban cual si fueren de diamantes los primeros rayos del sol que debian inundar en breve de luz todo el valle.

—No hay duda que al respirar el puro y fresco ambiente que desde los prados llega hasta nosotros, y al contemplar las maravillas que tenemos delante, es imposible negar un tributo de agradecimiento al que nos ha concedido el beneficio de la vida, dijo el conde.

—¿Y están obligados también á mostrarse agradecidos los infelices que esperan hallar únicamente el término de sus padecimientos en la muerte? preguntó Berta.

El conde, que distaba mucho de esperar tan melancólica observacion, miró con asombro á la que acababa de hacerla. El semblante de Berta mostraba su acostumbrada placidez.

—Imposible parece que tan hermosa mañana inspire tales ideas, continuó.

—Si en vez de ser Vd. feliz, como lo es sin duda, fuese Vd. desgraciado, pensaria de distinto modo.

—Lejos de ser feliz, continuó esperando que Vd. me permita serlo.

—¿Que lo permita yo?

—Demasiado lo sabe Vd. ¿No es de Vd. de quien mi dicha depende?

—Nadie puede dar lo que no tiene.

—Usted se ha propuesto, al parecer, decir hoy lo contrario de lo que siente.

—¿Lo cree Vd. así?

—Yo creo que es Vd. una mujer que no se parece á ninguna otra.

—En cuanto á eso soy de la opinion de usted. Por lo mismo que no me parezco á las demás, suelo tener caprichos que solo á mí se me ocurren. Ahora precisamente me acomete el deseo de satisfacer uno nuevo.

—Los deseos de Vd. son leyes para mí.

—Siempre galante. Temo, sin embargo, que se ria Vd. al oirme.

—Hable Vd. entonces sin tardanza, exclamó el conde, porque nuestra conversacion ha comenzado de una manera capaz de hacer llorar hasta el mismo Monte Blanco.

—Pues prepárese Vd. Sabe Vd. ya que papá no nos acompañará hoy en nuestra excursion. Se quedará aquí para despedir al doctor Travers y á su señora que regresan á Ginebra.

—En efecto, sé que esos señores nos abandonan, dijo el conde procurando ocultar la alegría que este acontecimiento le causaba.

—Pero lo que Vd. ignora de seguro es que yo, tan amante de mi libertad, tan dispuesta á sacrificarle las miserables preocupaciones sociales que esclavizan á la mujer, yo tan indiferente á la opinion de los demás, que nunca me

he humillado hasta el punto de contar con ella cuando he querido satisfacer mis extravagantes veleidades, como algunos las llaman, sólo porque no son iguales á las suyas...

—No me acusará Vd. de pertenecer al número de los que así piensan, dijo el conde apresuradamente interrumpiéndola.

—Ya sé que Vd. nunca piensa: prefiere calcular, replicó Berta con mal encubierta ironía.

Pero el conde no la notó: se hallaba en uno de sus momentos de ciego optimismo. Sin embargo, para no dejar la frase sin contestar, dijo:

—El que calcula ántes de ejecutar piensa también, con la ventaja de que corre ménos riesgo de equivocarse que los que obran de distinta manera.

—Lo que no quiere decir que todos los que calculan aciertan. Pues como acabo de indicar, yo tan resuelta, tan despreocupada, me siento privada hoy del valor que he tenido hasta aquí. Vamos á ponernos en camino los dos solos. ¿Qué idea formarán de nosotros los que

nos encuentren en los ásperos senderos, en el vasto *Mar de hielo* que nos proponemos recorrer?

—Sin duda no son naturales en Vd. tales temores. Proviene tal vez de la indisposición de ayer...

—La penetración de Vd. todo lo aclara al momento, dijo Berta en tono algo tanto burlón.

—¿Duda Vd. que los dolores del cuerpo aporquen el ánimo? preguntó sorprendido el conde. No es esta la primera vez que salimos solos.

—Sí, recuerdo que lo hicimos en mi quinta de Chambesay; pero á lo ménos allí nadie podía vernos. Ahora vamos á encontrar en nuestro camino á un considerable número de viajeros, dispuestos á reirse, á criticarlo todo, y que me calificarán puede ser de... Quisiera que me ahorrase Vd. la palabra.

—De Vd. depende que se convierta en otra más dulce para mí.

—No se trata de eso ahora.

—Siendo dueños de calificarnos á su antojo, no hallo motivo para que no nos consideren

como dos recién casados que efectúan su viaje de boda, exclamó el conde riéndose.

—¿Se ríe Vd? Ya ve Vd. como comienza á realizarse mi prediccion, observó Berta. Si no somos marido y mujer, hagamos creer á todos esos necios que se figuran juzgar con acierto, cuando apenas han tenido tiempo para examinar superficialmente las cosas, que lo somos realmente. La idea de Vd. me parece muy buena, quizá por ser la misma que se me habia ocurrido.

—Sin embargo, fácil les será conocer el engaño. Nosotros en nada nos parecemos á dos esposos que mutuamente se aman.

—Como solo juzgan por las apariencias, es probable que encuentren la semejanza que usted echa de menos.

—Todo puede suceder. A riesgo de que me califique Vd. de pedante, repetiré lo que dijo un distinguido escritor francés, segun el cual, la analogía, fundada en las apariencias, es, despues de la metáfora, la figura de retórica más enemiga de la lógica y del sentido comun.

—Siendo así nada arriesgamos, porque lo

que ataca al sentido comun es lo que está al alcance de la mayoría del género humano.

—Lo siento por él, pero más todavía por mí, que soy uno de sus miembros.

—Con tal que se halle Vd. incluso en la minoría...

—A ella pertenezco desde el momento que considero la ficción que Vd. propone muy distante aún de la realidad, exclamó el conde con apasionado acento. Cuando pienso que con una sola palabra podría Vd. hacer desaparecer esa distancia.

—Observe Vd., conde, que la aldea de Chamouny es lugar poco á propósito para semejantes golpes de teatro. Sin embargo, también á riesgo de parecer pedante, me va Vd. á permitir que le diga que muchas de las grandes verdades de la ciencia fueron primitivamente simples hipótesis.

—¡Ah! las palabras de Vd. me hacen concebir dulcísimas esperanzas, dijo el conde radiante de alegría.

—¡Hace Vd. bien: nada se pierde con esperar! exclamó Berta en un tono bajo, cuya apa-

rente ligereza cualquiera otro más perspicaz que el conde hubiera adivinado un desaliento mortal. Los que no esperan son únicamente los que lo han perdido todo.

El conde, sin explicarse el motivo, sintió una sensación penosa al oír las últimas palabras de la joven. Esta, que lo advirtió, como si temiese descubrir el fondo de su alma, hizo un nuevo esfuerzo y agregó en el mismo tono que hasta entonces había usado:

—El doctor Travers y su señora se ausentan de Chamouny: reemplacémoslos á los ojos de todos.

—¿De qué manera? preguntó el conde, que no comprendió al pronto.

—De una muy sencilla. Durante nuestra escursion Vd. será el doctor, y yo su esposa, Margarita. En tratándonos como si lo fuésemos, el guia que debe acompañarnos, obligado á oír nuestra conversacion, será el primero en creerlo.

—¡Donosa ideal exclamó el conde riéndose. El capricho no deja de ser extraño.

—Muy extraño, en efecto, solo á mí se me

podría ocurrir, dijo Berta prorumpiendo en una carcajada que hizo estremecer al conde.

—Si no la conociese á Vd., creería...

Y este último se detuvo fijando en Berta una mirada vaga, reflejo de la sensación, vaga también, que acababa de experimentar.

—Usted no debe extrañar nada. prosiguió la jóven. ¿No ha dicho Vd. hace poco que yo no me parezco á ninguna otra mujer?... De esta manera sellaremos el labio á la maledicencia.

—Lo que importa más que todo es que procuremos representar bien nuestros respectivos papeles, observó el conde repuesto de su anterior sorpresa.

—Si no con toda verdad, porque esto no es posible...

—¡Mucho lo siento! dijo maliciosamente el conde, suspirando.

—De una manera verosímil, al ménos, prosiguió Berta. Todos desempeñamos papeles mas ó ménos importantes en el mundo, hasta que llega para cada uno de los actores el desenlace del drama.

—Esperemos que lo tenga feliz el episodio que vamos á comenzar.

—Si debe ser trágico para mí, cosa muy posible en este país de precipicios y de avalanchas, procuraré, fiel á mi costumbre, imitar á los gladiadores romanos muriendo con gracia.

—En cuanto á la gracia, no necesita Vd. imitarla de nadie, dijo el conde, y en cuanto á la muerte, no creo que piense Vd. seriamente en ella.

—¡Quién sabe!..... Conque queda convenido: ¿cuando partimos, doctor? preguntó la joven afectando el tono festivo que solo por un momento habia abandonado.

—Su papá de Vd. se acerca y nos lo dirá. Su venida indica que todo está ya dispuesto.

Guillermo dió la razon al conde anunciando que el guía aguardaba con los caballos á los dos viajeros.

—Dos rocines, agregó, que por lo flacos y dóciles convierten en un brioso potro al que tuvo la honra de montar el hidalgo manchego jamortalizado por el español Cervantes. Uste-

des que son inteligentes no tardarán en apreciar sus cualidades.

—Yo, por mi parte, me conformo desde luego, dijo el conde con fingida seriedad. A un doctor en medicina grave como yo, le conviene un caballo tambien grave y mesurado en su marcha.

—¿Doctor Vd.? exclamó Guillermo.

—Y burlado. Tiene Vd. delante al doctor Travers y á su esposa Margarita.

—Si Vd. me hiciese el favor de explicarse con más claridad ..

—La explicacion corresponde á esta señorita, que es quien me ha conferido tan honroso título. Sin embargo, como un doctor no debe permanecer callado cuando se le interroga, so pena de arriesgarse á que se ponga en duda su sabiduría, diré que atendiendo á varias razones dictadas por la prudencia y el buen parecer, la señorita de Muralt ha determinado que si no somos los dos esposos en cuestion, lo parezcamos al ménos.

—Mucho me alegro de verlos á Vds. hoy de

tan buen humor, dijo Guillermo encogiéndose de hombros.

Así que Berta hubo explicado lo que el conde no había hecho más que anunciar, Guillermo, después de reírse nuevamente, dió la orden de marchar. Los tres bajaron al patio del hotel donde el guía, que no era otro que Mauricio, cuyo semblante marchito y cuyos enrojecidos ojos indicaban una embriaguez reciente y quizá no del todo disipada, sujetaba de la rienda dos caballos más deseosos de volver á la cuadra que de renovar por la milésima vez el trabajo de Sísifo trepando aquellos montes con cuyos ásperos senderos su desgracia los había familiarizado á costa de ayunos y fatigas. El primer cuidado del guía fué mirar á Berta con atención.

No reconociendo sus facciones, temió que no fuesen las que tenía delante las personas que Pedro le había designado; pero pronto se tranquilizó: los nombres que, continuando la broma, se aplicaron Berta y el conde, desvanecieron toda duda; aquellos eran realmente los viajeros á quienes debía conducir. La variación que la

jóven habia experimentado era, pues, una circunstancia favorable para él, por cuanto no coartaba en nada su libertad de accion. Si él no recordaba su fisonomía, ménos probable era que recordase ella la suya despues de los muchos trabajos que habia sufrido desde que ámbos dejaron de verse.

Terminados los preparativos, Berta y el conde se pusieron en camino. Guillermo se despidió de ellos con sentimiento. ¿Nacia su disgusto de la indiferencia que hacia Margarita mostraba su hija, la cual ni áun siquiera habia procurado verla antes de su partida, ó era debido á uno de esos presentimientos que anuncian al corazón la desgracia que en breve debe herirlo? No sabiendo cómo explicar la vaga inquietud que experimentaba, atribuyóla, á falta de causa mejor, al carácter de Berta.

—Siempre ha sucedido lo mismo, pensó. La última impresion la domina por completo. Ahora, más bien que una mujer es una viajera, agregó filosóficamente procurando tranquilizarse, y los viajeros, segun el sábio Toussanel, se asemejan á las golondrinas que, ator-

mentadas por una necesidad continua de movimiento, mudan de país por no permanecer donde se hallan, más bien que porque les convenga ir á otra parte. Las ideas de Berta mudarán mañana de direccion, y tal vez á fuerza de variar tomarán algun dia la que yo quisiera que hubiesen tomado ya.

Entregado á estas reflexiones que en parte le sosegaron, se encaminó á la puerta del hotel, en la que permaneció hasta que su hija y el conde desaparecieron en la extremidad de la calle. No habiendo ya motivo alguno que le detuviese allí, regresó al patio á fin de subir á su habitacion. Habia puesto el pié en el primer escalon cuando le pareció sentir un ligero ruido á su espalda. Volvió la cabeza y llamó su atencion un hombre que trataba de ocultarse detrás de una columna desde la cual examinaba el interior del edificio como si pretendiese descubrir algun objeto que no se ofrecia á sus miradas.

El hecho no tenia nada de extraordinario en sí; pero es el caso que Guillermo creyó reconocer al que pretendiendo ver lo que en el patio

pasaba, tanto deseo manifestaba de no ser visto. Esto hizo que le examinase con mayor cuidado, y seguro ya de no equivocarse, se acercó precipitadamente á él.

El individuo en cuestion, que habia notado su presencia, efectuó un movimiento con ánimo sin duda de esquivarse, pero fué vano su intento. La mano de Guillermo le detuvo al mismo tiempo que sus labios pronunciaron con acento imperioso el nombre de Pedro.

No siéndole ya posible la fuga, el cazador de gamuzas permaneció inmóvil y se quitó respetuosamente la gorra de lana rodeada de piel que cubria su cabeza, exclamando con voz firme:

—Ordene Vd., señor.

—Tenemos que hablar, pero este sitio no es apropiado para ello. Sígame Vd.

Pedro no trató de resistir. Persuadido de que nada hubiera ganado llamando la atención de las personas que junto á ellos estaban, guardó silencio y echó á andar detrás de Guillermo, que en breves minutos llegó á su habitación, en la que ambos entraron.

—Ahora que estamos solos óigame Vd., dijo el padre de Berta.

Persistiendo en la reserva que parecía haberse impuesto como medio de defensa, pues adivinó desde luego que iba á sufrir graves reconvenciones, se limitó á hacer con la cabeza una señal de asentimiento.

—Comenzaré con una pregunta que espero será seguida de una franca contestacion. ¿Conserve Vd. hácia el dinero el mismo amor que antes le tenía?

—El dinero es necesario en todas las edades y situaciones de la vida, y más aún en la vejez que en la juventud, porque en ella hay ménos fuerzas para ganarlo y más dificultades para conseguirlo, dijo sentenciosamente el cazador.

—No es esa la respuesta que aguardaba, pero tendré que contentarme con ella, interpretándola en sentido afirmativo. ¿He acertado?

Pedro contestó con un nuevo movimiento de cabeza que en realidad nada significaba.

—Siendo así, agregó Guillermo, paréceme oportuno advertir á Vd. que ahora como ántes el oro no me falta y que me hallo dispuesto á

pagar con él generosamente los servicios que se me hagan. Más aún: los servicios que pienso reclamar pueden ser tales, que me pongan en el caso de perdonar y hasta olvidar faltas graves, cuya única reparación sería esta. Espero, pues, que llegaremos á entendernos.

—Cuando sepa de qué se trata, manifestaré mi opinion, dijo el cazador con su acostumbrada impasibilidad.

—Demasiado lo sabe Vd. Ya otra vez hemos tratado del mismo asunto. No es, pues, á la opinion de Vd., sino á su conciencia á la que apelo. Consúltela Vd. y atrévase despues á sostener que no ha correspondido mal á mi confianza.

—Mi conciencia hasta ahora ha permanecido muda.

—Es verdad que no todos se hallan en situacion de oirla.

—De esa manera piensan siempre los que tienen dinero abundante con que satisfacer sus necesidades y hasta sus caprichos. Los pobres son de contrario parecer.

—Se puede ser pobre á la vez que honrado.

—No lo niego; pero la honradez corre gran riesgo de estraviarse cuando el hambre le sirve de consejera.

Las respuestas de Pedro, impropias de un hombre de su clase, pero naturales en los montañeses suizos, que al buen sentido que les es característico reúnen los conocimientos que la lectura les proporciona, comenzaban á molestar á Guillermo, que alzando algo más la voz, dijo con altivez:

—¡Basta! No le he hecho venir á Vd. aquí para discutir. Solo deseo tenga Vd. presente, ya que no olvidarlo le conviene, que si no siempre el que obra mal es castigado por los hombres, lo es infaliblemente por Dios, de cuya justicia nadie se libra. Si no ha perdido Vd. la memoria, recordará que hace algunos años celebré con Vd. un contrato.

—Si se trata de un contrato celebrado, es inútil hablarme de él como Vd. lo hace cada vez que se presenta la ocasión.

Guillermo trató de contener su enojo.

—Si me refiero á él amenudo, culpa es de Vd. y no mía, agregó procurando dulcificar su

acento cuanto pudo; se trata de aquella niña.....

—Sí, de la señorita Berta, dijo Pedro interrumpiéndole bruscamente.

—La niña que Vd. me dió tiene, en efecto, ese nombre ahora; pero se llamaba de otro modo entonces.

—¿Cómo? preguntó el montañés, á quien esta repentina acusacion hizo palidecer.

—Pedro, exclamó Guillermo con acento casi suplicante. Pida Vd. el dinero que quiera; pero dígame Vd. la verdad. Devuélvame Vd. mi verdadera hija, y le prometo á Vd., repito, no solo perdon, sino tambien completo olvido. Usted sabe que soy rico. Pues bien; ponga Vd. precio á su condescendencia: al momento quedará satisfecho.

Esta promesa hizo al pronto vacilar á Pedro. Sus ojos se cerraron como si el brillo del oro que le ofrecian lo deslumbrase. Dos sentimientos: el amor paternal y la codicia lucharon en su coraron. Jamás hombre de su clase se vió sometido á tan seductora tentacion.

Guillermo, que estudiaba el semblante del montañés, procuraba adivinar lo que pasaba en

su interior. Su tardanza en responder reanimaba en él una esperanza casi perdida. El reo de muerte á quien se va á leer la sentencia que ha de absolverle ó condenarle, no sufre una ansiedad más viva que la que le agitaba. El montañés habló al fin, y fué para decir con voz firme:

—Las sospechas que le atormentan á Vd. son infundadas. La niña que le entregué á Vd. era la que, como padre, tenia Vd. el derecho de reclamarme. Usted exige de mí la verdad y... la he dicho.

El deseo de asegurar la felicidad de su hija pudo más en Pedro que la codicia. El amor paternal se habia ido haciendo cada vez más vivo con los años, era el único sentimiento honrado que no habia muerto por completo en su empedernido corazón.

Guillermo recibió una herida cruel en el **suyo** al oír aquellas palabras que, por el modo como fueron dichas, lejos de destruir la convicción que tenia, solo sirvieron para robustecerla. Persuadido de que el montañés continuaba engañándole, se sintió lleno de indignación. Así,

fijando sus ojos en los de Pedro, que no pestañeó siquiera, exclamó:

—Eres un miserable. Tus labios están demasiado acostumbrados á la mentira para que ni por una sola vez puedan pronunciar la verdad.

Al expresarse en tales términos, su noble y franca fisonomía expresaba de una manera tan enérgica la cólera á la par que el desprecio, que Pedro bajó á pesar suyo la cabeza. Pero la vergüenza ó el despecho no le dominaron mucho tiempo. Su cinismo se hizo superior al miedo que habia comenzado á apoderarse de él, y éste se habia disipado cuando dijo con la frialdad que le era propia:

—Paréceme que las riquezas que Vd. posee no le dan el derecho de insultarme.

—Pero sí tengo el de hacerte comparecer ante los tribunales, que sabrán castigar tu engaño.

—¿Los tribunales? observó Pedro con una sonrisa de incredulidad que solo sirvió para exasperar á Guillermo. Ningun temor me inspira, sin embargo de que desde luego ten-

dria Vd. en su favor la ventaja que proporciona el dinero.

—¡Insolente!

—Usted es muy dueño de decir cuanto guste. Yo no me alteraré por eso. Los tribunales nada pueden ordenar en contra mia. Mi seguridad es tanto mayor cuanto que, si es cierto que las paredes tienen oídos como pretenden los que pecan de demasiado prudentes, las de mi casa, suponiendo que tuviesen igualmente la facultad de hablar, no podrian repetir lo que escucharon por haber desaparecido hasta las piedras que le servian de fundamento.

—La indiferencia con que recuerda Vd. la destruccion de..... toda su familia, bastaria, á falta de mejor prueba, para demostrar la perversidad de su corazon, dijo Guillermo apartando con disgusto la vista que habia fijado en el montañés.

—Dios me la dió para tener á bien quitármela despues: Dios sabe siempre lo que hace, murmuró Pedro con hipócrita sumision.

—Vd. ofende á Dios con solo pronunciar su

nombre, exclamó Guillermo procurando contener su indignacion.

El cazador de gamuzas, á quien le gustaba en toda discusion ó disputa decir la última palabra, se disponia á contestar, cuando dos golpes dados en la puerta de la habitacion le hicieron guardar silencio. Guillermo abrió y entró Margarita, que al ver á Pedro prorumpió en una exclamacion de sorpresa y de temor.

—Y bien, dijo Guillermo, cuyo enojo disipó la presencia de la jóven como disipan los rayos del sol las nubes aisladas que la tempestad deja en el cielo. ¿Viene Vd. acaso á anunciarme su partida? El traje de Vd. me indica, con profundo sentimiento mio, que se halla ya próxima.

—¿Conoce Vd. á ese hombre? le preguntó Margarita en voz baja, mientras que con la mano le designaba á Pedro.

—Demasiado, por mi desgracia, contestó aquél del mismo modo. Pero no hablemos de eso ahora.

—¿Y Berta? agregó Margarita procurando disimular. No quisiera ponerme en camino sin despedirme de ella.

Guillermo, al oír esta pregunta, no supo qué contestar. Al fin lo hizo, aunque vacilando.

—Demasiado conoce Vd. á mi hija, dijo. Es una aturdida cuyos caprichos se deben disculpar, porque nacen más bien de su aturdimiento que de su corazón. Figúrese Vd. que cansada de la inacción forzada en que permaneció ayer, obedeciendo á la necesidad de movimiento que la domina, ha salido esta mañana con dirección á las montañas.

—¿Sola? preguntó Margarita sorprendida.

—Acompañada del conde de Amerbach.

Ni Guillermo ni Margarita fijaban en aquel momento su atención en Pedro, que permanecía vuelto de espaldas como si le fuese indiferente la conversacion que se hallaba obligado á escuchar. De otra manera hubieran advertido el sobresalto que le ocasionaron las últimas palabras del primero, quien prosiguió:

—Como no hay día en que no se le ocurra alguna nueva extravagancia, ha tenido hoy una más que me hizo reír, sin embargo de no estar dispuesto á ello.

—Berta es, efectivamente, fecunda en ideas extraordinarias, dijo Margarita. Hay momentos en que le envidio su desembarazo y buen humor.

—Figúrese Vd. que bajo el pretesto de evitar suposiciones poco caritativas, ha tomado el nombre de Vd., obligando al conde á que tomase el del doctor.

Estas palabras, que hicieron sonreír á Margarita, produjeron un efecto enteramente contrario en Pedro, que renunciando á su inmovilidad, se volvió al oír las para prorumpir en un grito de angustia. Guillermo y la jóven, que no esperaban aquella interrupcion, retrocedieron algunos pasos sorprendidos, y más aún cuando el montañés, cuya ansiedad se leía en su pálido semblante, exclamó en tono de súplica:

—¡En el nombre de Dios, repita Vd. lo que acaba de decir! ¿He oido mal ó ha indicado usted á esta señorita que mi..... que la señorita Berta al partir ha tomado el nombre de la esposa del doctor Travers?

—Eso he dicho, contestó Guillermo al notar la agitacion de Pedro.

—¡Ah, el cielo me castiga! murmuró éste último con voz ahogada llevando las manos á la cabeza con un movimiento convulsivo que solo podia proceder de un vivísimo dolor. Mi hija está perdida, y yo, ¡miserable de mí! yo soy el que la asesina.

—¿Qué quiere dar á entender ese hombre? preguntó Margarita, que no sabia cómo explicar lo que estaba viendo.

—¿De quién habla Vd.? Añadió Guillermo no ménos admirado que ella.

—¿De quién he de hablar?... ¿Pues no lo ha oido Vd.? Hablo de mi hija, de Berta, que dentro de breves instantes habrá dejado de existir.

—Ese hombre está loco, exclamó Margarita.

—¡No lo está, no lo está! gritó Guillermo que palideció á su vez. Vd. acaba de declarar que Berta es hija de Vd. ¿Es eso verdad? Hable Vd., si no quiere que sea yo el que pierda el juicio.

—¿Pues qué, no lo indica bien claro mi desesperacion?

—¿Y la mia, dónde está entonces? exclamó

Guillermo agarrando fuertemente al montañés por los hombros y meciéndolo como si fuese un débil junco.

Pedro no contestó al pronto: conocíase en su demudada fisonomía la terrible lucha que se verificaba en su interior.

—¿Qué me importa ya lo que debe suceder? dijo despues de haber vacilado algunos instantes. Me pregunta Vd. por su hija... ¡ahí la tiene Vd.! agregó señalando á Margarita y cubriéndose en seguida el rostro con las manos para no ver una escena que debia necesariamente aumentar el horrible tormento que sufría.

—¡Ah! mi corazon no me habia engañado, exclamó Guillermo, dirigiendo sus ojos al cielo en un raptó de agradecimiento.

—La verdadera Berta es esa: Margarita, mi hija, es la que probablemente ha comparecido ya en presencia de Dios.

Mientras que Pedro pronunciaba estas últimas palabras con voz apenas perceptible, Guillermo y Berta, pues de ahora en adelante debemos dar á esta el nombre que le corresponde,

se arrojaron locos de alegría en los brazos uno de otro.

Completamente dominados por la dicha que hacia palpar sus corazones, continuaban prodigándose las más tiernas caricias sin reparar en el montañés que con la cabeza baja, habia apoyado una mano en el respaldo de una silla, incapaz de sostenerse en pié por sí solo. El mundo habia dejado de existir para ellos.

Pero no tardaron en salir de su arrobamiento. Dotados de un alma compasiva, en que nunca el egoismo habia penetrado, recordaron que estaba allí un hombre desgraciado, y más lejos una mujer en peligro de muerte.

Cuando sus brazos se desenlazaron, cuando hubieron enjugado las dulces lágrimas que humedecian sus mejillas, encontraron fijos en ellos los ojos de Pedro, en los cuales en vez de llanto brillaba el resplandor de la demencia. Aquellos ojos parecian dirigirles una pregunta que sus labios no podian formular. Al fin, como si cada una de las palabras que con sumo trabajo logró pronunciar los hubiese abrasado, dijo:

—Manifestó Vd. hace poco que mi hija abandonó el hotel en compañía de otra persona... ¿Sabe Vd. al ménos qué direcccion tomaron ámbos?

—Sí, contestó Guillermo participando de la ansiedad de Pedro.

—¿Cuál?...

—La del *Mar de hielo*.

—¡Esa es; esa misma es!..... replicó con voz ahogada.

—Entonces, ¿qué hace Vd. que no corre en su auxilio?..... ¿Qué aguarda Vd.? exclamó Berta.

—¿Pero no está Vd. viendo que no puedo? gritó el montañés haciendo increíbles esfuerzo para moverse, aunque inútilmente.

—¿Quiere Vd. que envíe á alguien en su socorro? Desígneme Vd. las personas más á propósito, exclamó Guillermo.

—Es inútil. Lo que no haga yo, nadie podrá hacerlo.

Y al hablar así, llamando en su auxilio toda la energía de que era capaz, se dirigió hácia la puerta, tropezando con todos los muebles,

como si le costase sumo trabajo conservar el equilibrio.

Al fin, alzando los brazos al cielo en ademán de súplica, salió de la habitación al mismo tiempo que entraba Ulrich.

—¡Dios te guie, desventurado! exclamó Guillermo al verle partir.

—¿A favor de quién invoca Vd. la protección de Dios? preguntó Ulrich deteniéndose.

—De ese hombre que acaba de salir.

—Ese hombre es un infame asesino, dijo Ulrich.

—En este momento no es más que un desgraciado.

Pocas palabras bastaron á Guillermo para explicar lo que sucedía, y muy pocas necesitó Ulrich para manifestar lo que había averiguado. Si este último recibió la más agradable sorpresa al saber que su esposa era la hija del primero, lo que él por su parte expuso hizo que los otros se estremecieran de horror. Ambos se resistían á creer tanta maldad.

—Pero ¿cómo es posible que esa infeliz á quien procuré tratar siempre como hermana,

haya concebido hácia mí un ódio tan profundo? ¿Qué mal le he hecho? preguntó Berta, que acometida por tantas y tan diversas emociones á la vez, apenas podia darse á sí misma cuenta de lo que sucedia.

—Si lo ignoras, no trates de averiguarlo, contestó Ulrich tristemente. Hay misterios á cuyo fondo no se puede llegar sin peligro. Una mujer ménos buena y leal que tú lo hubiera adivinado todo al momento. Dá gracias al cielo por esa falta de penetracion que te impide conocer el corazon humano, abismo insondable donde se ocultan amenudo las más infames pasiones, los más repugnantes y deshonorosos apetitos. Un ángel como tú debe siempre volar sobre los demás séres de su especie, y nunca mezclarse con ellos. El vicio, verdadera podredumbre moral, contagia y corrompe todo cuanto se pone en contacto con él. Consérvate á esa misma altura, y serás feliz.

—¿Y ella? preguntó Berta con inquietud.

—Jamás podré olvidar que le he dado el dulce nombre de hija, exclamó Guillermo con un acento que revelaba su pesadumbre. ¡Bien ca-

ros ha pagado la desdichada sus errores! Grandes como son, encontrarán, sin embargo, en mí indulgencia y perdon.

—Dice Vd. bien, padre mio, agregó Berta. Dios nos manda perdonar las ofensas que de los demás recibimos. Respetemos su voluntad, sobre todo despues de haber recibido de él tantos favores. Ahora pensemos en salvar á mi hermana.

Guillermo tomó todas las disposiciones necesarias para correr en su auxilio.

XII.

El Mar de Hielo.

Mientras tenían efecto los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, la verdadera Margarita y el conde daban principio, como hemos dicho, á su escursión caminando en silencio por la calle principal del pueblo seguidos de Mauricio, demasiado apartado de ellos para poder oír su conversacion la cual, por otra parte, poco ó nada le importaba despues de haberse cerciorado de que realmente conducia á las dos personas indicadas por el montañés.

Indicado hemos ya que la mañana era es-

pléndida. El sol bañaba el valle con sus rayos, y los montes poco distantes se destacaban majestuosos sobre un cielo cuyo profundo azul no manchaba ni la más ligera nube. Como la nieve que había caído la noche anterior había humedecido la tierra dispuesta á absorberla despues de haberla derretido con su irradiante calor, los pies de los caballos no levantaban ni un átomo de polvo capaz de privar al aire de su transparencia.

Penetrado el conde de la deliciosa sensacion, que es imposible dejar de experimentar en los dias serenos y risueños del verano de los Alpes, exclamó despues de haber prorumpido en un suspiro de satisfaccion:

—Injusticia fuera no conceder casi la razon á los habitantes de las montañas cuando ensalzan las bellezas de su país en una mañana fresca y perfumada como esta y delante de tantas magnificencias.

Berta iba tan absorta en sus meditaciones, que no contestó.

—¿No son bellezas incomparables? insistió el conde.

—Lo son, sobre todo, si el espíritu del que las contempla está dispuesto á admirarlas, observó al fin Berta á la cual continuaremos dando, para evitar toda confusion, el nombre con que hasta aquí la hemos designado.

—Solo las personas ciegas ó insensibles podrían permanecer indiferentes.

—¿Y por qué no tambien aquellas en quienes domina una idea fija, absoluta, capaz de absorber todas las facultades del alma? preguntó la jóven procurando salir de la profunda meditacion en que iba sumergida.

—Como Vd. no se halla en ese caso, creo que no dejará de tomar parte en la alegría universal que, acompañada de un suspiro de amor, se ve brotar por todas partes.

—Dichoso Vd. que encuentra señales de amor donde quiera que dirige sus miradas.

—Me sorprende la indiferencia de Vd., agregó el conde, cuyo entusiasmo se aumentaba á medida que los paisajes, cada vez más bellos, se iban sucediendo unos á otros como esas figuras disolventes entre las cuales no hay perceptible transicion. ¿No siente Vd. el aroma

de las flores, cuyas variadas corolas esmaltan los prados? Cualquiera que haya estudiado la naturaleza sabe que tal es el medio mudo, y no obstante expresivo de que se valen esos seres inanimados para manifestarse su amor.

—Si, ya sé que los profundos conocimientos de botánica que Vd. posee le permiten á usted ver crecer la yerba, dijo Berta en tono algun tanto burlesco, pero qué contrastaba con la tristeza de sus miradas.

—Muy bien, ríase Vd. cuanto quiera, replicó el conde sin desconcertarse. La risa de Vd. no impedirá que ese arroyo que huye precipitándose de las desoladas neveras en que nace para correr despues mansamente por este delicioso valle trazando numerosas curvas, como si tratase de permanecer el mayor tiempo posible en él antes de abandonarle, diga con el monótono ruido de sus ondas que lo ama.

Berta se encogió de hombros y no hizo ninguna observacion.

El conde, que se habia lanzado, continuó:

—Mire Vd. las hojas de esa leguminosa ahora frescas y erguidas. Al ponerse el sol se do-

blarán sobre sus peciolos para aplicarse tristes y lánguidas contra las ramas de donde nacen. ¿Y por qué? Porque les falta el astro á quien aman y que les da vida y calor con los rayos que de su luminoso disco emanan. Del mútuo amor que existe entre todos los séres procede la armonía, sin la cual chocando unos con otros los múltiples elementos de que se compone el universo, resultaria bien pronto su total destrucción...

—Del mismo modo que nos destruyen á nosotros las pasiones cuando cesando el equilibrio de que proviene la neutralización de sus respectivas fuerzas, llega una de ellas á predominar sobre todas las demás, observó Berta tristemente.

—No comprendo, á la verdad, cómo la alegría que nos rodea puede engendrar hoy en usted tan lúgubres ideas, exclamó el conde fijando en la jóven una mirada llena de estupor. ¿Me será permitido preguntar la causa?

—Tanto valdria preguntar á esas flores el motivo por qué el perfume de que Vd. habla con deleite es impelido por el aire en una di-

reccion contraria á la que ellas han querido darle.

—No lo haré, porque no podrian contastarme.

—Pues yo me hallo en el mismo caso que ellas.

Al pronunciar Berta estas últimas palabras en un tono que indicaba el desencanto de un corazon mortalmente herido, el terreno, llano hasta entonces, por donde iban, comenzó á subir rápidamente. Los caballos habian llegado al pie del Montanvert, cubierto de abetos, cuyas tronchadas ramas indicaban los efectos de las violentas tempestades de los Alpes. Un sendero pendiente y pedregoso se presentaba delante bajo sus desmelenadas copas; pero los viajeros no se atrevieron á penetrar en él sin haber consultado ántes al guía, que habiéndoseles reunido en breves instantes, les manifestó que estaban en el verdadero camino.

Demasiado estrecha aquella senda para permitir que dos caballos marchasen de frente, fué preciso que estos comenzasen la ascension uno en pos de otro.

Semejante disposición no permitió á los jóvenes reanudar su interrumpida conversacion, con sumo contento de Berta, que presa de una agitacion que habia logrado ocultar hasta allí á los ojos del conde, se habia visto obligada á hacer esfuerzos casi sobrehumanos para soeterla.

Además, el guía que habia tomado la brida del caballo que esta montaba, dado el caso de que hubiesen podido seguir cambiando sus ideas, los hubiera encerrado en el círculo de las generalidades, obligándolos á suprimir todo lo que no debia llegar á oídos de un tercero. Sin embargo, habia escuchado cuanto necesitaba saber.

En silencio, pues, continuaron subiendo aquella áspera cuesta, no tardando en perder de vista la llanura oculta por la cortina de árboles que los rodeaba. Berta, á cuyo carácter vivo é impaciente no se acomodaba el paso lento de los caballos, exclamó respondiendo más bien á sus propios pensamientos que con ánimo de hacer una pregunta:

—¿Es muy largo este camino?

—Los viajeros pueden acortarlo si así lo desean, contestó el guía. Dentro de pocos minutos habremos llegado á la parte inferior del *Mar de hielo* para atravesarlo y bajar en seguida por el *Mal paso*. Pero los que desean contemplar la nevera desde un punto más elevado, agregó lanzando á la jóven una mirada que indicaba el interés con que aguardaba su respuesta, necesitan seguir subiendo todavía durante tres cuartos de hora por lo ménos.

—¿Y cuál de los dos caminos es preferible? dijo Berta.

—Eso depende del gusto del viajero, respondió el guía. El más corto es generalmente el más frecuentado, porque si bien ofrece ménos bellezas, presenta tambien ménos peligros. Las señoras se deciden casi siempre por él con este motivo. En cuanto al segundo, lo eligen por lo general los que no temen el cansancio y desean atravesar el ventisquero por su parte más desigual y accidentada sin duda, pero tambien más imponente é interesante.

—¿Y cuál de los dos ofrece ménos riesgo? preguntó el conde á su vez.

—El primero. Sin embargo, muchas veces he recorrido el último sin contratiempos, y otras tantas espero recorrerlo con igual resultado. Los viajeros tímidos son poco comunes.

La indicacion que contenia la última parte de la frase de Mauricio produjo el efecto que sin duda deseaba. Sabia por esperiencia que la inmensa mayoría de los que visitan los Alpes rechazan la calificación de medrosos y hasta la de prudentes.

—Segun lo que acabo de oír, el camino más largo es el mejor, exclamó Berta en tono resuelto. Me decido por él.

—Paréceme que en el presente caso me corresponde tambien á mí manifestar mi opinion, dijo el conde entre grave y risueño.

—Nada más justo, añadió Berta en el mismo tono.

—El primer deber de la mujer es obedecer á su marido.

—Y el primer deber del marido es complacer á su esposa.

—Antes de ese hay otro para él más sagrado,

y consiste en ponerla á cubierto de todo peligro, replicó el conde.

—Solo tengo una objecion que hacer. El dia en que sospeche siquiera que mi marido es cobarde, perderá mi cariño y estimacion.

—¿Eso significa?... . preguntó el conde disgustado.

—Que vamos á tomar el segundo camino. ¡Adelante! exclamó Berta en tono que no admitia réplica.

Mauricio no se hizo repetir la órden. El relámpago de alegría siniestra que despidieron sus ojos indicó que habia conseguido su objeto. En cuanto al conde, sin embargo del descontento que le causaba el giro que habian tomado las cosas, no se atrevió á resistir. La mirada de Mauricio no pasó desapercibida para él; pero no le inspiró ninguna desconfianza. Sabia que los guías son hombres seguros en general y que los viajeros deben obedecerlos ciegamente.

Los caballos, excitados por la voz de Mauricio y de otro hombre que acababa de agregarse á éste, continuaron entonces su interrumpida marcha. El recién llegado tenia el encargo de

recogerlos para conducirlos á la parte del valle situada al pie del otro lado de la nevera, donde debian permanecer hasta que llegasen los que hacian uso de ellos.

Desde aquel momento se restableció el silencio que nadie intentó interrumpir. Berta callaba sumergida en sus meditaciones, y el conde, sin saber por qué, habia perdido su habitual locuacidad. Por lo que hace á Mauricio, calculaba los goces que podria proporcionarse con la crecida cantidad que le habia Pedro prometido.

Su voz, sin embargo, fué la primera que se oyó al cabo de algun tiempo para anunciar que habian llegado.

Berta se estremeció, y cuando el galante conde la invitó á apearse, permaneció inmóvil sobre el caballo como si vacilase; pero esta vacilacion solo duró un instante. Sin apoyar su mano en la que aquél le ofrecia, se arrojó al suelo procurando arreglar los pliegues de su vestido como hubiera podido hacerlo una coqueta únicamente ocupada de la conservacion de su belleza.

Quiso la casualidad que al dar el primer paso tropezase su pie con una piedra que estaba en medio del sendero y que no habia visto. Iba á caer cuando Mauricio lo evitó agarrándola por el brazo. El contacto de aquella mano hizo que su cuerpo se enderezase repentinamente: le causó el mismo horror que ocasiona á la víctima la del verdugo. La mirada que acompañó á su movimiento hubiera sido capaz de fulminar al guía si éste la hubiese notado; pero no la vió: se hallaba completamente ocupado en escoger el punto por donde debia penetrar en la nevera.

—¿Por qué no seguimos adelante? ¿Qué aguardamos? preguntó Berta con voz firme y decidida.

Al hablar así, sus ojos que brillaban de una manera extraordinaria, se fijaron por primera vez en el ventisquero cuya blancura deslumbraba. Era, en efecto, un verdadero mar con sus olas encrespadas, en completo desórden, y no como se presentan formando líquidos surcos casi paralelos cerca de la playa en que van á morir removiendo la arena. Desiguales, cilíndricas frecuentemente, pero por lo general pris-

máticas con ángulos agudísimos y afiladas aristas, distintas al principio forman á lo lejos una estensa llanura cuyas asperidades no es posible divisar. En medio de tan caprichosos surcos, veíase una línea amarillenta, tortuosa, interrumpida, trazada por la tierra que al atravesarlos habian dejado los pies de los viajeros.

Lo que no se podia distinguir eran las anchas y profundas grietas abiertas en el fondo de los huecos, ramificandose á veces como las venas azulosas del marmol, ú ocultas bajo una ligera capa de nieve endurecida que las cubria por completo. Estas últimas eran las más peligrosas, las que los guías conocedores del terreno procuraban evitar.

Como hemos dicho, Mauricio parecia elegir el sitio más favorable para entrar en el ventisquero. Berta, que notó su vacilacion, mostró su impaciencia preguntando por segunda vez:

—¿Por qué nos detenemos?

—Porque es más fácil entrar en las neveras que salir de ellas, contestó el guía lanzándole

una mirada oblicua. La precipitación no conviene en estos casos.

—Pero ya hemos perdido bastante tiempo.

—El tiempo que se emplea bien nunca es perdido, señora, replicó el guía. Las olas del *Mar de hielo* son más temibles, aunque inmóviles, que las que levanta el viento en los grandes lagos, sobre todo después de una nevada como la que ha caído anoche.

Mauricio, al hacer esta advertencia, lo efectuó precipitadamente como el niño que recita de corrido la fábula que en la escuela ha aprendido de memoria. En aquel momento obedecía á la costumbre más bien que al deseo de librar de todo riesgo á los viajeros á quienes conducía. Así, con voz monótona y como si solo quisiese concluir, agregó:

—El guía es el único que sabe dónde bajo un piso en la apariencia firme se oculta un abismo cuya profundidad no es siempre posible calcular.

—Podía Vd. muy bien haberse ahorrado sus amonestaciones, exclamó Barta con la imperio-

sa sequedad que empleaba cuando se dirigia á los que consideraba inferiores á ella.

—Sin embargo, mi deber me manda indicarlo á las personas que me siguen.

—Así como le manda á Vd. tambien no disgustar á los viajeros con dilaciones innecesarias.

—Todo va á pedir de boca, dijo el guía para sí. Las mujeres como esta le ahorran á uno trabajo y responsabilidad. No tardará Pedro en quedar complacido.

—Pero lo que se nos acaba de manifestar es razonable bajo todos conceptos, observó tímidamente el conde.

—Obedezca quien quiera. En cuanto á mí, haré lo que juzgue más conveniente.

Y cual si cediese á una fuerza oculta á que le era imposible resistir, echó hácia atrás la cabeza con ademan resuelto y se dirigió á la nevera sin aguardar á Mauricio, que se precipitó tras ella seguido del conde.

—Al marido toca conseguir ahora lo que no ha logrado el guía, dije éste. Si yo tuviese una mujer tan rebelde como esa señora, bien sé

de qué medio habría de valerme para traerla al camino de la razón.

—Pero no es de ese camino del que se trata, sino del que sigue ella, observó el conde de mal humor.

—Pues haga Vd. que se detenga, exclamó Mauricio mostrando una alarma de que seguramente no participaba. No tarde Vd. en hacerlo, porque de lo contrario no respondo de cualquiera desgracia que pueda ocurrir.

El conde, asustado, pronunció varias veces en alta voz el nombre de Berta para que ésta volviese atrás. Mauricio al oírle se detuvo.

—Yo creí que esa señora se llamaba Margarita, dijo con cierta inquietud.

—Se ha equivocado Vd., contestó el conde haciendo un movimiento para continuar.

—Pues tal es el nombre de la esposa del doctor Travers...

—¿Y á mí qué me importa?

—Pero á mí sí me importa mucho saberlo, exclamó Mauricio palideciendo. ¿No es Vd. el Dr. Travers, no es aquella su señora?

—Ya he dicho que esa señorita se llama Berta de Muralt y no Margarita.

—¡Ira de Dios! Me he dejado engañar como un imbécil, exclamó Mauricio lleno de ansiedad.

Al hablar así el guía no era ya el mismo que un momento ántes. Si cegado por la codicia no había visto las consecuencias que podía tener para él el crimen en que se hallaba complicado, ahora que no esperaba ganar nada, comprendió lo mucho que debía necesariamente perder. En presencia de situación para él tan crítica, exclamó:

—¡Corramos tres ella!... ¡Los instantes son preciosos!

Y comenzó á dar grandes voces; pero sea que Berta no le oyese ó fingiese no oírle, en vez de contestar apresuró el paso abandonando el sendero para dirigirse hácia la derecha.

—Esa mujer se ha vuelto loca, gritó Mauricio al ver que la jóven, saltando por encima de las asperezas formadas por el hielo, emprendió la carrera que pronto llegó á adquirir una rapidez inconcebible y ménos en una persona de su sexo.

—¡Oh, qué desgracia! murmuraba Mauricio no sabemos si pensando en el riesgo que á Berta amenazaba ó en el dinero que perdía. ¡Jamás me consolaré!

—¡Sígala Vd. en el nombre de Dios! exclamó el conde jadeante, haciendo lo que ordenaba.

—¡Deténgase Vd. mismo si no quiere perecer con ella! observó el guía procurando anticipársele, pero tomando una direccion que no era precisamente la de Berta. Esa mujer tiene el diablo en el cuerpo. Sólo el espíritu maligno puede comunicar á una criatura humana tal velocidad.

No le faltaba razon á Mauricio para hablar así. La carrera de Berta sólo era comparable á la de un demente perseguido por uno de sus imaginarios terrores. Las desigualdades del hielo con que á cada momento tropezaba, jamás la detenían: que se desmoronasen ó que resistiesen al peso de su cuerpo, como si tuviese alas en los piés, continuaba alejándose con la rapidez del huracan.

Seguro Mauricio de que no ofrecia peligro

ninguno para él el suelo que pisaba, corría también prorumpiendo en agudos gritos; pero sus fuerzas se iban agotando. Supersticioso como la mayor parte de los montañeses, comenzaba á considerar á Berta, no como á una mujer, sino como uno de esos espíritus vaporosos que recorren las neveras y que á semejanza de las sirenas en los mares, atraen á los viajeros para darles muerte y entregarse despues en torno de su cadáver á monstruosas y fantásticas orgías.

En cuanto al conde, se hallaba ya casi sin aliento, y sus piernas, inflexibles y pesadas como si fueran de hierro, se negaban á obedecerle.

Sin embargo, los esfuerzos de ámbos se renovaban de continuo. Seguian su vertiginosa marcha automáticamente, cual si obedeciesen á la atraccion que sobre ellos ejercia la jóven, de quien no se apartaban sus miradas.

De improvise, como si se hubiesen convertido en dos estatuas, se quedaron inmóviles. Es que habian dejado de verla repentinamente.

Berta acababa de desaparecer tras una de las desigualdades de la nevera.

—¡Desgraciada! exclamó el conde aterrado.

—¡Todavía no! dijo Mauricio. Las grietas comienzan más adelante, pero distan ya poco: ahora es cuando debemos procurar alcanzarla. Dentro de unos cuantos minutos no será ya tiempo.

Y como si quisiese dar la razón al guía, Berta se presentó nuevamente para continuar, sin el sombrero que había perdido, y con la cabellera flotante, su incomprensible fuga.

Incomprensible sin duda, porque ¿dónde iba? Ella misma lo ignoraba. ¿Qué buscaba? Buscaba la muerte, y para encontrarla le daba fuerzas sobrenaturales la desesperación.

Después de haber respirado algunos instantes, volvió á comenzar la terrible lucha cuyo término próximo adivinaba Mauricio. El conde, por el contrario, alimentaba la esperanza de que Berta sucumbiese al cansancio. Solo así calculaba que era posible reunirse con ella.

Habíanse, sin embargo, animado algun tanto ámbos al advertir que la distancia que los

separaba de la jóven no aumentaba como habia sucedido hasta allí. Antes parecia disminuir, por el contrario.

—Tal vez dentro de poco podremos detenerla, dijo el conde.

—Si nosotros no perecemos ántes que ella, observó Mauricio. Hemos llegado al punto más peligroso de la nevera. Cada paso que damos puede costarnos la vida. Procure Vd. seguirme poniendo, si es posible, sus pies donde yo haya fijado ántes los míos.

Mauricio abria la boca para continuar los consejos que su experiencia le dictaba, cuando detuvo las palabras en sus labios una voz lejana que hirió sus oídos.

—¿Qué voz es esta?..... ¿Quién me llama? preguntó Mauricio deteniéndose.

Cuando iba á volver la cabeza para averiguar de dónde procedia aquel rumor apenas perceptible que llevado por el viento habia llegado hasta ellos como un distante gemido, lanzó él mismo un grito de espanto que aterró á su vez al conde.

El hielo, firme hasta entonces bajo sus pies,

se habia estremecido violentamente, y un crujido prolongado, estridente, terrible, como si la tierra se hubiese desgarrado á consecuencia de una de sus más violentas convulsiones, resonó en el aire para ir á perderse en las cumbres inmediatas repetido por los ecos.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros! exclamó el guía con la palidez de la muerte en el semblante. El hielo acaba de agrietarse. Mientras continúe temblando, nuestra vida pende de un cabello.

Estas palabras fueron seguidas de un silencio lleno de angustia que duró algunos minutos. Un ruido sordo, subterráneo, parecido al que produce el trueno á lo lejos le puso término.

Cuando hubo concluido, Mauricio respiró fuertemente.

—Ya podemos estar tranquilos, exclamó dando visibles muestras de satisfaccion. El peligro ha pasado.

—Me asombra ese temor en un hombre acostumbrado á tales fenómenos, dijo el conde recuperando tambien su perdida sangre fria.

—Por lo mismo que los conozco los temo, replicó el guía. Ante un riesgo como este que se comprende, pero que no se sabe de qué lado viene para tratar de evitarlo, no hay valientes.

—Y Berta... ¿qué ha sido de ella? preguntó el conde cuyas rodillas se doblaban y cuyas secas fauces apenas le permitían articular las palabras. ¡Héla allí! agregó recorriendo con la vista la superficie del hielo. ¡Adelante!

—Sí, ahora más que nunca nos importa alcanzarla. La seguridad de todos lo exige así, dijo Mauricio poniéndose en movimiento.

Pero un nuevo grito agudo que no tenía nada de humano paralizó la sangre en las venas de ámbos.

Mauricio, que como el salvaje al perseguir á su enemigo en las praderas de América, corría con los ojos fijos en el hielo para ver dónde debía poner el pie, los alzó dirigiéndolos al sitio de donde provenía aquel grito de angustia, precursor de una muerte inmediata é inevitable. Como el conde, distinguió á la jóven, pero solo por un momento. Vió que se detuvo y que

después de haber agitado los brazos sobre su cabeza convulsivamente, desapareció como si el hielo la hubiese tragado.

—Dios haya tenido piedad de su alma, pues su cuerpo es lo único que de ella queda en la tierra, exclamó Mauricio, que había comprendido lo que acababa de suceder. Allí debe estar la grieta abierta hace un instante por el movimiento de la nevera, y como todas ellas necesitan una presa, temo que se haya apresurado á devorar la suya.

—¡Qué horrible fin! dijo el conde ocultando el rostro entre las manos.

—Hagamos el último esfuerzo, y tratemos de salvarla si es aún posible, agregó Mauricio sin detenerse, aunque persuadido de que todo socorro era inútil.

El conde no se hizo repetir la orden. Echó á andar con toda la rapidez que pudo y en breve se convenció de que Mauricio no se había engañado. En el sitio en que habían visto á Berta por la última vez encontraron una ancha y prolongada hendidura que les impidió seguir adelante. Aquella hendidura era un abismo.

—¡Silencio! murmuró Mauricio acercándose al borde de la abertura é inclinando el cuerpo para oír mejor. ¡Nada!... La profundidad ahoga el sonido... Probemos sin embargo.

Y desatando precipitadamente la prolongada cuerda que dando multiplicadas vueltas llevaba arrollada por delante del pecho desde el hombro á la cintura, volvió á inclinarse para llamar repetidas veces á la jóven esforzando la voz. Ningun ruido resonó entre aquellas azuladas y húmedas paredes, cuyo término inferior se perdía en la más profunda oscuridad.

El abismo y el sepulcro jamás contestan al que los interroga. En el fondo del uno y del otro reina el misterioso silencio que procede de lo infinito, de lo desconocido.

La cuerda no produjo mejor resultado. Arrojada en la grieta permaneció inmóvil.

—Hemos hecho cuanto era posible hacer, dijo Mauricio en tono solemne. Si tiene usted por costumbre orar, comience Vd., pues es ya tiempo.

Cuando el conde iba á postrarse sobre el

rio hielo, oyeron ámbos detrás de sí una voz que les gritó:

—¡Deteneos!

Volvieron la cabeza y vieron á un hombre que al acercarse á ellos, cayó privado de la fuerza necesaria para sostenerse.

—¡Pedro! exclamó el guía.

—¿Y mi hija? ¿qué es de mi hija? preguntó el cazador, alzando sobre las manos su exhausto cuerpo.

—¿De quién hablas?

—De la jóven á quien conducias, de mi hija... ¿Dónde está?

—¿Esa jóven era hija tuya? exclamó el guía en el colmo de la sorpresa.

—Sí; hija mia... ¿Qué has hecho de ella?...

—¿Yo?...

Y Mauricio, en vez de proseguir, lanzó involuntariamente una mirada hácia la grieta que tenían delante.

—¡Ah!... ¡comprendo!... ¡comprendo!

Pedro no pudo continuar. El dolor le privó de sentido.

—¡Desgraciado! dijo Mauricio tratando de

hacerle volver en sí. ¿Por qué has venido á este sitio donde solo reina la muerte? Sí: en las grietas tan profundas como esa únicamente pueden existir los espíritus de las neveras que no necesitan respirar para vivir. Si quieres ver otra vez á tu hija, ven de noche, cuando con sus compañeras, deslizándose más bien que corriendo por encima del hielo, vuelva del otro mundo á expiar las faltas que en este haya cometido. Pero no trates de oír su voz en medio de los rugidos de la tempestad, ó su melancólico canto cuando brilla en el cielo la luna de las noches serenas. Los que han intentado sorprender á los espíritus de las neveras en sus misteriosas reuniones, si no han perdido la vida, han perdido la razón. En cuanto á mí, agregó estremeciéndose, líbreme Dios de semejante peligro.

Y obedeciendo al supersticioso temor que le dominaba y que constituía su única religión, bajó la cabeza. En cuanto al conde había doblado la rodilla y ocultado el rostro entre sus manos.

XIII.

Conclusion.

Tres semanas habian trascurrido. Ese espacio de tiempo lo emplearon Ulrich y Berta (á la cual, como ya lo hemos dicho, continuaremos dando su verdadero nombre) en descansar en Ginebra de la fatiga física y moral que los últimos sucesos les habian ocasionado. Ni la más ligera nube habia empañado desde entónces el purísimo cielo de su dicha.

La que ántes lo perturbaba habia dejado de existir, y si algunas veces el recuerdo de su trágico fin renovaba el de sus dolores pasados, esto solo servia para embellecer su situacion presente, aunque no sin hacer nacer en el cora-

zon noble y compasivo de ámbos un sentimiento de conmiseracion hácia lo que por culpa suya no habia alcanzado el mismo grado de felicidad que ellos.

Guillermo, participando entretanto de la dulce serenidad de sus hijos, jamás se habia sentido tan tranquilo y satisfecho. Sin embargo, no olvidaba á la que por tantos años habia sido objeto de su cariño. Tenia la certeza de haber abrigado con paternal solicitud á un mónstruo, tanto más temible, cuanto que con su bello exterior ocultaba mejor, como las malélicas divinidades de la fábula, sus perversas inclinaciones; pero aquel mónstruo habia sido tambien un ángel en sus primeros años, y los goces que entonces le proporcionara de tal manera amenguaban sus posteriores faltas, que la mujer desaparecia cuando traia á su memoria las gracias de la niña.

En su corazon, lo repetimos, no habia, pues, para ella más que perdon. Es verdad tambien que los otros habian perdonado por completo.

Berta amaba demasiado á Walter y á Ger-

trudis para no desear que viesen por sus propios ojos la dicha de que disfrutaba. Ulrich ansiaba al mismo tiempo justificarse con ellos, que para el hombre verdaderamente honrado nada vale tanto como el aprecio de los que lo son. Así, cuando Berta le propuso aprovechar los días de otoño que quedaban para hacerles una visita, Ulrich solamente respondió ocupándose sin pérdida de tiempo en los preparativos de viaje. Inútil nos parece decir que Gaillermo solicitó con empeño ser de la partida.

Una tarde, después de haber atravesado los tres en un coche el *Puente del diablo*, que tantos recuerdos agradables renovaba en la memoria de los dos esposos, penetraron en el solitario valle de Urseren. El otoño con sus melancólicas medias tintas comenzaba á desvanecer los luminosos esplendores del estío. Anticipándose como de costumbre en aquellas elevadas regiones, las había cubierto ya de amarillentas hojas. Los árboles, á semejanza de la coqueta que se considera próxima al invierno de la vida, iban dejando caer sus galas lentamente, y en sus ramas, á la sazón casi desnudas

das, no saltaba como ántes el mirlo cantor de los Alpes al recrearse á sí propio con sus amorosos y penetrantes gorgoros.

En el momento en que nuestros viajeros seguían la orilla del Reuss, la pálida luz que despedía la nieve desde las crestas de los montes alumbraba únicamente el valle, en cuyo fondo resonaba la melancólica despedida del ganado que con lento paso regresaba al aprisco.

Dominados por la dulce tristeza que hasta en los ánimos más predispuestos á la alegría produce siempre el crepúsculo de la tarde, llegaron al *chalet* de Walter, donde se detuvieron. El corazón de Berta palpitó aceleradamente: por humilde que sea el lugar en que se han pasado los cortos años de la infancia, jamás deja de causar dulcísima impresión cuando se vuelve á ver: el amor que se le conserva lo realza y lo embellece. Un instante despues, la feliz esposa estaba en los brazos de los protectores de su niñez, locos de contento con su repentina llegada.

—¿Y no hay nada para mí? preguntó Ulrich cuando se hubo calmado algun tanto el

gozo de que habia sido hasta allí mudo testigo.

Gertrudis, al oír su voz que renovaba en ella desagradables impresiones, se desprendió bruscamente de los brazos de Berta para lanzarle una mirada hostil. Incapaz de disimulo, disponiase á darle una de las espontáneas contestaciones que espresaban los sentimientos de su alma, cuando la jóven, que por lo mismo que la conocia adivinó lo que iba á decir, le tapó la boca con la mano izquierda, mientras que rodeando con el brazo derecho el cuello de su esposo dijo:

—Por lo mismo que Ulrich es digno del afecto de mis bienhechores, reclama con empeño la parte que le corresponde. Mire Vd. mi semblante, madre mia. ¿No está revelando el júbilo y la satisfaccion? Pues bien: tiempo es ya de que abracen Vds. al que con la ternura de su pecho y la nobleza de su corazon me colma de ventura.

—¿De veras? preguntó Gertrudis.

Una mirada de Berta confirmó sus palabras.

Y tan exaltada en su cariño como en su resentimiento, dió un estrecho abrazo á Ulrich, que apretaba al mismo tiempo la mano que afectuosamente le habia estendido Walter.

—¿Y cómo se ha verificado tan dichoso cambio? inquirió Gertrudis.

—Hay preguntas que no deben hacerse nunca, así como hay sucesos que no conviene sacar del olvido en que deben quedar para siempre sepultados, observó Walter interrumpiéndola.

—Bien, hombre, bien; no insisto, replicó Gertrudis. Ya que no puedo hablar, me callo; pero no lo haré sino despues de haber sabido la feliz casualidad que nos proporciona la visita de nuestra querida hija en la presente época del año.

—Soy tan dichosa, mi buena madre, contó Berta, que he querido recrearme con el placer que debian Vds. experimentar al saberlo.

—Bien hecho, hija mia: dijo Gertrudis. Siempre cariñosa con sus viejos padres.

—Además, continuó la jóven, son tan graves los acontecimientos últimamente sucedidos, que

hemos querido venir en persona los tres á enterarles á Vds. de ellos.

—¿Los tres? preguntó Walter recorriendo con la vista toda la habitación. Si hay una tercera persona, ¿quién es y por qué se esconde?

—Soy yo, dijo Guillermo, que temeroso de disminuir la alegría de su hija con la reserva que á sus bienhechores debía ocasionar su presencia, se había quedado en la puerta desde donde había contemplado agradablemente conmovido el bello cuadro que tenía delante.

—¡Señor! dijo Walter descubriéndose respetuosamente. Ignoraba que estuviese Vd. aquí.

—Así como ignoran Vds. el nuevo título con que me presento ahora en esta casa, mi honrado y bondadoso amigo.

—Sea cual fuere, siempre será Vd. en ella perfectamente recibido. Mi hija Margarita sabe bien.....

—Perdone Vd. que le interrumpa, dijo Guillermo, en cuyo semblante era fácil leer la más viva alegría. Margarita no es su nombre. *Nuestra hija*, agregó acentuando las últimas palabras, se llama Berta.

—¿Qué oigo?...

—¿Pues no ha adivinado Vd. que esta es la hija de mi alma? exclamó Guillermo estrechando á la jóven contra su pecho.

—¿La señorita Berta? dijo Gertrudis en el colmo del asombro.

—Pero que no por eso dejará de dar á Vd. el dulce nombre de madre, agregó la jóven apoderándose de una de sus manos, que llevó respetuosamente á sus labios.

—¿Qué haces, hija mia? exclamó la buena Gertrudis retirando su mano y abriendo sus brazos. Ven á decirlo aquí, sobre mi corazón.

—¡Oh! nunca la llamaré á Vd. de otro modo, dijo Berta con los ojos inundados de dulces lágrimas.

Y dirigiéndose á Guillermo:

—¿No es verdad, padre, agregó, que puedo y debo hacerlo así?

—Fuera ingrata si de otra manera obrases, contestó aquél. Yo más que nadie dispuesto estoy á reconocer y proclamar la deuda sagrada que he contraído con los que amparando á mi hija en su niñez han sabido educarla de

manera que constituyese un día el orgullo de su padre. Aun cuando soy avaro de su cariño, no llevaré nunca á mal que conceda una parte de él á los que por tantos títulos lo merecen.

—¡Señor!... exclamó Walter inclinándose casi sofocado por la emocion.

—No quiero volver á oír esa palabra, dijo Guillermo. Los que aquí estamos reunidos no formaremos en lo sucesivo más que una sola familia. Los lazos que han anudado la honra-dez, la estimacion y el agradecimiento, solo la muerte podrá desatarlos.

—Cierto estaba yo de que Dios en su infinita bondad no podia desoir mis votos, observó Walter lleno de alegría.

—Y yo de que la semejanza que la hija tiene con la madre no podia ser casual, añadió Gertrudis no ménos contenta. Las facciones de la primera se han confundido con las de la última en mi corazon.

Los dos ancianos se enteraron maravillados de cuanto habia sucedido.

—Demos gracias al que se digna colmarnos de beneficios, dijo Walter.

—Tambien debemos dárselas por haber perdonado nuestras faltas, pues todos las hemos cometido, añadió Guillermo. Ahora pensemos en arreglar lo necesario para regresar juntos á Ginebra.

—¡Ah! eso no, replicó Walter. Perdone usted si no acepto su generoso ofrecimiento. Nací en estas montañas y en ellas quiero morir.

—Pero en mi casa disfrutarán Vds. de comodidades que les será imposible encontrar aquí, replicó Guillermo.

—Eso nada importa: estamos acostumbrados á las privaciones. Además, lejos de estos elevados montes perderia una de mis más gratas y dulces creencias, una ilusion que me alienta y fortifica.

—Pero así se hallará Vd. más distante de mí, querido padre, observó Berta cariñosamente.

—En efecto; estaré más lejos de tí, hija mia, replicó con la profunda conviccion religiosa que constituia una de las principales bases de

de exhalar el último suspiro manifestó un vivísimo deseo de ver á Ulrich. Postrado por la carencia de lo más necesario y por la enfermedad, apenas tuvo fuerzas bastantes para incorporarse y tomar entre sus manos la del doctor, que llevó á sus lábios cárdenos y helados. Un esfuerzo supremo impidió que con aquel beso prolongado y convulsivo se agotase el poco aliento que le quedaba.

Ulrich, que no obstante el tiempo que habia pasado y los estragos producidos por el mal lo reconoció al momento, trató de sustraerse á esta demostracion, obedeciendo á un sentimiento de repulsion semejante al que se experimenta cuando se toca un animal ponzoñoso; pero cediendo un momento despues á más humanos sentimientos, le miró con lástima y solo pensó en los medios de salvarle. Un breve exámen le convenció de que esto no era posible: el momento de comparecer ante Dios habia llegado para aquel desdichado.

Comprendiéndolo así, le preguntó qué era lo que podia hacer por él. El moribundo, alguntanto reanimado al ver la bondad con que Ul-

rich le trataba, dijo con una voz que parecia salir más bien de un sepulcro que de un pecho humano:

—He sido criminal, y Dios me ha castigado. Privándome de mi hija me privó de todo lo que me unia á este mundo. Con ella murió el único amor que habia hecho latir mi corazón, el único apoyo con que podia contar en los tristes y solitarios dias de mi vejez.

—Siento haber llegado tan tarde. Si Vd. me hubiese llamado ántes... quizá entonces...

—No trate Vd. de ocultarme lo que sé mejor que nadie. Si le he llamado á Vd. no ha sido para que procure retener la vida que siento me abandona por instantes, dijo Pedro con voz cada vez más débil. Los hombres no pueden impedir que se cumpla la voluntad de Dios. Solo he querido llenar un deber.

—;Hable Vd.!

—Por la salvacion de mi alma, que muy pronto comparecerá ante su Criador, juro que mi hija fué la que dejó de existir, y que la de Guillermo de Muralt es la que Vd. llama hoy

su esposa. En el momento de morir no se miente.

—Agradezco esa declaracion, que no haga más que confirmar lo que ya sabiamos. La semejanza de Berta con su madre, el dolor de usted al enterarse del riesgo que corria..... la desgraciada que ya no existe, y otras circunstancias, habian desvanecido toda duda.

—¡Ay! al comparecer ante el Supremo Juez, temo que rehuse perdonar mis faltas, murmuró Pedro de un modo apenas perceptible.

—Dios perdona siempre á los que sinceramente se arrepienten.

—¿Y los hombres, sobre todo los que tanto han padecido por mi culpa?

—Tranquilícese Vd., exclamó Ulrich fuertemente impresionado por aquella dolorosa y prolongada agonía. Los hombres á quienes usted ofendió le han perdonado á Vd. hace tiempo: puede estar Vd. cierto de ello.

Una ráfaga de contento iluminó el semblante del moribundo; pero solo duró lo que dura un relámpago. Las sombras de la muerte se

extendieron por él privándole de la expresion, que es el resplandor de la vida.

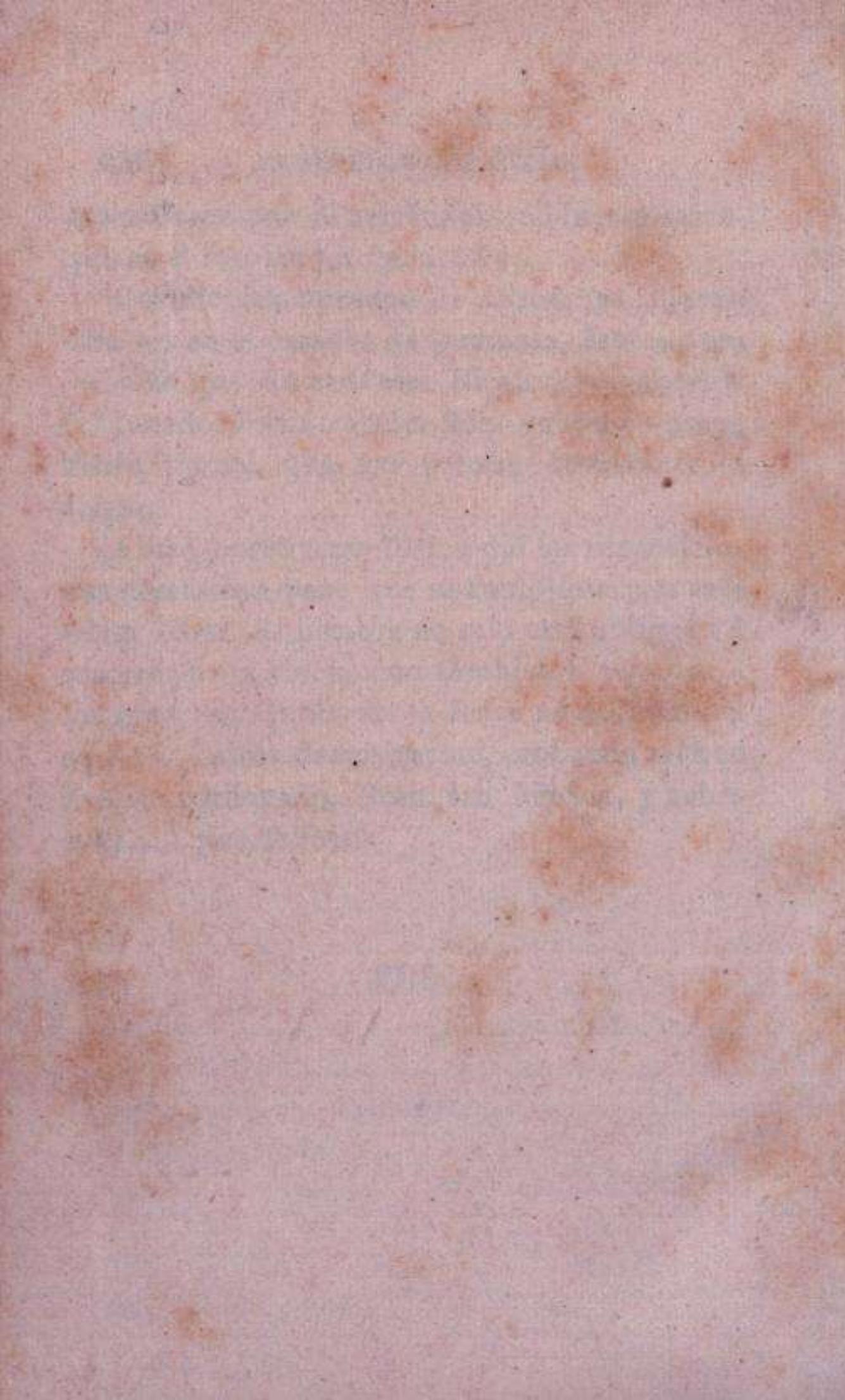
Cuando las miradas de Ulrich se fijaron otra vez en el cazador de gamuzas, éste no era ya más que un cadáver. El alma responsable del pecador habia volado. Solo quedaba su cubierta mortal que era preciso devolver á la tierra.

Antes de retirarse Ulrich dió las disposiciones necesarias para que se cumpliese con este triste deber. El hombre no solo está obligado á socorrer á los vivos, sino tambien á sepultar á los muertos. Guillermo y Berta se asociaron á aquella piadosa demostracion, probando así que habian perdonado. Eran tan buenos, y sobre todo..... ¡tan felices!

FIN.

extensión por el privilegio de la expresión
 que es el resplandor de la vida.
 Cuando las miradas de Lincoln se fijaron
 otra vez en el carácter de James, este no era
 ya más que un cadáver. El alma respondía
 del poder había volado. Solo quedaba en su
 planta mortal que era preciso devolver a la
 tierra.

Así de repente Lincoln dio las disposiciones
 las necesarias para que se cumpliera con este
 fin. El hombre no solo era obligado a
 obedecer a los vivos, sino también a obedecer a
 los muertos. Quiénes y cómo se asociaron a
 aquella gran obra de justicia, procurando así que
 la gran obra se hiciera. Y sobre
 todo... gran trabajo.



UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740394910

